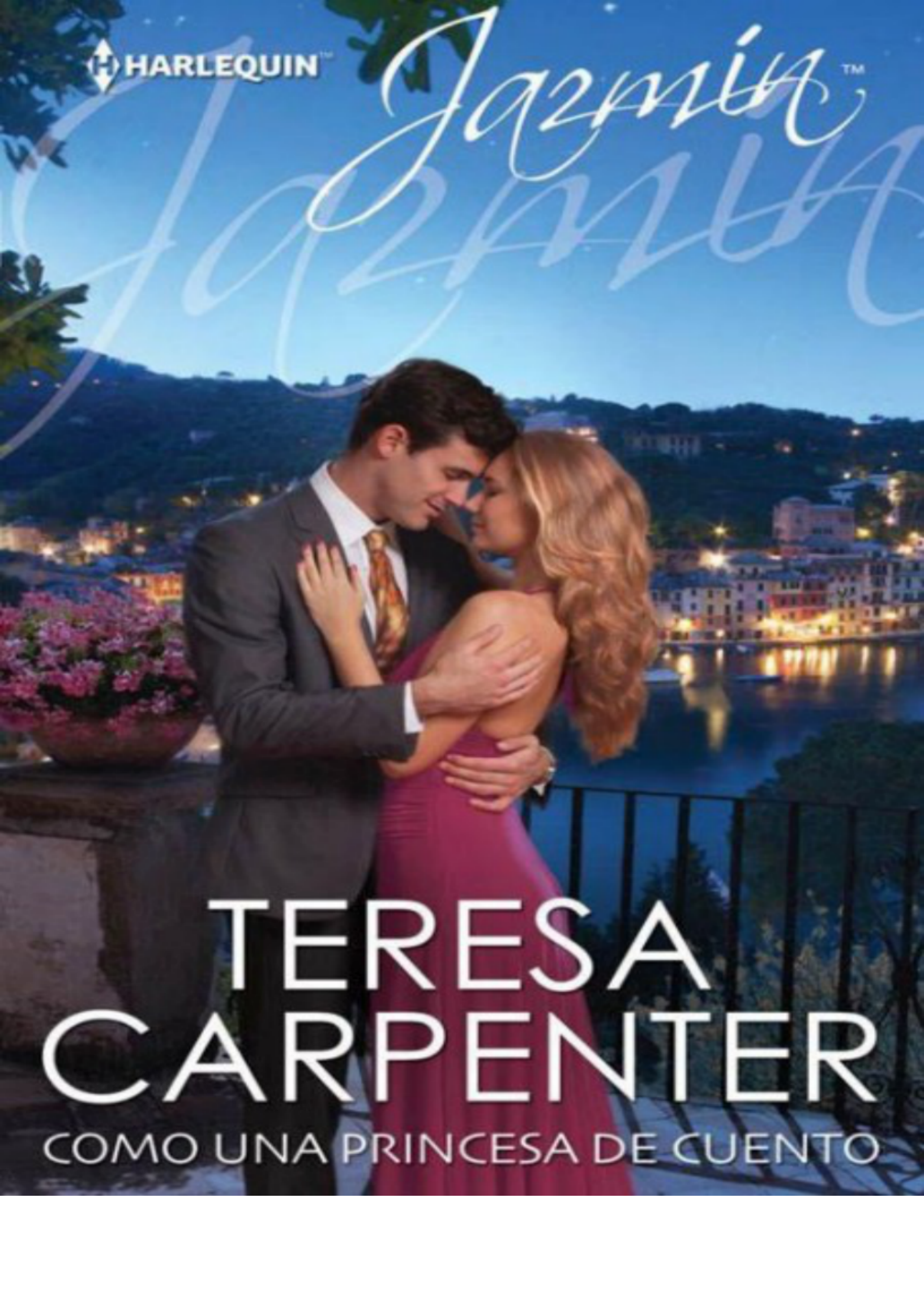

HARLEQUIN
Jazmín
TERESA
CARPENTER
COMO UNA PRINCESA DE CUENTO



Teresa Carpenter

Como una princesa de cuento



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Como una princesa de cuento, n.º 2546 - mayo 2014
Título original: The Making of a Princess
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-4327-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Prólogo

Campamento Princesa

Amanda Carn se puso la mochila y agarró el asa de su maleta de ruedas. Lentamente y con renuencia, siguió a sus nuevas amigas desde la cabaña que habían compartido durante las dos últimas semanas. Se lo había pasado como nunca en el Campamento de Princesas y no estaba preparada para que terminara.

–Vamos, Amanda –le dijo Michelle, una niña vestida como la Bella Durmiente–. Si no llegamos pronto al té, no podremos sentarnos juntas.

–No tengo hambre.

–Bueno, pues yo estoy hambrienta –respondió Elle, preciosa caracterizada como Bella. Miró a Michelle y ambas agarraron a Amanda de un brazo cada una.

–Os voy a echar de menos, chicas –susurró intentando que no sonora a lloriqueo.

–Y yo voy a echar de menos los bizcochos –dijo Elle–. Deprisa.

–Aún no hemos terminado, tonta –le dijo Michelle–. Tenemos el té y luego la ceremonia de clausura. Aún nos queda mucho tiempo.

–No quiero que nuestro último día sea triste. Tenemos que prometer que volveremos el año que viene –Elle levantó la mano con el dedo meñique alzado–. Jurad que haréis todo lo posible por volver.

Inmediatamente, Michelle enganchó su dedo meñique con el de Elle.

–En cuanto llegue a casa, empezaré a convencer a mi padre. Me lo debe por no haber venido al Día de los Padres.

Amanda cerró el puño a la vez que la tristeza se convertía en despecho.

–Habría sido mejor si mis abuelos no hubieran venido al Día de los Padres. Mi abuela ya ha dicho que el campamento no es el lugar de etiqueta y decoro que dice ser porque claramente es una fábrica de fantasía y frivolidad.

Sus amigas la miraron atónitas.

–¿Quieres decir que no le gusta el campamento porque nos dejan jugar a las princesas a la vez que nos enseñan buenos modales? –preguntó Elle.

Amanda asintió.

–Dudo que pueda convencerla para que me deje volver.

–¿Por eso solo se quedaron una hora el Día de los Padres? –preguntó Michelle.

–No. Tenían otro compromiso. La abuela tenía que hacer de anfitriona en una ceremonia para un profesor de la universidad.

–¿Y no podía haberlo hecho otra noche? –preguntó Michelle agarrándole la mano. Ella también sabía lo que era verse desplazada por el deber.

–No importa. Me habría puesto nerviosa si se hubieran quedado a ver el concurso de talentos.

–¿Te daba miedo que a tu abuela no le gustara? –apuntó Michelle.

Amanda se encogió de hombros; sentía que sería desleal asentir, por mucho que fuera verdad. ¡Deseaba volver al año siguiente! Sus abuelos, profesores de universidad, eran muy protectores con ella y la vida en un campus universitario era muy contenida y estructurada, sin mucho que ofrecerle a una niña de diez años. No quería perder a sus amigas y por eso las miró, levantó la mano y entrelazó el meñique con el de ellas.

–Prometo estar en contacto y hacer todo lo posible por volver el próximo año.

Capítulo 1

Quince años después

Xavier Marcel LeDuc, comandante de la Guardia Real de la República de Pasadonia, estaba listo para marcharse a casa. Había estado fuera seis meses, viajando con las joyas de la corona en un tour norteamericano que había empezado en Nueva York y que terminaría ahí, en San Francisco.

Esa noche se celebraba el estreno de la exposición para la élite social y los miembros del museo y donadores destacados. No se trataba de una multitud de alto riesgo, precisamente, pero él, oficial al mando de la seguridad de las joyas de la corona, siempre estaba en guardia.

La vio en cuanto entró en la sala; fue como un golpe de aire fresco en una multitud de elegancia perfumada. Joven y con clase, lo único que adornaba su atuendo negro eran su piel clara y cremosa y la vibrante mata de pelo rojizo que le caía justo por encima de su precioso trasero. Era encantadora y, además, tenía algo que le resultaba familiar.

Cuando la mujer y la atractiva rubia que la acompañaba llegaron al retrato de la princesa Vivienne, se quedó totalmente paralizado y se le erizó el pelo de la nuca.

Después de indicarle a uno de sus hombres que ocupara su puesto, se acercó a ellas.

–¡Oh, oh! ¡Mira cómo brilla la tiara! ¡Ya está! Acabo de decidir que en mi boda llevaré una. ¿Crees que podrías pedir prestada esta para mí?

–¡Shh! –Amanda agarró del brazo a Michelle y la alejó de la delicada muestra de diamantes–. No trabajo para el museo, así que no, no puedo pedirlas prestadas para ti. Y ahora, compórtate.

–Supongo que podría robarla.

–Dios mío.

–Relájate, solo estoy de broma. Intento que te calmes un poco. Se te ve más estirada que a tu abuela.

–Para, y deja de hablar sobre pedir prestadas o robar joyas de la corona. Eso no me va a relajar. Hay seguridad por todas partes. El

museo para el que sí trabajo no vería nada bien que me echaran de este.

–¿Es la seguridad lo que te tiene tan nerviosa?

–No, no estamos haciendo nada malo, pero me siento observada. Supongo que será porque los vigilantes están extremadamente alerta.

–Vamos a echar un vistazo, ¿vale? –Michelle fue hacia una de las tres vitrinas situadas en el centro de la sala. En esa se exhibía un precioso vestido de gala de finales del siglo XIX complementado por un collar, unos pendientes y una tiara de rubíes.

Como mujeres que eran, las joyas fueron lo primero en lo que se fijaron, pero el elaborado vestido también captó la atención de Amanda.

–¿Te imaginas bailar con una prenda tan pesada?

–No podría –respondió Michelle sacudiendo la cabeza–. Tendría que haber sido una cortesana.

–¡Ja! –Amanda apretó los labios para contener una carcajada; ese viejo hábito era difícil de olvidar incluso después de llevar casi seis meses alejada de la rigidez de su abuela–. Voy a decirle a Nate que has dicho eso.

Su amiga dirigió su artera mirada verde hacia ella.

–A Nate le encanta la cortesana que llevo dentro.

–Seguro que sí –Amanda le dio un golpecito con el hombro a su mejor amiga–. Cuánto me alegro por ti. Está claro que estáis enamorados. Te ha venido muy bien.

–¡Es el mejor! Y encima viene con canijo incluido.

A su amiga, la cínica más grande que Amanda conocía, se le iluminó la cara al hablar de su prometido y del pequeño que tenía bajo tutela. Verla le hizo sentir alegría por ella, pero también cierta soledad.

Sus dos mejores amigas habían encontrado a sus Príncipes Encantadores y les deseaba que fueran felices para siempre, pero eso también hacía que anhelara tener el suyo, alguien con quien poder ser ella misma, que creyera en ella sin límites, que la amara a pesar de sus defectos.

¿A pesar de sus defectos? ¡Vaya! Tenía que dejar de hacer caso a su abuela. Quería lo que no había tenido nunca, una relación que le aportara calidez y afecto. Deseaba un hombre en quien poder confiar, un hombre que, por encima de todo, fuera sincero con ella.

–Ahí está –le dijo Michelle–. El hombre que te acecha.

–¿Dónde? –Amanda alzó la mirada y se topó con los ojos marrones de un hombre moreno. Tenía una pose militar y se encontraba en un extremo de la sala con los brazos cruzados y la mirada clavada en ella.

Ella sonrió y él enarcó una ceja.

Amanda desvió la mirada y tiró de Michelle hacia la muestra de retratos reales.

–Mmm, muy sexy –observó Michelle–. Y está claro que se está fijando en ti.

–Es el jefe de seguridad de Pasadonia.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo he visto en las noticias de la mañana cuando han hablado de la inauguración.

–Es guapo, aunque demasiado serio. Como si se le fueran a partir las mejillas con una sonrisa.

–No mires.

Amanda se detuvo frente al retrato de una mujer que llevaba una corona de tres puntas y una joya alrededor del cuello. La placa decía: *Princesa Vivienne, 1760-1822*.

–Está trabajando –por alguna razón se sintió obligada a defenderlo–, y encima hay ciertas personas a las que les gusta bromear con robar tiaras.

Michelle sonrió.

–Seguro que eso lo dejaría pasmado.

–Pues la verdad es que sí.

La profunda voz masculina con un ligero acento que oyeron por detrás hizo que Amanda diera un respingo. Michelle estaba de lo más tranquila y, sonriendo, se giró hacia el hombre.

–No se puede exponer todas estas joyas tan brillantes y no esperar que una chica las quiera.

–Son bienvenidas a admirar todo lo que deseen –dijo él agachando ligeramente la cabeza–. Sin embargo, debo insistir en que no hagan nada que me deje pasmado.

Amanda sonrió agradecida por su sentido del humor.

–Oh, es divertido –Michelle le dio un codazo a Amanda–. Sexy y divertido, deberías decirle hola.

–Hola. Soy Amanda Carn.

–Señorita Carn –se inclinó ante su mano, casi besándole los dedos–. Un placer. Xavier Marcel LeDuc a su servicio.

–Perdone a mi amiga, *monsieur*. Tiene un sentido del humor distorsionado, pero no pretende hacerle daño a nadie.

El comandante asintió hacia el retrato expuesto tras ella.

–Su parecido con la princesa Vivienne es lo que me ha atraído hasta aquí. ¿No tendrá, por casualidad, familia en Pasadonia?

–¡Oh, Dios mío! –exclamó Michelle–. Amanda, te pareces muchísimo a la princesa del cuadro.

–¿Qué? –automáticamente, Amanda giró la cabeza hacia el retrato.

La mujer del cuadro parecía tener unos cuarenta años. Llevaba recogida su brillante melena rojiza y la corona hacía que su largo cuello pareciera muy frágil. Una tez cremosa y unos sombríos ojos azules la dotaban de un aire de elegancia. Poseía una belleza delicada,

mucho más de lo que Amanda pudiera aspirar a tener. Sí, su color de pelo y de piel era similar, pero ahí quedaba todo, e incluso la melena rubia rojiza de Amanda y sus ojos azules plateados se parecían a los de la mujer, aunque eran como una versión inferior de los de la princesa.

–Oh, no –Amanda lo negó automáticamente. Porque, en realidad, lo máximo que se había acercado a la realeza había sido jugando a ser princesa en el campamento tantos años atrás. Aunque, por otro lado, tampoco conocía a todos sus antepasados–. No, que yo sepa.

–El parecido es bastante notable.

–Oh, por favor. Ella es muy bella.

–Sí –asintió él con gesto regio y sin apartar ni por un instante su mirada ámbar de su rostro–. Bellísima.

–Oh –Amanda se sonrojó. Esos apremiantes ojos marrones la tomaron cautiva, parecieron sumergirse en su alma para buscar todos sus secretos, que estaba dispuesta a compartir. El codo de Michelle se hundió en sus costillas recordándole que dijera algo–. Eh… gracias.

–Lo que ha querido decir es si te apetecería tomarte un café con ella.

–Oh, yo… –¿Por qué no? Nunca encontraría a su Príncipe Encantador siendo tímida–. Sí, eso es lo que quería decir.

Él sonrió, no con la boca sino con esos increíbles ojos.

–Me encantaría, pero mi deber me exige que permanezca aquí.

–Por supuesto –su negativa hizo que el calor se precipitara hacia sus mejillas–. Está trabajando.

–¿Podemos posponerlo? ¿Tal vez para mañana por la mañana?

–Sería un placer quedar con usted por la mañana. A dos manzanas de aquí hay una cafetería que está bastante bien.

Él inclinó la cabeza y concretaron la hora.

–Señoritas, ¿puedo sacarles una fotografía con el retrato de Vivienne? Es para tener un recuerdo de nuestro encuentro.

–Por supuesto –Michelle no le dio a Amanda la oportunidad de responder. La agarró del brazo y sonrió a Xavier mientras él levantaba el teléfono y les tomaba la foto. Después, el hombre inclinó la cabeza y se disculpó para volver a su trabajo.

–Tienes una cita con un tío bueno extranjero –dijo Michelle entre risas cuando él se alejó–. ¡Qué orgullosa estoy de ti!

–Es solo un café –Amanda le quitó importancia a la cita porque no quería ilusionarse demasiado, aunque el corazón le palpitaba frenéticamente y le sudaban las manos.

–Es una cita con un hombre sexy y sofisticado. Y a mí no me engañas. Por dentro estás dando saltos de alegría.

Amanda sacudió la cabeza, aunque finalmente cedió.

–Totalmente. Y lo más probable es que sea un gran error. La exposición solo estará aquí seis semanas.

–Exacto. No hay tiempo para involucrarse emocionalmente, pero sí que hay mucho tiempo para divertirse. Y, si tienes suerte, tal vez puedas celebrar tu libertad con un tío bueno en tu nuevo apartamento.

–Eso lo ha dicho la cortesana que llevas dentro.

Michelle se rio.

–Tienes razón –posó la mirada en el retrato de Vivienne–. ¿Seguro que no estás emparentada con nadie de Pasadonia?

–No por parte de mi madre. Son noruegos.

–¿Y tu padre? No sabes de dónde era. Tal vez era de Pasadonia.

–Michelle, no estamos hablando de una persona cualquiera –dijo Amanda señalando el cuadro–. ¡Hablamos de la familia real!

–Lo sé. Estupendo, ¿eh?

–Sí, vale. Así que soy la hija perdida del príncipe de Pasadonia.

No pudo evitar reírse porque precisamente se trataba de una de sus mayores fantasías de infancia. Le había encantado jugar a las princesas y a menudo había fingido que un príncipe la rescataba de su solitaria existencia y la llevaba hasta su hermoso castillo.

Su madre había muerto por complicaciones surgidas tras el parto y la habían criado sus abuelos. Siempre habían dicho que no querían saber quién era su padre, que su madre nunca les había revelado su identidad.

–Eh, a lo mejor tu madre lo conoció cuando él estaba viajando por Estados Unidos, o tal vez fue ella la que viajó a Europa.

–Si lo hizo, me estoy enterando ahora. Apenas hablan de ella. La abuela se muestra muy reservada cuando pregunto por ella, así que hace tiempo que dejé de preguntar.

Michelle pronunció una palabra poco halagüeña dirigida a su abuela y abrazó a su amiga.

–Lo siento, pero no me cae bien desde que se negó a que volvieras al Campamento de Princesas. Además, entiendo lo que es vivir en una atmósfera asfixiante. Sabes que Elle y yo te queremos.

–Sí, lo sé –abrazó fuerte a su amiga aunque desde que había nacido le habían enseñado que no debía dar muestras de afecto en público–. Yo también os quiero, pero ya basta de tanta tontería. ¡Tengo una cita con un extranjero que está como un tren!

–¡Sí! ¿Y qué vas a ponerte?

–¡Ah, no! No pienso obsesionarme con lo que voy a ponerme mañana.

–No sé cómo puedes estar tan tranquila ante una decisión tan importante. Las impresiones importan.

–Iré bien, no tengo nada con lo que no vaya a causar una buena impresión.

–Es verdad. Y ahora que estás viviendo sola, tenemos que hacer algo al respecto.

–¿Señor? –el oficial Bonnet se situó al lado de Xavier en respuesta a sus órdenes.

–¿Ves a la chica de pelo rojizo que se marcha con la rubia? Quiero que la sigas. Quiero saber adónde va, qué hace y dónde vive.

–Sí, señor –Bonnet se giró para marcharse.

–Bonnet –Xavier detuvo al hombre–. No dejes que te vea.

–Señor –respondió Bonnet asintiendo y yendo tras las mujeres.

Xavier observó cómo Amanda se movía con postura erguida y elegante; no era difícil imaginarla como un miembro de la realeza. De pronto, ella se giró hacia atrás y lo vio. Lo saludó.

Xavier inclinó la cabeza a modo de saludo y, un momento después, la joven se había marchado seguida por un discreto Bonnet.

–Soy LeDuc. Tengo que hablar con el príncipe.

Capítulo 2

Amanda estaba sentada fuera bajo el frío aire de la mañana. La primavera florecía a su alrededor y unos vibrantes colores procedentes de las macetas y los enrejados salpicaban la calle de arriba abajo. Le encantaba ese lugar en lo alto de la colina con vistas al océano. Le encantaba estar sentada al aire fresco.

Y aun así no podía dejar de juguetear con el volante de la manga de su vestido. Se estaba acordando de Michelle por haberla hecho sentirse insegura con la elección de la ropa. El suave minivestido gris con tres hileras de volantes en el dobladillo a juego con unas botas de tacón negro y una bufanda morada era el look perfecto para una ociosa mañana de domingo.

Así que, tal vez, después de todo, no era la elección de la ropa lo que la tenía nerviosa. Tal vez era el hecho de que el macizo con el que había quedado llegara tarde.

Se había probado cinco conjuntos antes de decidirse por el vestido gris. Ninguno le había hecho gracia, y eso no era propio de ella, ni la indecisión ni las complicaciones. Tenía un cuerpo alto y esbelto al que la ropa le sentaba genial, y un sentido del estilo y la elegancia que su abuela, obsesionada con el decoro y el buen gusto, le había inculcado.

–Amanda –la profunda voz hizo que su nombre sonara como una caricia. Alzó la mirada y allí se encontró a Xavier, contra el sol de la mañana y sus anchos hombros cubiertos por una elegante chaqueta de traje.

–Xavier –dijo con la voz entrecortada. «Cálmate, chica. Ningún hombre respeta a una mujer facilona».

–Buenos días –le agarró la mano y se inclinó ante ella antes de tomar asiento.

Ese tipo de modales del Viejo Mundo eran los que la conquistaban. La había conquistado.

–Por favor, disculpa mi tardanza. He recibido una llamada de casa en el último momento.

–Lo entiendo. Debe de ser complicado estar tantos meses lejos.

–Sí –se detuvo para dirigirse a una camarera y pedirle un café y un pastel de hojaldre–. Pero soy soldado y es un puesto de prestigio. Me siento honrado de servir a mi país.

–¿Soldado? Creía que eras personal de seguridad.

–Soy oficial de la *garde royale à la Couronne*, como lo fueron mi

padre y su padre antes que él, y así durante seis generaciones.

–Guardia personal de la corona. Impresionante. La exposición es maravillosa y la presentación ha sido un gran éxito. Debes de sentirte orgulloso de que te confíen los tesoros de tu país. Tu príncipe debe de tener una gran fe en ti.

Él se quedó en silencio por un momento y a ella le preocupó haberlo insultado, pero, entonces, Xavier se inclinó hacia delante antes de agarrarle la mano y juguetear con sus dedos.

–Exactamente. Aunque mucha gente lo ha considerado como una misión de lo más humilde.

–No creo que puedan darte nunca una misión de poca importancia.

Él sonrió, en esa ocasión, tanto con los ojos como con la boca.

–Un soldado se ocupa de asuntos grandes y pequeños porque todo es necesario para cumplir con la misión. De todas las generaciones de mi familia, yo soy el que ha llegado a comandante siendo más pequeño.

–¿Y eso es un cumplido?

–Sí. Mi padre está orgulloso de mí, aunque mi abuelo está algo molesto.

Ella se rio.

–Y tú estás contento con ambas reacciones.

Xavier se encogió de hombros, pero una pequeña sonrisa le curvó la comisura de los labios.

–Durante seis generaciones, un hijo por parte de la familia de mi padre se ha unido a la Guardia Republicana. Mi familia está orgullosa del servicio ejemplar que le ha prestado a la corona. Es muy importante que demuestre grandes habilidades para honrar la fe que el príncipe tiene en mí y en mi familia.

–Vaya. ¿Y qué harías si no fueras soldado?

–Ingeniero, tal vez, porque siempre me ha gustado saber cómo funcionan las cosas. Sin embargo, nunca dudé esto. Para mí es un deber y un privilegio servir al príncipe. Pero ahora hablemos de ti. ¿A qué te dedicas, Amanda Carn?

–Soy conservadora del Museo Infantil de Arte y Ciencias. Acabo de celebrar mi primer aniversario allí.

–Felicidades –chocó el vaso de zumo de Amanda con su taza.

–¡Un guardia real! –exclamó ella de pronto–. Es perfecto. Durante todo este mes estamos haciendo presentaciones de profesiones. ¿Te ofrecerías a venir y hablar a los niños sobre tu trabajo?

–¿Cuándo dais esas charlas?

–Los martes a las cuatro de la tarde. Por favor, dime que pensarás en ello.

–Consultaré mi agenda. Bueno, entonces te gustan los niños. ¿Tienes hijos?

–No, pero soy tía honoraria. Michelle, a la que conociste anoche, se va a casar con un hombre que tiene un hijo.

–Es muy valiente al unirse a una familia ya formada.

–Es curioso, porque yo creo que más bien es afortunada –y con ese comentario habían sacado a relucir otra de sus fantasías, la de tener una gran familia feliz–. Puedo decirte que está enamoradísima.

–Pues en ese caso, en efecto, es afortunada.

–¿Y tú tienes hijos?

–No. Nunca me he casado.

Interesante respuesta. ¿Estaba compartiendo información o es que en su cabeza el matrimonio y los hijos iban unidos?

–¿Es que consideras que uno es requisito para lo otro?

–En mi familia siempre ha sido así. Además, Pasadonia es un país pequeño. No somos tan progresistas como en los Estados Unidos.

–No todo el mundo es tolerante y tiene una mente abierta. A mi me criaron mis abuelos y no son nada progresistas.

–Lo entiendo. Mi madre se sentiría decepcionada conmigo si no tratara a una mujer con respeto en estos dos aspectos.

–Parece una mujer fuerte –Amanda se esforzó por que su tono de voz no estuviera marcado por la añoranza. Lo que más lamentaba de su vida era no haber conocido a su madre, a sus padres.

–Es fuerte y dura, pero tiene un corazón enorme. Es el alma de nuestra familia –dejó su taza vacía sobre la mesa–. ¿Por qué te criaron tus abuelos?

–Son la única familia que tengo. Mi madre murió cuando yo era bebé.

Él se quedó mirándola fijamente; sus ojos color miel estaban completamente centrados en ella.

–Lo siento. Debes de echarla de menos cada día.

Ella asintió y se le hizo un nudo en la garganta al recibir su comprensión. Aunque nunca había conocido a su madre, la echaba de menos cada día.

–¿Y qué pasa con tu padre? No lo has mencionado.

Ella suspiró. Tampoco lo había conocido y, aun así, sentía el vacío que había dejado en su vida. Solía especular que debía de estar muerto porque, de lo contrario, ¿por qué no había ido a buscarla?

Xavier se inclinó hacia delante con aparente interés y ella, complacida por su absoluta atención, reveló más de lo que habría hecho en circunstancias normales.

–No conozco a mi padre. Mi madre nunca les contó a mis abuelos quién era.

–Debe de ser muy difícil para ti. No puedo ni imaginármelo. ¿Has intentado encontrarlo?

Xavier se sintió como un ladrón robando los secretos de una

inocente mujer. Era un soldado, ¡maldita sea!, no un espía. Además, ya conocía la respuesta a todas las preguntas que había formulado. Había tenido en sus manos un informe completo sobre ella la noche anterior.

Después de enviarle la fotografía de Amanda al príncipe, Su Alteza admitió que había conocido y cortejado a un par de norteamericanas cuando era un veinteañero. El príncipe también tenía una copia de un informe y había visto una fotografía de Haley Carn, la madre de Amanda. Admitía que le resultaba familiar, pero no podía decir con certeza que la hubiera conocido veintiséis años atrás. Le pidió a Xavier que obtuviera una muestra de ADN y se la enviara a Pasadonia. Mientras tanto, debía vigilarla y reunir más información.

–He pensado en buscarlo, pero a mi abuela le molestaba tanto que le preguntara por él que dejé de investigar.

–Entonces, o renuncias a la búsqueda o le das un disgusto a tu abuela.

Tal vez, si fuera una persona distinta, le resultaría más fácil lo que tenía que hacer, pero esa mujer le gustaba. La encontraba refrescante, sincera, generosa y sorprendentemente atrevida. Y leal. Había renunciado a una búsqueda personal para no hacer daño a su abuela.

–No había motivos para molestarla por algo cuya verdad podría no encontrar jamás. Pero, ahora que estoy sola, puedo intentar descubrir algo más.

–¿Tienes alguna pista de por dónde buscar?

Preferiría pasar más tiempo con ella por motivos completamente distintos, pensó posando la mirada en sus carnosos labios. Pero el deber lo llamaba, así que debía hacer lo que su príncipe y amigo le había solicitado.

Esperaba poder demostrar rápidamente que su parecido con la familia real era una mera coincidencia, y entonces podría pasar el resto de su tiempo en ese país ocupado agradablemente en conocerla mejor.

–Cuando estaba haciendo la mudanza, subí algunas de mis cosas al desván. Empecé a mirar un poco por allí y encontré una caja con unos viejos diarios de mi madre.

–Parece prometedor. ¿Crees que escribió el nombre de tu padre en alguno de ellos? –eso podría darles una respuesta a todos, aunque, por supuesto, el príncipe necesitaría de todos modos la prueba de ADN.

–Lo dudo. Mi abuela lo habría visto. A menos que me haya mentido todos estos años, lo cual no es imposible del todo. Es muy protectora con la memoria de mi madre.

–¿Y no es protectora contigo? –le parecía raro que los muertos tuvieran más importancia que los vivos. Sí, todos honramos y echamos de menos a los que se nos han ido, pero no a expensas de los que aún

siguen con nosotros. O eso era, al menos, lo que le habían enseñado a él.

–Mi madre era su única hija. Soy yo la que se la robó a mis abuelos –cuando levantó la mirada hacia la suya, él vio un mundo de soledad en las profundidades de sus ojos azules como el cielo–. No es que no me quieran, pero no pueden permitirse volver a sentir por otra persona todo lo que sentían por mi madre. No son personas que se muevan por las emociones.

–Entiendo. Hay personas así. Mi familia, en cambio, es muy sensible.

–Pues debe de ser muy agradable –se le iluminaron los ojos y él se alegró de haberlos rescatado de las sombras–. ¿Tienes una familia grande?

–Sí. Estamos mis padres, mi hermana pequeña y su tropa de hijos, además de muchos tíos y primos.

–Parece maravillosa.

–Sí, aunque nada tranquila.

–Maravillosa –repitió ella–. Así que eres el tío Xavier. Háblame de tus sobrinos.

–¿Qué quieres que te cuente? Son cuatro, dos niñas y dos niños.

–Lo dices como con indiferencia, pero está claro que los adoras.

–Sí. Los echo de menos.

–Pero tú no tienes ni mujer ni hijos. ¿Eres un ligón, Xavier?

–No tengo tiempo ni para ligues ni jueguecitos en mi vida. Y sí demasiado respeto por mi madre –en cuanto pronunció esas palabras, supo que a Yvette LeDuc la decepcionaría su comportamiento, por mucho que estuviera cumpliendo con su deber.

Suficiente. Ya había hecho todo lo que podía de momento, todo lo que estaba dispuesto a hacer. Ahora tenía una última labor. Miró el reloj deliberadamente.

–Tengo que irme –se levantó y ella se levantó con él, tal y como había esperado que hiciera. Dejó dinero en la mesa para pagar la comida y le agarró la mano para llevarla afuera.

Ella se había dejado suelta su lustrosa melena rubia rojiza y le caía sobre los hombros.

–Lo he pasado muy bien –Amanda le sonrió con un encanto de lo más inocente.

–Yo también –se acercó para besarla en la mejilla y, al llevar la mano hacia su pelo, se sintió como una bestia. Esa maravillosa suavidad envolvió su muñeca y se enganchó en su reloj–. ¿Cenarás conmigo esta noche?

–Sí. ¡Ay! –se agarró del pelo cuando él empezó a bajar la mano.

–Te pido disculpas –se detuvo y, con cuidado, apartó la mano y se llevó enganchado en su reloj un pequeño mechón–. Qué pelo tan

precioso. Ahora ya tengo un recordatorio de la mañana que hemos pasado juntos.

–Amanda, por favor, trae la bandeja de aceitunas aliñadas –dijo Ingrid Carn desde el otro lado de la encimera. Escultural con su traje pantalón sastre en azul y su corta melena plateada, resultaba una mujer impresionante–. Cuánto me alegro de que hayas podido venir. Hace siglos que no te vemos.

–Vine a cenar el domingo pasado.

–Espero que te veamos más que algún que otro fin de semana –le contestó su abuela con brusquedad–. Tu abuelo te echa de menos. Tu postura, querida.

Automáticamente, Amanda puso los hombros rectos al sentarse en el salón. Siempre eran los sentimientos de su abuelo los que peligraban, nunca los de su abuela, una clara estratagema de distanciamiento que, a día de hoy, seguía haciéndole mucho daño.

Sobre todo esa noche, ya que había renunciado a su cita con Xavier para asistir a la pequeña fiesta de su abuela. Aunque, por otro lado, tampoco estaba mal tener un poco de tiempo para pensarse si volver a verlo era una buena o una mala decisión. Le había gustado estar con él, tal vez demasiado. Su seguridad en sí mismo, el modo en que la escuchaba, su aire de tipo peligroso siempre alerta que se contradecía con el amor que sentía por su familia y que lo hacía fascinante, al igual que su acento y esa encantadora educación del Viejo Mundo.

Una combinación letal para una chica nada sofisticada. ¿Qué podría haber visto en ella?

Ese era el punto en el que Michelle le recordaría que estaría en la ciudad lo suficiente para pasarse un buen rato, lo cual la dejaba con un escenario cargado de buenas y malas noticias. Las buenas noticias eran que solo estaría allí seis semanas, de modo que no tenía que preocuparse por temas de confianza y compromiso. Pero ¿y si terminaba sintiendo algo por él? Entonces, las malas noticias eran que solo estaría allí unas semanas.

Así que cuando su abuela la había llamado esa tarde y le había pedido que lo dejara todo y asistiera a la pequeña recepción que iba a ofrecer para el decano de Historia, aceptó con la esperanza de tener algo de tiempo para encontrar una resolución a la lucha interna que la invadía.

–Aún me estoy instalando en mi nueva casa –dijo aportando la misma excusa que llevaba usando seis meses–. Además, es un trayecto largo para hacerlo a mitad de semana.

Lo cual explicaba por qué había elegido ese apartamento en concreto. Quería a sus abuelos, pero anhelaba la libertad. Vivir

demasiado cerca de ellos le habría negado la independencia que había logrado al marcharse de casa.

–Sí, sé cuánto te disgustó tener que mudarte tan lejos. Por eso he invitado al decano esta noche. Están buscando un ayudante para catalogar y digitalizar la Biblioteca de Historia.

A Amanda se le cayó el alma a los pies. Lo de esa noche era una entrevista de trabajo instigada por su abuela para volver a tenerla bajo su dominio. No, ¡por favor, no!

Amanda se había pasado toda su vida completamente dominada por su abuela, sujeta a su estricta educación, siempre consciente del riguroso escrutinio que conllevaba el hecho de ser nieta de dos profesores de universidad. Siempre consciente de que su comportamiento recaía en ellos y en sí misma. Acababa de lograr la libertad y estaba gozando de ella en la gran ciudad. Le encantaba su pequeño apartamento y no pensaba renunciar a todo ello ahora que había probado lo que era ser libre.

–Abuela –dijo con suavidad–. Soy muy feliz en el museo infantil.

–Lo sé, querida, pero esta es una oportunidad maravillosa. Podrías volver a mudarte aquí.

–Pero me gusta mi apartamento. Me gusta mi trabajo. Ya hemos hablado de esto. Tengo veinticinco años. Ya es hora de que abandone el nido.

–Se trata de un puesto muy prestigioso. Pensé en ti en cuanto me enteré.

–Porque está cerca de casa, no porque esté hecha para ese empleo.

La mujer resopló.

–Te encanta leer.

–Sí, y me gusta ir a una buena biblioteca, pero no quiero trabajar en una.

–Me estás poniendo las cosas muy difíciles.

–No, no es verdad. Te quiero, y he tenido que tomar unas decisiones complicadas, pero las he tomado del modo correcto.

–Eres demasiado joven –le contestó su abuela con brusquedad–. No he dejado de decirlo, al igual que le dije a tu madre que era demasiado joven para hacer aquel viaje. Tenía razón entonces y la tengo ahora.

–¿Mi madre? –que la hubiera mencionado la dejó impactada–. ¿Qué viaje?

–Aquel año, antes de tenerte a ti, unas amigas iban a irse de viaje a Europa después de la graduación y ella estaba empeñada en ir. Yo me opuse desde el principio, era demasiado joven, demasiado ingenua. Todas lo eran.

–Pero es la vida la que te va dando experiencia –como solía decir su abuelo.

Su abuela cerró los ojos.

–Eso mismo me dijo él. Que cómo podíamos ir en contra de nuestras propias creencias.

–Y la dejasteis ir.

–Sí. Y volvió embarazada de ti.

Amanda se estremeció ante el tono malicioso de sus palabras. Sabía lo que pensaba su abuela del embarazo de su madre, sabía que la culpaba de su muerte.

Vivía sabiendo que sus abuelos hubieran preferido tener a su madre a tenerla a ella, y lo entendía, aunque al mismo tiempo no. Haley fue su hija, pero ella estaba ahí ahora. ¿Por qué no podían quererla? ¿No era eso lo que Haley habría querido?

Aceptando que era inútil luchar contra lo que no se podía cambiar, dejó a un lado su dolor y se centró en lo que su abuela le estaba revelando. Tal vez, después de todo, podría sacarle algo de información.

–¿Entonces conoció a mi padre en Europa? –qué curioso enterarse de eso ahora, justo cuando Xavier le había preguntado si tenía parientes en Pasadonia.

–Sí. No llegamos a conocer al hombre que nos arrebató a nuestra hija.

–¿Te contó algo sobre él?

–Fueron a Inglaterra y desde allí se movieron a otros lugares. Nos llamaba a menudo para contarnos sus pequeñas excursiones, aunque no mencionó que hubiera conocido a ningún hombre.

–Entonces mi padre es inglés.

–Posiblemente. Estuvo de viaje dos meses y también fueron a Irlanda, a París, a Milán y a Pasadonia.

–¿Mi madre estuvo en Pasadonia hace veintiséis años? –¡menuda coincidencia!

–Sí. Pasaron al menos una semana allí, pero no me apetece hablar de esto.

–Por supuesto, lo entiendo –respondió Amanda, como siempre, aunque de pronto sintió que no era verdad. ¿Es que sus sentimientos no importaban?–. Sé que te hace sentir mal hablar de Haley, pero quiero conocerla mejor y saber algo sobre mi padre.

–Lo único que tienes que saber de él es que nos robó a nuestra hija.

–Eso ya no me es suficiente. Tengo preguntas. ¿Quién era? ¿Por qué no te contó nada sobre él? ¿Sabía que me tuvo?

–¡No adoptes ese tono conmigo, jovencita! –la reprendió con frialdad–. Ya te he dicho que no quiero hablar del tema.

–Pues entonces déjame leer sus diarios –le respondió con toda razón–. Puedo encontrar mis respuestas en ellos.

–Ya te dije que no.

–¿Por qué no? –se esforzó por que su tono no sonara suplicante. Su abuela enfurecería ante cualquier signo de debilidad.

–Son privados –le contestó con rigidez.

–Está muerta, abuela, y creo que le gustaría que los tuviera.

–No hay nada que hablar.

–¡No quieres contarme nada de ella, pero tampoco me dejas leer sus diarios! ¡Es mi madre! ¿Es que no entiendes que el hecho de que llegue a conocer algo sobre ella no te va a arrebatar nada a ti?

Cuando no obtuvo respuesta, Amanda sacudió la cabeza con tristeza.

–Que disfrutéis de la cena. Me temo que no puedo quedarme –fue al armario a recoger su abrigo y su bolso.

–¡No te atrevas a marcharte! Mis invitados querían conocerte.

–Para hablar de un trabajo que no quiero –le tembló la voz, pero, aun así, se mantuvo firme ante su abuela–. Diles que no quiero hablar del tema. A ti esa frase siempre te funciona.

Capítulo 3

–¡Es increíble! –dijo Amanda deteniéndose al lado de Xavier. Se encontraban frente a la vitrina donde estaba expuesta la corona real de Pasadonia.

Después de la cena, él la había llevado al museo para ofrecerle un recorrido privado por la exposición de las joyas de la corona. Estaban solos exceptuando los dos guardias de seguridad apostados en los extremos de la amplia sala. A ella le habría gustado pensar que su decisión de mantener la cita en pie había sido fruto de una meditada deliberación, pero lo cierto era que ese hombre la atraía como nadie en su vida. Y, por si fuera poco, le aportaba un enorme placer saber lo mucho que se habría opuesto a esa cita su abuela.

Tal vez era mezquino por su parte, pero no le importaba. ¡Y se lo estaba pasando genial!

–Las joyas son impresionantes. Es un trabajo de artesanía exquisito.

–En la creación de las coronas reales solo se utilizan las gemas de más alta calidad. En la de coronación, conocida como la San Martín, hay unas dos mil piedras preciosas.

–San Martín de Tours, santo patrón de los soldados –dijo ella y avanzó hasta una vitrina de cetros. Al ver que Xavier la estaba mirando asombrado, confesó–: Lo he buscado en Google.

–Somos un país pequeño, pero nos hemos mantenido en pie solos a lo largo de los siglos.

–«*Le valliant allié*» –leyó en la vara de un resplandeciente cetro de oro–. El valiente aliado.

–Nuestro lema, y un modo de vida. Creemos en hacer amigos, no enemigos.

–Una postura muy agradable –respondió ella y avanzó hasta una vitrina con dagas, tan preciosas como letales–. Aunque no siempre es posible ser amigo de todo el mundo.

–Tal vez no, pero cuando controlas un puerto neutral en el Golfo de León, es posible evitar hacer enemigos.

–Pues yo pensaba que eso os haría más vulnerables a la invasión.

–Como te he dicho, somos pequeños, pero nos mantenemos en pie. Pasadonia siempre ha tenido una fuerte milicia. Somos fieros luchadores.

–¿Y lo seguís siendo hoy en día?

–Sí. Pasadonia tiene los mismos problemas que cualquier nación en

estos días de desasosiego y conflictos. El terrorismo es un problema universal. Nuestro príncipe es un miembro vocal del Consorcio Internacional de Seguridad y nuestra milicia siempre debe estar alerta.

–Por supuesto.

–Protegemos a nuestro príncipe. Protegemos nuestras fronteras, protegemos y ayudamos a nuestros ciudadanos, y protegemos nuestros recursos nacionales. Estos son los tesoros de mi país. Son mi responsabilidad y los protegeré con mi vida.

–Veo que eres un hombre muy entregado –posó la mano sobre la suya–. Tu país tiene unos tesoros preciosos. Teniendo en cuenta los tiempos tan inciertos que vivimos, me sorprende que tu príncipe haya enviado sus joyas a recorrer el mundo.

–El turismo desempeña un gran papel en nuestra economía, y ahora que la gente viaja menos, se estaba resintiendo. Esta exposición ha generado grandes ingresos.

–Tu príncipe es inteligente al emplear las riquezas de vuestra historia para financiar vuestras necesidades actuales y futuras. Por lo que he leído, la exposición está teniendo un éxito increíble.

–Así es. Mi príncipe está encantado con la generosidad de vuestro país y de sus ciudadanos.

–A los norteamericanos nos fascina todo lo que tenga que ver con la realeza, probablemente porque es algo que no hemos conocido nunca.

Giraron hacia las tiaras. Diamantes, zafiros, esmeraldas y rubíes se retorcían en delicados diseños, gema sobre gema, destellando como estrellas caídas del cielo.

–¡Oh!

–Es una pena que no pueda dejarte tocar las joyas.

Ella le sonrió.

–Me encantaría, pero lo entiendo. Cuando era pequeña, soñaba con ser princesa. Todas las niñas lo hacen –suspiró–. Pero jamás podía imaginarme algo así de elaborado. ¡Es precioso!

–Entonces, ¿ya has crecido y has dejado de soñar con tiaras, bailes y con encontrar a tu Príncipe Encantador?

–Hace mucho tiempo –lo miró y, cuando el calor encendió sus mejillas, desvió la mirada y confesó–: Mi princesa de cuento favorita era Rapunzel, hasta que un día me di cuenta de que tenía mucho que ver con ella porque yo también me sentía atrapada.

–Amanda –inmediatamente giró la cara hacia él–. ¿Te ha hecho daño alguien?

Ella sacudió la cabeza y le acarició delicadamente la mejilla como muestra de agradecimiento por su preocupación.

–No, pero me crié en un ambiente muy estricto. Mis abuelos son muy tradicionales.

–Y perdieron a su hija.

–Sí. Así que conmigo fueron el doble de cautos. Y, además, prácticamente vivimos en el campus de la universidad. Siempre me dejaron claro que mis actos se reflejaban en sus reputaciones. Rapunzel creció en una torre oculta y yo crecí en una torre de marfil. Sé que es fantasioso, lo siento, no era mi intención aburrirte con mis cosas. Puede que ni siquiera tenga sentido nada de lo que he dicho.

–Lo entiendo –le echó su larga melena por detrás del hombro, deslizó la mano por su brazo y entrelazó los dedos con los suyos–. Te sentías atrapada por el mundo de tus abuelos.

–Exacto –¡qué fácil era hablar con él!–. Los seis meses que he pasado desde que me he mudado a mi apartamento han sido maravillosos.

–¿Y cómo se lo han tomado tus abuelos?

–Creía que lo habían aceptado, pero la cena de la otra noche era un intento de volver a meterme en su círculo. El departamento de Historia está buscando un ayudante para catalogar y digitalizar su biblioteca.

–Seguro que es un puesto de prestigio.

–Eso es lo que me dijo mi abuela –lo cual le recordó las otras cosas que le había revelado. Señaló la tiara–. Esta es la corona que lleva la princesa Vivienne en el retrato, ¿verdad?

–Sí –la llevó hasta el retrato de Vivienne–. Se la elaboraron para la coronación de su esposo, el príncipe Louis II en 1852.

Amanda pensó en contarle lo del viaje de su madre a Pasadonia, pero vaciló. ¿Y si se pensaba que estaba intentado reclamar alguna especie de parentesco con el príncipe?

No quería que su relación en ciernes… bueno, «relación» era una palabra demasiado fuerte…, que su amistad en ciernes se viera interrumpida porque ella estaba viendo demasiado en una mera coincidencia. ¡Qué idiota era! Su parecido con la princesa Vivienne no era tan exagerado.

–¿Y sabes qué? –se alejó unos pasos fingiendo interés en unos objetos que en realidad no estaba mirando–. Me he enterado de que mi madre viajó a Europa el verano anterior a que yo naciera. Se marchó con unas amigas después de graduarse y viajó a distintos países, incluyendo Pasadonia.

Él se quedó paralizado y después avanzó hacia ella con paso firme.

–Qué interesante –deslizó un dedo sobre su mejilla–. Tal vez sí que estés emparentada con la princesa. ¿Debería llamarte «Alteza Real»?

Ella le regaló una sonrisa.

–¿Podré ponerme la tiara?

–Mmm. Eh… no.

–Aguafiestas.

–Forma parte de mi trabajo. A menos que quieras hacerte una

prueba de ADN y…

–Vale, vale –miró el reloj. ¡Cómo había pasado el tiempo! Era momento de marcharse–. Gracias por la visita privada. Me ha encantado aprender más cosas de tu país –y de él–, pero se está haciendo tarde y tengo que levantarme temprano.

–Por supuesto. Te acompaño al coche.

–Oh, no hace falta. Lo tengo aparcado justo enfrente. Tú termina lo que tengas que hacer aquí.

–Sí que hace falta. Lo haría por cualquier mujer, pero, en tu caso, además será un placer.

Encantada, aceptó su ofrecimiento, feliz de poder pasar en su compañía unos minutos más.

Fuera, la niebla cargaba el aire, reduciendo la visibilidad y empapando el sonido. Amanda tuvo la sensación de que Xavier y ella estaban solos en un mundo místico. Se rio por dentro ante la idea. Aunque ya no jugara a ser princesa, las fantasías seguían en su cabeza.

Tembló de frío, pero se vio arropada por la calidez de la mano de Xavier en la parte baja de su espalda. Un momento antes, se había jactado de lo cerca que había aparcado el coche, pero ahora le parecía que habían llegado demasiado pronto a su pequeño Civic rojo.

Él le quitó las llaves, abrió el coche y entró para comprobar el interior. Se tomaba muchas molestias en asegurarse de que estaba a salvo, y ver ese esfuerzo le produjo una sensación más cálida todavía. Tal vez para él era un hábito, pero ella se sentía mimada.

–Gracias –lo miró a los ojos. ¿La besaría? Quería que la besara.

Xavier le dejó las llaves sobre la palma de la mano y se la cerró, todo ello sin dejar de mirarla ni un instante. La había capturado, cautivado. La había dejado queriendo más.

¿Debería besarlo? ¿Por qué no? Era una mujer moderna, segura de sí misma, y sexy. Pero ni siquiera dirigiéndose esas palabras se sentía lo suficientemente valiente. Ese no era el tipo de hombre al que le gustaba que las mujeres se abalanzaran sobre él. Aunque ese calor que desprendían sus ojos le decía que si daba el primer paso no se vería rechazada, él no estaba haciendo nada. Tal vez mencionar lo del viaje de su madre a Pasadonia había cambiado su relación.

–En fin… Buenas noches.

Amistad, se recordó desviando la mirada. Se situó junto a la puerta abierta, pero se detuvo porque él se negaba a soltarle la mano. Sorprendida, miró atrás y vio cómo Xavier la llevó lentamente hacia sí.

Había llegado el momento; sentía cómo le palpitaba el corazón y cómo se le aceleraba la sangre. Suspiró y se derritió contra él. Sí.

Xavier posó los labios sobre los suyos, suavemente, y ella los separó al sentir el roce de su lengua; después, suspiró y se bebió su sabor.

Todos los pensamientos de amistad se esfumaron en la noche. No era un besito de amigos. Ese beso hizo que sus sentidos crepitaran, que removieran toda su feminidad.

Tardó solo un momento en darse cuenta de que era el primer hombre de verdad que conocía. Un hombre que sabía lo que quería y que se aseguraba de tomarlo.

Y ella se lo entregó, dejándose arrastrar por el entusiasmo ante eso tan maravilloso que le estaba sucediendo. Rodeándolo por el cuello, se deleitó con su fuerza, con la sensación de sus manos sobre su cuerpo. Le temblaban las piernas y se le habían encogido los dedos de los pies.

Un coche pasó por delante y la intrusión de la realidad en su mundo hizo que Xavier alzara la cabeza. Con delicadeza, la besó en las mejillas y le susurró unas sexys palabras al oído.

–*Tu me fais oublier moi-même*. Haces que me olvide de mí mismo.

–A mí me pasa lo mismo –¿morreándose en la calle? A su abuela le daría algo si se enterara, pero no le importaba. Lo único que podía pensar era que quería más.

–Tengo que darte las buenas noches –con clara renuencia, Xavier esperó a que se sentara dentro del coche, dio un paso atrás y levantó la mano para despedirse.

Ella puso la mano contra la ventana y se marchó. Resopló. ¡Vaya! Estaba totalmente perdida. Ese hombre la hacía sentirse viva, femenina y deseable.

Sabía que estaba disponiéndolo todo para que le partieran el corazón. Él se marcharía en semanas mientras que su vida estaba allí. No había futuro para esa relación.

Pero mejor tener un corazón roto que tener que lamentarse por no haber hecho algo. Estaba cansada de tener miedo a confiar. Cansada de dejar que el miedo la gobernara. Se sentía segura con Xavier y anhelaba explorar la química que crepitaba entre ellos. No quería mirar atrás y desear haber tenido el valor de aferrarse a la vida y vivirla al máximo durante el tiempo que habían tenido juntos. Se lanzaría a por esa relación. ¡Oh, sí!

Xavier volvió al museo con la mirada clavada en el vehículo que estaba alejando en la noche a Amanda Carn. Cuando el coche desapareció de su vista, intentó calcular cómo de grande era el error que acababa de cometer.

Por primera vez, hombre y soldado se enfrentaban al tiempo que el deseo batallaba contra el deber. Le gustaba esa mujer, la deseaba físicamente, pero, si pertenecía a la familia real, su deber era protegerla de toda amenaza, incluyéndose a él mismo. Con su adictivo sabor aún en los labios, admitió el desafío que representaba.

Conocía su obligación, la vivía y la respiraba cada día. El deber era lo que evitaba que un soldado la besara cuando estaba claro que ambos deseaban que sucediera.

Podía ser el único momento que tuviera con ella, ese momento de incertidumbre mientras la prueba de ADN quedaba pendiente. Una vez se confirmara su identidad, la tendría fuera de su alcance para siempre. Y, después de haberla visto junto al retrato de Vivienne de nuevo esa noche y de haber oído que su madre había estado en Pasadonia, no tenía muchas dudas de que existiera una conexión con la realeza.

Satisfecho tras hacer la última ronda y ver que las instalaciones estaban seguras, les dio a sus hombres unas últimas instrucciones y se dirigió al mostrador de seguridad para firmar su salida.

–¿Ha disfrutado su acompañante con la visita privada? –le preguntó con simpatía el oficial.

–Sí. Trabaja para uno de los museos locales, así que ha sabido apreciar el valor de la colección.

–Se parece mucho a uno de los retratos. Pensaba que era un miembro de la realeza que ha venido de visita.

–No. Es solo una amiga y una mujer bellísima.

Esa fue su respuesta. Hasta que se le notificara lo contrario, Amanda no era más que una atractiva mujer a la que quería conocer mejor. Las órdenes que había recibido Xavier el soldado eran mantenerse cerca de ella para obtener información.

Y Xavier el hombre que pretendía hacer justo eso.

Capítulo 4

Amanda entró en el apartamento aún flotando con ese beso de buenas noches. Había revivido en su cabeza la mejor noche de su vida una y otra vez.

Cenar en The Top of the Mark había sido todo un festín para el alma. Situado en el piso treinta y cuatro, el restaurante ofrecía unas vistas panorámicas de la ciudad. Se había sentido como si hubiera estado cenando entre las estrellas. Y eso no era lo mejor. Xavier, atento y encantador, había elevado la experiencia a un nivel completamente nuevo.

Se quitó los zapatos y los guardó en el armario mientras recordaba la visita al museo donde él le había mostrado personalmente la exposición que protegía tan celosamente.

Coronaciones, bailes y batallas; la colección al completo representaba un modo de vida que iba más allá de su imaginación. Era cosa de cuento de hadas, pero más descarnada, con todas las dificultades y tribulaciones de la vida real, de la gente real.

Y su beso. ¡Ay, Dios mío!

La había hecho sentir como si nunca antes la hubieran besado. Y así era en realidad, porque nunca antes la había besado un hombre de su experiencia y de un modo tan personal y tan intenso. Había hecho que se le encogieran los dedos de los pies y que un cosquilleo y un escalofrío le recorrieran la piel y el cuerpo con anhelo y deseo.

Nunca antes había sentido tanto deseo, aunque tampoco podía decirse que tuviera mucha experiencia en el tema. Sí, claro, había besado a algunos chicos, pero solo había tenido un amante y, aunque había sido una relación placentera, al final había resultado que a él le había interesado más que su abuela le pusiera buenas notas que la propia Amanda.

Gran error por las dos partes.

Ya en la ducha, admitió que lo de Xavier podía ser un error más. Había dejado que la rabia que sentía contra su abuela la hubiera lanzado directa a una cita que previamente había contemplado con cierto recelo. Y ahora mismo ya le dolería más tener que alejarse de él de lo que le había dolido dejar a aquel cretino que solo había ido tras elogios académicos. Echaba de menos estar con Xavier, quería llamarlo para saber si había llegado bien al hotel, si le estaban atendiendo bien, si le gustaba tanto como él le gustaba a ella.

Su falta de experiencia se traducía en una marea de inseguridades mientras se preguntaba si él la encontraría inmadura. Esperaba que no y, de hecho, era imposible porque esos besos demostraban lo contrario.

¡Suficiente! Necesitaba algo con lo que ocupar su mente o no dormiría en toda la noche.

Alguien llamó a la puerta. Al echar un vistazo por la mirilla, vio al conserje y abrió la puerta.

–Amanda, has recibido un envío hoy.

–Gracias, señor Vey –agarró la caja y le dio las buenas noches al hombre.

Tras reconocer la caja que contenía los diarios de su madre, la llevó a la mesa y la abrió. Dentro encontró una nota de su abuela.

Amanda:

Tu abuelo piensa que tu decepcionante comportamiento de la otra noche se debe a que te sentías angustiada. Puedes darle las gracias por esto.

La abuela.

Mientras leía la nota, no sabía si creerlo o no. ¿Era ese otro ejemplo de cómo su abuela le atribuía sus propios sentimientos a su abuelo, o de verdad él le había hecho frente?

Ansiosa por leer los diarios, decidió darle vueltas a ese tema después, y así empezó a sacar los cuadernos. Eligió uno donde encontró la primera referencia a su padre.

No creía en el amor a primera vista hasta que lo conocí, mi príncipe. Sí, lo sé, es infantil. Pero así me hace sentir, como si hubiera encontrado a mi Príncipe Encantador. Tal vez sea porque estoy en Europa, donde abundan los castillos y la realeza es una realidad.

Sé que no puedo fiarme de este sentimiento. No dejo de oír en mi cabeza la voz de mamá enumerándome todas las razones por las que debería mantener las distancias, pero no puedo. Y no lo haré.

No puedo dejar de pensar en él. Me hace feliz. Y eso que ni siquiera hemos estado solos; siempre hemos estado con una multitud de amigos aunque sí que hemos pasado horas hablando. Y hoy me ha robado un beso.

¿Robado? ¿Por qué digo eso cuando yo misma lo estaba deseando? Y ha hecho que se me encojan los dedos de los pies. Jamás volveré a ver esa expresión como un cliché.

Amanda se rio, identificándose con su madre a medida que leía.

La próxima vez que me pida salir, voy a decirle que sí. Puede que sea

una tontería buscar una relación cuando voy a estar aquí tan poco tiempo. Eso es lo que me diría mamá. Pero los sentimientos tan fuertes como estos se merecen una oportunidad. Si sé que no es para siempre, entonces debería estar a salvo, ¿no?

Hacía años que no escribía en un diario, pero necesitaba poner mis pensamientos en orden y esto me ayuda. A lo mejor también me ayudará leer sobre esta romántica aventura cuando se termine el verano y esté de vuelta en casa haciendo lo que mi madre ha elegido que haga. O puede que, ya que aquí estoy siendo valiente, leerlo me dé el valor de ser valiente allí y buscar un trabajo que yo misma elija.

Leyó las dos entradas siguientes, pero el «príncipe» de su madre había tenido que marcharse por motivos de trabajo y todo trataba principalmente sobre su angustia por su anterior decisión de no salir con él y sobre cómo no volvería a cometer ese error si lograba volver a verlo y él seguía queriendo quedar con ella a solas.

Una buena lección que aprender para aprovechar las oportunidades cuando se presentaban ante tu puerta.

Cerró el diario, comprobó la alarma y apagó la luz. Qué suerte que Michelle la hubiera animado a acercarse a Xavier, porque, de lo contrario, le habría pasado como su madre y estaría lamentando lo que podría haberle sucedido en lugar de estar recordando un beso fabuloso.

Con un suspiro, cerró los ojos y dejó que su mente la llevara de nuevo hasta los brazos de Xavier.

Xavier se puso su uniforme de gala para su charla en el museo pensando que, si tenía que hablar sobre lo que suponía ser guardia real, debía tener el aspecto de uno. Medallas y listones ganados con el cumplimiento de su deber decoraban el lado izquierdo de su pecho.

En su país llevaba la espada enfundada a un lado. Ya que la exposición era una misión de paz, la había dejado allí, pero para la charla en el museo se había llevado una de las más sencillas de la exposición y la había transportado en una larga funda de piel.

El Museo Infantil de Arte y Ciencias se encontraba en un extremo del Golden Gate Park. Un edificio de ladrillo rojo y cristal de dos plantas unía el encanto del arte con la claridad de la ciencia.

Encontró a Amanda rodeada de niños con una copia de *La pequeña locomotora que sí pudo,* hablándoles sobre el mecanismo de una máquina de vapor y respondiendo a sus preguntas con paciencia. En un momento de la explicación, alzó la mirada y lo vio.

Se le iluminó la cara y con ello demostró lo encantada que estaba de tenerlo allí. Él sintió un cosquilleo cuando, en respuesta a ese gesto, se

vio invadido por una placentera sensación.

Pero no tenía tiempo de preocuparse por la calidez de su reacción al haberla visto interactuar de ese modo con los niños e imaginar que algún día sería una buena madre.

–¡Es el Príncipe Encantador! –gritó una niña con la voz entrecortada.

Mon dieu. Resultaba que sí se parecía un poco al personaje de los dibujos con ese uniforme. Sin embargo, bien sabía Dios que nunca querría cargar con la presión que acompañaba a su buen amigo el príncipe.

–Sí que es tan guapo como el Príncipe Encantador, ¿verdad? –dijo Amanda–, pero es Xavier Marcel LeDuc, comandante de la Guardia Real de la República de Pasadonia. Es un auténtico guardia real del Príncipe de Pasadonia.

–¡Vaya! –exclamaron todos al unísono.

Xavier contuvo una sonrisa e hizo una reverencia ante su público. Miró a Amanda y le guiñó un ojo ganándose una sonrisa a cambio.

–Es un placer conoceros. La señorita Carn me ha pedido muy amablemente que venga a hablaros sobre mi profesión.

–Sí –Amanda tomó el control de la situación–. Sentaos todos. Dejaremos que el comandante LeDuc nos hable durante unos minutos y después podréis hacerle preguntas.

Tomándolo de la mano con fuerza, lo llevó frente al grupo y lo dejó allí.

–Espera, sujeta esto –dijo entregándole la funda de piel.

–¿Qué es?

–Ayuda visual. He pedido prestada una espada de la colección, pero no me había dado cuenta de que los niños serían tan pequeños.

–¡Vaya! Esto les resultaría impresionante, pero tienes razón, son demasiado pequeños y querrían tocarla –sonrió–. Aunque a mí puedes enseñármela después.

Él, deliberadamente, se sacó de la cabeza la idea de enseñarle su espada y se centró en su labor. Mientras miraba los rostros de los niños, supo que debía hablar con simpleza y claridad.

–Pasadonia es un pequeño país de Europa y, en lugar de presidente, tenemos un príncipe. Esta adorable señorita me ha llamado Príncipe Encantador, pero en realidad soy la persona que protege al príncipe.

–¿Cómo los del Servicio Secreto? –preguntó uno de los niños más mayores–. Los he visto en una peli.

–Sí, parecido. Yo soy un soldado. En Pasadonia hay dos ramas de militares, una es la defensa civil y la otra es la responsable de proteger a la familia real.

–Si eres un soldado, ¿cómo es que no tienes armas? El policía que vino a visitarnos tenía pistola.

–A diferencia de ellos, los soldados solo llevamos armas cuando es necesario.

–¿Y qué clase de armas usáis?

–Cuando protejo al príncipe, llevo una Glock 9 milímetros.

–¿Y las espadas? –preguntó una niña–. El Príncipe Encantador lleva espada.

–Las espadas no se usan hoy en día en la guerra, pero Pasadonia es un país tradicional y las espadas forman parte de nuestros uniformes de gala, y a todos los miembros de la milicia se nos exige ser unos espadachines competentes.

–¡Hala! –suspiró la niña.

–¡Qué guay! –exclamó un niño.

–Las espadas son de nenazas –dijo malhumorado otro.

Lanzándole una fría sonrisa al impertinente niño, Xavier dijo:

–Como he dicho, no se utilizan hoy en día.

Amanda dio un paso al frente.

–Enséñale la espada.

Él enarcó una ceja.

–No tengo que demostrarle nada a un niño –le respondió en voz baja.

–Claro que no, pero enséñasela de todos modos. Puedes colocarte detrás de ese mostrador, así los niños podrán verla pero no tocarla.

Los niños, a excepción del que le había molestado, se habían portado bien y varios adultos se estaban acercando y mostrando interés, así que no pasaría nada. Colocó la funda de piel sobre el mostrador y bajó la cremallera.

–El comandante LeDuc ha traído una espada para que la veáis. Es un arma muy antigua y forma parte de una colección expuesta en el museo de Historia del Arte. Manteneos en este lado del mostrador y no toquéis nada.

Él se quitó la chaqueta y se la pasó a Amanda antes de sacar un par de guantes de piel y ponérselos para manipular el arma. Con movimientos seguros y precisos, la sacó de la funda dejando al descubierto la espada grabada.

Un murmullo de aprobación se oyó entre el grupo.

–¡Alucinante!

–¡Mirad esas joyas tan bonitas!

–¡Cómo brilla!

–¡Parece muy afilada!

–¿Pesa?

–Un poco. Recordad que es un arma y que puede ser peligrosa si no se maneja bien.

Alzó la espada y disfrutó sintiendo su peso sobre sus manos; recordó lo mucho que echaba de menos las prácticas de esgrima con su padre

que había tenido que cancelar por la exposición.

Tragó saliva y se concentró en describir la espada en lugar de anhelar su hogar, su familia. La distracción funcionó y el momento de debilidad pasó. Ver a Amanda lo ayudó también a disipar esa sensación de soledad.

Recalcó la importancia de la seguridad e hizo una demostración de varios movimientos atrayendo así a más gente todavía.

Pensó que, cuanto antes terminara con eso, antes tendría a Amanda para él solo, y una mirada al reloj le confirmó que había cumplido con los treinta minutos que había prometido. Terminó con la historia de cómo el príncipe Jean Claude III utilizó esa espada cuando condujo su ejército de doscientos hombres contra una invasión de Pasadonia en 1848 por parte de España.

–Y hoy no tenemos tiempo para más –dijo Amanda situándose delante–. Por favor, ayudadme a darle las gracias al comandante LeDuc por su maravillosa presentación.

Todos le dieron un fuerte aplauso y varias personas se acercaron para acribillarlo a preguntas que Xavier respondió con una sonrisa mientras no dejaba de mirar a Amanda, que se despedía de los niños y recogía la zona donde se había celebrado la presentación.

–Ha sido fabuloso. Muchas gracias –le dijo después con una sonrisa y un abrazo.

–Para mí ha sido un placer. Me ha gustado volver a tener una espada entre las manos.

–Resultaba impresionante verte.

–Es una habilidad que todos los soldados de Pasadonia debemos perfeccionar. Se celebran muchos torneos y me gusta competir.

–Seguro que además ganas.

–Sí –la ayudó a ponerse el abrigo y le susurró al oído–: Me gustaría demostrarte lo que puedo hacer con mi espada.

Capítulo 5

Amanda se rio y lo rodeó por el cuello. El modo en que se había lamentado su madre por no haber aprovechado la oportunidad de estar con el hombre que la había encandilado la animó a actuar con esa espontaneidad.

Se aventuró a besarlo y suspiró ante la rápida respuesta de él. Después le agarró de la mano y echaron a caminar mientras prefería no pensar en el hecho de que su madre hubiera terminado sola y embarazada.

–Estás flirteando y eso me encanta, pero ahora háblame más sobre la esgrima y sobre tu familia. Deben de estar muy orgullosos de ti.

–Sobre todo mi madre. Es mi mayor fan. Mi padre la anima y se asegura de que esté al tanto de todos mis eventos públicos.

–¿Y hace que te sientas avergonzado?

–Me gustaría que fuera menos expresiva, eso sí, pero no me avergüenza –se detuvo frente a su lujoso coche y le abrió la puerta–. Mi familia es muy de demostrar sentimientos y, desde una edad bien temprana, mi hermana y yo supimos que nunca nos faltarían muestras de apoyo y de amor.

–Es maravilloso.

Procedían de mundos distintos, sus vidas eran tan diferentes que no podían encontrar nada en común.

Una vez dentro del coche, Xavier le agarró la mano para besarle los dedos con calidez y admiración.

–¿Adónde te gustaría ir a cenar?

Cuando la miraba así, cuando la acariciaba, todas las dudas se desvanecían. Estar juntos era suficiente.

–¿Amanda?

–Ah –¿qué le había preguntado? Ah, sí, lo de la cena–. Vamos al embarcadero a hacer de turistas. Y, además, como recompensa por haber venido a ayudarme en el museo, quiero que elijas algo que te apetezca hacer en San Francisco y seré tu guía turística personal.

–No es necesario. Me he sentido orgulloso de representar a mi país ante los niños de Estados Unidos.

Arrancó el motor.

–Bueno, has dicho que tu madre va a verte a los torneos de esgrima, pero ¿y tu padre?

–Mi padre también asiste, aunque compitiendo. Es el mejor y me ha

enseñado. Puedo vencerlo, aunque me lo pone difícil. Tiene muchos récords, y dentro de unas semanas le concederán un prestigioso galardón por todos sus años al servicio de la corona en el anual *Hommage aux Forces*.

–¿Un par de semanas? ¿Entonces vas a perderte la celebración? Es una pena.

–No. Volveré a Pasadonia durante una semana para participar. Te echaré de menos. Eso sí que es una pena.

La noticia la entristeció a ella también, pero, para distraerse, cambió de tema.

–Bueno, ¿qué te gustaría hacer? Podemos ir a Alcatraz o quedarnos en San Francisco y ver Chinatown y Lombard Street. O podemos pasar de la ciudad y visitar el valle de Napa, las secoyas o Yosemite.

–Ahora que lo dices, siempre he querido ver Alcatraz. Pero debes de haber estado allí muchas veces y te aburrirás.

–No, he ido pocas veces. Y, además, esto es para ti. Es una cita. Así que el jueves estaremos tú, yo y la Roca.

Ahora mis días quedan definidos por el tiempo que he pasado con JC y el tiempo que llevo esperando a volver a verlo. Adoro su sentido del humor, su amabilidad, su sentido de la aventura. Es tan inteligente y maduro para su edad que suele ser la voz de la razón en el grupo.

Y siempre estamos en grupo. Sus amigos lo cuidan tanto que se podrían confundir con guardaespaldas. ¡Cuánto se ha reído cuando le he dicho eso! Y después me ha apartado para estar un rato a solas. Lo que no me gusta tanto es cuánto se controla. Es un maestro deteniéndose justo antes de que vayamos demasiado lejos. ¡Es tan guapo y me gusta tanto estar entre sus brazos! Lo deseo y me duele pensar que no me desee lo suficiente como para llegar hasta el final.

Tal vez tenga algo que ver con la tristeza que a veces veo en él. Se le da bien ocultarla la mayor parte del tiempo, pero hay momentos en los que se queda pensativo y puedo verla en la adustez de su boca, en la sombra tras sus ojos.

Sé que tiene que ver con su familia, pero no habla mucho de ellos y yo odio entrometerme cuando está tan claro que no quiere hablar del tema. Aun así, ojalá pudiera ayudarlo. Lo mejor que puedo hacer es estar a su lado y sacarle de la cabeza lo que sea que lo disgusta tanto.

Mis amigas y yo hemos invitado a los chicos a un picnic para celebrar el Cuatro de Julio, está claro que echamos de menos nuestra casa mucho más de lo que dejamos ver, y espero convencer a JC de que vaya hasta el final. Estoy lista para sentir mis propios fuegos artificiales.

Amanda metió una cinta roja en el diario de su madre para marcar

dónde se había quedado y lo dejó sobre la mesilla de noche. Entendía la frustración y la felicidad de su madre. Cuando mencionaba a JC, era como si Haley le estuviera hablando directamente sobre el amor.

Y no es que pudiera decirse que ella amaba a Xavier…

Apagó la lamparita de noche y se tapó con la manta.

Era demasiado inteligente como para enamorarse de él, pero no podía negar que ese hombre se había adueñado de sus pensamientos. O estaba con él o estaba pensando en estar con él.

¿Y en cuanto a lo de la frustración? Sin duda, había momentos en los que Xavier era demasiado caballeroso. Se sonrojaba al admitirlo y, aun así, lo deseaba. Se veían la mayoría de los días, pero eso no bastaba.

Esa noche no lo había visto porque él había tenido que acudir a un evento, pero al día siguiente sería jueves y por fin harían su visita a Alcatraz. ¿Es que no había un sitio menos romántico? Aun así, estaba deseándolo porque lo tendría todo el día para ella sola.

El teléfono sonó y, pensando en Xavier, alargó el brazo esperanzada. Se dijo que fue decepción y no miedo lo que sintió al ver en la pequeña pantalla que quien llamaba era su abuela y no él.

–Hola, abuela. ¿Va todo bien?

Esa semana habían hablado muy brevemente cuando había llamado para darle las gracias por haberle permitido tener y leer los diarios.

–Tu abuelo y yo estamos bien. Sé que es un poco tarde, pero es bien sabido que las chicas de ciudad estáis despiertas hasta tarde. Mañana doy una conferencia y me gustaría que vinieras a grabarla. Empieza a las nueve. Primero puedes pasar por casa y desayunar con tu abuelo. Te esperamos a las siete y media.

Muy típico de ella, pedirle algo en el último momento sin avisarla con tiempo. Normalmente, siempre la había complacido sin dudarlo, pero esta vez no lo haría.

–Lo siento, pero mañana tengo planes.

–Ah –captó el asombro de su abuela, aunque la mujer se recompuso de inmediato–. Bueno, seguro que puedes cambiarlos. Necesito tu ayuda.

–Esta vez no puedo. ¿No puede hacerlo el abuelo? Su último intento no estuvo tan mal.

–Pero tampoco estuvo bien. Necesito que hagas esto por mí, Amanda. Es importante. Vamos, sé amable y cambia tus planes.

–De verdad que no puedo.

–Si tienes que trabajar, por supuesto que lo entiendo, pero creía que tenías el día libre.

–Lo cierto es que es una cita.

–No me puedo creer que antepongas eso al deber para con tu familia.

–Abuela, sabes que me gusta ayudarte, pero la universidad tiene estudiantes de Audiovisuales que pueden ayudarte. Me gusta este chico y ya he tenido que cambiar la cita en otra ocasión.

–He de decirte que tu abuelo se quedará muy decepcionado contigo, Amanda. Está claro que mudarte a la ciudad ha cambiado tus prioridades. Te insto a que contemples tus opciones para tomar mejores decisiones en el futuro.

–Abuela… –la conversación se cortó.

Amanda respiró hondo y soltó un suspiro de desaliento.

Furiosa consigo misma por haber dejado que lo de su abuela la afectara, se secó las lágrimas. Y, deseando que su vida hubiera sido distinta, dejó el diario de su madre sobre la mesilla.

Inquieta y buscando algo de calma, fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua fría.

Iba a apagar la luz del dormitorio cuando alguien llamó a la puerta. ¡Qué solicitada estaba esa noche! Al ver a Xavier por la mirilla, se secó las mejillas limpiándose en la bata la última evidencia de sus lágrimas.

Una sensación de auténtica felicidad le arrancó una sonrisa al abrir la puerta.

–Creía que no te vería esta noche.

–Esperaba encontrarte aún levantada para poder ver tu preciosa cara.

–Qué dulce eres –le agarró la mano y la apretó. Él dio un paso al frente y se detuvo.

–El evento benéfico ha sido todo un éxito, pero me faltabas tú. He salido a tomar algo de aire y he visto que estaba en tu barrio, así que he decidido pasarme para darte un beso de buenas noches.

–Ah –se sonrojó encantada y dio un paso atrás tirando de nuevo de su mano–. Pues entonces deberías pasar.

A él se le iluminaron los ojos, pero negó con la cabeza.

–Será mejor que no. Tengo que volver.

–Claro –luchó por contener su decepción–. Me alegra que hayas venido.

–Eh –le rodeó la mejilla con una fuerte mano y la acarició con el pulgar–. Estás triste.

–Ya no. No, en cuanto me des mi beso.

–Pues, en ese caso, debo hacerlo –agachó la cabeza y tomó su boca.

Sí. La caricia empezó lentamente como un suave roce de labios, pero no fue suficiente para ninguno de los dos y él intensificó el beso mientras ella se ponía de puntillas y lo rodeaba por el cuello.

Se abrió a su lengua y pudo captar su sabor a café y a hombre, un cóctel embriagador de excitación y sensación reconfortante. Justo lo

que necesitaba para compensar un día complicado.

–Me alegra que hayas venido.

–Dime qué te tiene tan triste.

–Que mi abuela sea mi abuela. Me ha llamado porque quería que grabara una conferencia que va a dar mañana.

–Y te lo ha hecho pasar mal cuando le has contado que tenías planes.

–Sí.

–No pasa nada si tienes que ir a ayudarla –le dijo acariciándole la espalda.

–No. No pienso dejar que me manipule más. No puede llamarme en el último momento y esperar que lo deje todo.

–Es tu familia.

–Sí, y por eso debería respetar mi respuesta cuando le digo que en esta ocasión no puedo.

–Dale una oportunidad. No está acostumbrada a oír tus negativas. Tal vez mejorará con la práctica.

Eso tenía sentido.

–Gracias. Estoy deseando que llegue mañana.

–Yo también.

Se puso de puntillas y lo besó suavemente.

–De verdad que me alegra mucho que hayas venido.

–Y a mí me alegra poder haber estado aquí cuando has necesitado a un amigo.

–Sí, pero lo que más me ha gustado ha sido el beso de buenas noches –le dijo besándolo de nuevo.

–Es un placer –respondió él y llevó el beso a un nuevo nivel.

Ella se olvidó de respirar al dejarse arrastrar por la pasión que Xavier encendió. Unas manos que antes le habían resultado tiernas, ahora se deslizaban sobre su cuerpo provocándole escalofríos de deseo. Se acercó más a él y, rodeándolo por la cintura, hundió los dedos en el fino lino de su camisa. Tiró de la tela mientras le mordisqueaba el labio y después lo acariciaba con la lengua.

Abrió los ojos, respiró hondo y vio que la puerta seguía abierta tras ellos.

–Deberías pasar –le dijo posando los dedos sobre los botones de su camisa.

Él dio un paso al frente.

Capítulo 6

¡Sí! Por fin. Una auténtica euforia le aceleró el pulso. Pero entonces el teléfono de Xavier sonó.

–Tengo que volver al evento –le dijo lamentándolo claramente.

Ella apoyó la cabeza contra su pecho y sintió el acelerado latido de su corazón contra su frente. La evidencia de su excitación, saber que había tenido tantas ganas como ella, ayudó a compensar la frustración ante la interrupción.

–Lo siento.

–No lo sientas. Ya me habías dicho que no podías quedarte.

La besó con intensidad antes de volver a la puerta.

–Recuerda dónde nos hemos quedado.

–Oh, eso seguro. Y la próxima vez pienso apagarte el teléfono primero.

Tal y como sucedía en San Francisco con frecuencia, el jueves empezó nublado y gris, pero las noticias de la mañana decían que más tarde saldría el sol.

Había quedado con Xavier para desayunar. Él estaba esperándola en el vestíbulo del Fairmont, un precioso viejo hotel, elegante y chic que mezclaba tradición y comodidad.

–Buenos días –dijo Xavier recibiéndola con un beso–. Estás preciosa.

–Y tú estás guapísimo.

–¿Seguro que tenemos tiempo de comer algo?

–Sí. Son las ocho y nuestra visita no empieza hasta las once. Mientras estemos en el Muelle 33 a las diez, vamos bien.

–Excelente porque estoy famélico.

–Pues vamos a comer.

Una vez sentados, Xavier le preguntó qué le apetecía y pidió por los dos.

–¿Cómo te encuentras? ¿Te ha llamado tu abuela?

–No, pero tampoco me lo esperaba. Las disculpas no se le dan bien. ¿Pero a quién intento engañar? Es ella la que espera una disculpa.

Él le agarró una mano sobre la mesa.

–¿Sientes haberte mantenido firme?

–No. Quiero a mis abuelos, pero he de admitir que me gusta tener libertad.

–Libertad –repitió Xavier–. Interesante. Háblame de tu infancia.

–Mis amigas dicen que fue la infancia más estricta de la historia de California. Y eso es decir mucho porque Michelle, a la que conociste en el museo, era hija de un sheriff.

–Vaya, no me habría imaginado que era hija de un policía.

–Es verdad. Fue un poco rebelde. Bueno, el caso es que mis abuelos son profesores de la Hunt, una pequeña y prestigiosa universidad cimentada en la tradición. Prácticamente vivíamos en el campus y no me rebelé contra el sistema demasiado, pero lo más duro fue que no dejaban de decirme que lo que hiciera se reflejaría en sus reputaciones. Y aquello resultó más efectivo que un látigo. Temía que no podía hacer nada por miedo a que ellos se enteraran estando en un lugar tan pequeño y donde abundaban los cotilleos.

–Y que también se enterara el decano y el Consejo.

–Exacto. Así que tenía independencia limitada y, cuando lograba salir, me sentía como si viviera en una pecera. Y, por desgracia, mis abuelos no eran nada comprensivos.

–En otras palabras, que pagaste por los pecados de tu madre.

–La echan mucho de menos. Y no es que yo quiera reemplazarla, pero desde hace tiempo tengo claro que nunca sentirán por mí lo que sintieron por ella.

–Amanda, no puedes culparte por su intolerancia. Eres una mujer preciosa, inteligente y encantadora. Siempre me han enseñado que el amor no tiene límite.

–Suena maravilloso –le dijo con melancolía.

–Sí, pero lo que quiero decir es que tus abuelos sufrieron una pérdida que no pueden superar. Me parece que además de que nunca han debido de ser personas que demuestren sus sentimientos, perder a su hija les ha robado la capacidad de expandir sus afectos más allá de esa pérdida.

Amanda apartó su plato cuando las lágrimas amenazaron con asaltarla. Era tan comprensivo que ella estaba adentrándose en su propia psique más que nunca.

–Me estoy dando cuenta de que quiero a mis abuelos, pero no me gustan –era doloroso pronunciar esas palabras en alto.

Xavier le apretó la mano y entrelazaron sus dedos. Se sentía segura hablando con él.

–Son sentimientos muy válidos, pero ¿te sientes bien con ellos?

–Sí y no. Tengo que estarlo porque no puedo cambiar lo que siento, pero son la única familia que tengo y, por desgracia, no hacemos otra cosa que alejarnos. Sobre todo si no pueden respetar mis elecciones.

–¿No has encontrado nada sobre tu padre en los diarios?

–Se me había olvidado que te había contado lo de los diarios. Y sí, sí que aparece, pero sin nombre. Lo llama su «príncipe».

Xavier se atragantó con un sorbo de agua.

–¿Estás bien?

–Sí –tosió, volvió a beber y la miró con incredulidad–. ¿Su príncipe?

–Lo sé, muy cursi, ¿verdad? Está claro que el encanto y el ambiente medieval de Europa la calaron hondo.

–Está claro.

–Bueno, son casi las nueve y media. Deberíamos irnos.

Tras tomar el tranvía en la puerta de su hotel y después de caminar una breve distancia hasta el Muelle 33, subieron al ferry y se situaron junto a la baranda.

–Quiero ver cómo nos acercamos a la isla y las vistas de San Francisco desde el barco.

–De acuerdo, pero hará frío.

–Pues entonces no te preocupes. Te mantendré caliente –la colocó delante de él, la rodeó con su cazadora y con sus brazos–. ¿Estás cómoda?

¡Oh, sí! Ese hombre desprendía calor como una hoguera, y su proximidad hizo que le aumentara la temperatura corporal. Un poco de sudor nunca le hacía daño a una chica cuando la recompensa era mantenerse a salvo en los protectores brazos de un hombre guapo. Los brazos de Xavier.

–Sí –le aseguró besándolo en la mejilla. ¡Oh, qué bien olía! Una combinación de colonia amaderada y jabón. Le temblaban las rodillas cada vez que se acercaba a él.

Le encantaba que fuera un caballero, que se preocupara por su reputación ante el hecho de tener una aventura fugaz, pero ella había sopesado las opciones y había tomado una decisión. No quería mirar atrás ni lamentarse de nada, quería mirar atrás y sonreír ante los increíbles recuerdos que había fabricado. Porque estaba segura de que estar con Xavier la volvería loca.

Y, aprendiendo del error de su madre, tomó precauciones a principios de semana comprando preservativos y llamando a su médico para que volviera a prescribirle la píldora.

Los motores bramaron cuando el ferry comenzó a alejarse del muelle.

Sintió la boca de Xavier contra su pelo y se acurrucó. Qué pena que el trayecto no fuera muy largo.

El tiempo no fue mucho mejor en la isla, pero, aun así, Xavier disfrutó al máximo de la visita.

A mitad del día, Amanda recibió un mensaje de Elle diciéndole que estaba en la ciudad y que tal vez estaría libre para cenar con Michelle y con ella.

No había incluido la cena en sus planes, pero esperaba que Xavier quisiera seguir el día a su lado y cenar con sus mejores amigas y sus novios.

El día pasó volando mientras exploraron la isla de la mano antes de volver al ferry.

Disfrutó viendo cómo le había gustado a Xavier, y disfrutó más aún con la proximidad que aumentó entre los dos.

El desayuno quedó como un vago recuerdo cuando el ferry regresó al Fisherman's Wharf algo después de las tres. Helada (al contrario de lo que habían indicado las predicciones, el sol no había hecho acto de presencia y unas oscuras nubes habían descendido sobre la ciudad), con los pies doloridos y hambrienta, quería sentarse y comer.

Por suerte, allí tenían muchas opciones, y entre ellas eligió un restaurante con vistas al mar donde servían un maravilloso estofado de pescado.

Ya que Xavier se había negado a dejarle pagar el desayuno e incluso a pagar a medias, le dijo que ese almuerzo formaba parte de la excursión que le había preparado.

–¡Y ni se te ocurra decirme que no! Mis abuelos no eran nada tacaños y me dieron muy buenas pagas, que no me podía gastar en ningún sitio, y unos fondos para la universidad de los que no tuve que desprenderme porque en Hunt no me cobraban las matrículas. Así que puedo permitirme invitarte a almorzar.

–Jamás sería tan mal educado como para cuestionar tu situación económica, pero es que me educaron así. Una de las normas inquebrantables que mi madre espera que su hijo cumpla es no dejar pagar a su acompañante.

Una simpática camarera rubia los saludó, los llevó a una mesa y les dejó las cartas.

–Cuanto más sé de tu madre, mejor me cae.

–Es el alma de nuestra familia. Mi hermana y yo la adoramos.

–¿Y tu padre?

Les sirvieron unas tazas de café y Amanda pidió el estofado mientras que Xavier optó por el pastel de cangrejo sobre arroz con crema de jerez.

–Eran novios desde niños. Son muy fuertes de manera individual, pero mucho más fuertes juntos. Mi madre dice que es porque crecieron juntos. No los puedo imaginar separados.

–Qué maravilla.

–Tuve una infancia fantástica. Mi padre hacía lo que fuera por mi madre y renunció a una misión de gran prestigio con el príncipe cuando a ella le realizaron una histerectomía hace ocho años. Eso hizo

que tardara unos años más en ser ascendido a teniente coronel. Le pregunté si se arrepentía de haberlo hecho, y me dijo que no, que ella era más importante que su carrera.

–Qué amor tan poderoso.

–Sí.

Estaba claro que Xavier adoraba a su familia.

–¿Bueno, y tú? ¿Has estado casado alguna vez? ¿O a punto de hacerlo?

–No. Salí con una chica de mi barrio mientras estudiaba y me formaba como oficial.

–Tu madre debía de estar muy feliz.

–Mucho, y supongo que por eso alargué tanto la relación y me esforcé en ella, porque quería el amor que tienen mis padres. Pero al final vi que no sentía por ella lo que mi padre siente por mi madre.

–¿Y cómo lo calculaste? Porque tu relación podía ser distinta a la de tus padres. Es algo muy personal.

–Cierto, pero nunca tuve duda de que mi carrera y mi príncipe eran lo primero. Lo pensé mucho porque sabía que al no casarme le haría daño a dos mujeres que me importaban mucho, pero no podía poner el anillo de mi familia en el dedo de Elayna. Fue entonces cuando supe que no estábamos hechos el uno para el otro.

–Dos mujeres. Imagino que una era tu madre. No le hizo mucha gracia.

–No, pero lo entendió. Aunque a menudo me recuerda que quiere *petits enfants*.

–Nietos.

–Sí. Mi hermana le ha dado cuatro preciosos nietos, pero ni con esas se quedará contenta hasta que tenga a un hijo mío dando saltos sobre su regazo.

Ella sonrió. Qué gracioso era pensar en ese hombre tan intenso, ese soldado, siendo acosado por su madre para que le diera nietos. Lo hacía parecer más humano, más accesible. Lo encontraba irresistible viéndolo desempeñar su deber, pero ese día, después de haber sabido más sobre su familia y cómo creía en el poder del amor, sentía algo más por ese hombre.

Estaba metida en graves problemas.

Se suponía que esa relación no sería más que una aventura con un extranjero macizo, pero, cuanto más lo conocía, más le gustaba.

–Vamos –le dijo él después de dejarle pagar el almuerzo–. Te acompañaré a casa antes de volver a mi hotel.

Ella le tomó la mano.

Lo peor de todo era que, en realidad, no le importaba verse metida en problemas.

Capítulo 7

El sol se había rendido y llovía a cántaros. Esperaron cinco minutos en el vestíbulo del restaurante a que la lluvia cesara un poco, pero el diluvio continuaba. Finalmente, Amanda lo miró resignada, él enarcó una ceja como lanzándole una pregunta y ella asintió.

La agarró de la mano y juntos corrieron media manzana hasta la parada de taxis. Empapados en cuestión de segundos, entraron en el vehículo riéndose.

A pesar de que el conductor tenía la calefacción a tope, Amanda no dejaba de temblar y Xavier la rodeó con sus brazos inútilmente ya que estaba tan empapado como ella.

Al cabo de un momento, el taxi se detuvo.

–La carretera está bloqueada –dijo el conductor.

–Parece un accidente –añadió Amanda mirando por la ventanilla.

–¿Por qué esperamos aquí? ¿No podemos bordear por alguna calle y salir en sentido contrario? –preguntó Xavier.

–No. Es una carretera de único sentido. Me bajo aquí e iré corriendo. Lo he pasado genial. Siento que la lluvia haya arruinado el día.

–Te acompaño a casa.

–¡Pero si está diluviando!

–Razón de más para preocuparme por ti.

Los ojos de Amanda se iluminaron ante su insistencia e hicieron que Xavier se preguntase si nadie le había mostrado nunca interés y preocupación por su bienestar. Y de nuevo se maravilló al ver la inteligente y centrada mujer en que se había convertido después de haber sufrido tanta indiferencia por parte de sus abuelos.

–Te lo agradezco –le acarició la mejilla con dedos temblorosos –, pero no es necesario. Solo estoy a media manzana de casa y no soy de azúcar. No me voy a derretir.

Él le agarró la mano y calentó sus dedos con su aliento antes de susurrarle al oído:

–Eres lo más dulce que he conocido en mi vida.

Y, antes de poder objetar más, Xavier le dio un par de billetes al taxista, abrió la puerta y la sacó del vehículo. Echaron a correr y juntos llegaron hasta su apartamento sanos y salvos.

Una vez dentro, se quedaron en la pequeña entrada mirándose y goteando por todas partes. Ella parecía un gatito mojado, con los ojos

abiertos de par en par y el pelo aplastado por el agua. Al instante, los dos estaban riéndose a carcajadas. Amanda lo rodeó por la cintura sin dejar de reír mientras él la abrazaba también, invadido por un regocijo que no había sentido en años. Se dio cuenta de que se había centrado tanto en su carrera que se había vuelto demasiado estirado. Pero ella lo estaba trayendo de vuelta a la vida.

Y, por desgracia, en cuanto tuviera la confirmación de la prueba de ADN, la vería alejada de su vida para siempre. El sombrío pensamiento cortó su alegría y apoyó la frente contra la suya.

–Tienes que quitarte esta ropa.

–¡Sí!

Sin embargo, los dedos le temblaban demasiado como para desabrocharse el abrigo y, así, él le apartó las manos delicadamente y se lo desabrochó.

–¿Dónde está la ducha?

Ella señaló al final del pasillo y Xavier la llevó en esa dirección. Una vez dentro, abrió el agua caliente de la ducha. Después le quitó el jersey y, finalmente, le bajó los vaqueros.

Amanda, con una fina camiseta rosa y unas diminutas braguitas blancas, temblaba incontrolablemente. Bajo la camiseta y un sujetador casi transparente, sus pezones rozaban la tela y sus exuberantes pechos se sacudían delicadamente con cada temblor.

Lo único que Xavier quería era desnudarse y meterse con ella bajo el agua caliente.

–Ti-tienes los la-labios a-azules –le dijo ella castañeteando los dientes.

–Estoy bien. Mi ducha me espera en mi hotel –comprobó la temperatura del agua–. Entra.

Ella sacudió la cabeza, abrió un armario y le lanzó unas toallas.

–Des-desnúda-date. Pue-des du-ducharte después de… de mí –sin esperar una respuesta, se metió en la ducha con ropa interior y corrió la cortina.

Un momento después, la ropa cayó sobre la toalla que había dejado sobre el suelo. Estaba desnuda tras la cortina. Él tragó saliva con dificultad y su temperatura comenzó a elevarse al recrear la imagen en su mente.

Debería volver al hotel, pero al ver su reflejo en el espejo empañado comprobó que tenía los labios azules. Por otro lado, quedarse era una mala idea. Los dos solos, desnudos, con una conexión entre ambos cada vez más fuerte… era una receta para la pasión. Pero mientras pensaba que si se quedaba su relación entraría en terreno peligroso, no pudo evitar quitarse la camisa. Porque quería quedarse. Porque cada segundo que pasara con ella podía ser el último. No perdería la oportunidad de conocerla mejor antes de que el soldado se apoderara

del hombre.

Miró la ducha con deseo.

El agua caía sobre Amanda mientras ella se preguntaba si Xavier seguiría al otro lado y si estaría desnudo detrás de la cortina. Esperaba que sí. Antes había tenido demasiado frío para pensar en juegos de seducción, pero ahora que había dejado de tiritar, imaginarlo desnudo y esperando la invadió de deseo.

Agarró la cortina, pero se detuvo y se pasó los dedos por el pelo. Pronto él se habría ido y ya estaba sintiendo demasiado por él. Hacer el amor trasladaría su relación a un nuevo nivel y ¿estaba preparada para ese cambio?

Tenía que tomar una decisión y hacerlo de manera responsable y no por el hecho de disfrutar llevándole la contraria a su abuela o por querer solidarizarse con su madre.

Buscando en su corazón encontró miedo a que le hicieran daño y la certeza de que lo deseaba sin ninguna duda. ¿Qué lamentaría más? ¿Algo que hiciera o algo que no hiciera?

Con la adrenalina recorriéndole la sangre y las hormonas aceleradas, no tenía elección.

Empujada por la pasión, descorrió la cortina y miró a los ojos de Xavier. Unos ojos cargados de un deseo que hizo que se le encogieran los dedos de los pies.

Oculta únicamente por el vapor que cubría la habitación, se sonrojó bajo su intensa mirada. Él había seguido sus órdenes y ahí estaba, ante ella y cubierto únicamente por una toalla.

Tenía sus anchos y bronceados hombros cubiertos por una capa de humedad y sus definidos músculos bien marcados en el pecho. Ella siguió con la mirada una fina línea de vello oscuro más abajo de sus abdominales, hasta la toalla rosa que se aferraba a sus caderas y hasta sus pies desnudos.

Por muy ridículo que pudiera hacerle parecer la toalla rosa, no hacía más que aumentar su masculinidad. Es más, el tejido ponía de manifiesto claramente su excitación.

–Deja que te caliente un poco –le dijo ella alargando la mano.

Sin dejar de mirarla, él se quitó la toalla.

Qué guapo era. Qué masculino. Nunca había deseado tanto a un hombre.

Cuando Xavier entró en la ducha, el cuerpo de Amanda se fundió en el de él mientras se besaban y él corría la cortina dejándolos sumidos en un vaporoso mundo de agua, piel resbaladiza y besos encendidos.

Sus lenguas se entrelazaban a la vez que el agua caía sobre ellos y Amanda le acariciaba los músculos y hundía los dedos en su espalda.

Él la recorría con las manos y con intenciones del todo eróticas. A ella se le cortó la respiración cuando sus dedos la arrastraron al borde de la desesperación. Xavier la hacía sentirse bella y sexy. Lo rodeó por el cuello para dejar así que los dos pasaran al siguiente nivel de la pasión.

Él le dio todo lo que pidió, más de lo que sabía que quería. Y mientras el agua los cubría, la reclamó con verdadera pasión y se entregó por completo a ella.

Amanda se acurrucó contra él tras el momento de éxtasis. Su corazón golpeteaba acompasado con el latido de Xavier.

Él se movió y cerró el grifo.

–Lo siento –dijo ella refunfuñando y con los ojos cerrados–, pero no puedo moverme.

–Te tengo –la besó en la cabeza.

Amanda suspiró. ¡Y tanto que la tenía!

Xavier la sacó de la ducha en brazos y, envuelta en una toalla, la llevó al sillón para cepillarle el pelo.

Fue entonces cuando ella descubrió lo mucho que se había equivocado.

Sí, hacer el amor con él había aumentado el nivel de su relación, pero había sobrevalorado el nivel de intimidad y proximidad que la experiencia les daría, lo conectada que se sentiría con él.

Y fue una unión que no hizo más que crecer cuando él le secó el pelo y la llevó a su dormitorio para meterla bajo las sábanas. Amanda se acurrucó contra la manta con un suspiro.

¡Menos mal que había pretendido tomar una decisión responsable!

Xavier, con los vaqueros puestos pero el torso aún desnudo, se sentó en la cama y le agarró la mano.

–Lo he pasado muy bien hoy –le dijo ella.

–¿Pero estás cansada y quieres que me vaya?

–Sí. No. No lo sé.

–¿Te arrepientes de algo, Amanda?

–No –y lo decía en serio–. Más bien estoy preocupada –un gran bostezo la interrumpió y sonrió tímidamente–. Lo siento.

Él la hizo callar posando un dedo sobre sus labios.

–No lo sientas. El frío te ha disparado la adrenalina y ahora tu cuerpo necesita descomprimirse. Tienes que descansar.

–¿Y tú? –quería que se quedara, aunque también admitía que necesitaba pensar con claridad y eso era muy complicado teniéndolo al lado.

–Estoy entrenado para soportar los efectos de la adrenalina –le apretó la mano adoptando su expresión de soldado y haciendo

imposible que ella pudiera saber en qué estaba pensando o qué estaba sintiendo.

–No pasa nada. Lo entiendo si estás cansado y quieres irte –¿y si quería irse porque para él la experiencia no había resultado tan excitante?–. Gracias por cuidar tan bien de mí –dijo intentando esbozar una sonrisa.

–Oh, *ma petite*. Ha sido un placer.

De pronto, se agachó y la besó con auténtica pasión. Amanda, ahora bastante espabilada, se incorporó hacia él y buscó su mirada a la vez que miraba en su propio corazón.

–¿Quieres que pare? –le preguntó Xavier.

En respuesta, echó los brazos alrededor de sus amplios hombros desnudos y lo tendió sobre ella.

–Nada de arrepentimientos –dijo besándole en el pecho y la barbilla–. Por ahora eres mío.

–Sí –respondió él emitiendo un bronco sonido–. Que Dios nos ayude a los dos.

Xavier despertó y se pasó las manos por la cara. No se podía creer que se hubiera quedado dormido. Él siempre estaba alerta y nunca dormía con sus parejas porque no creía que mereciera la pena correr ese riesgo. Pero Amanda era diferente. Ella no suponía ninguna amenaza. Al menos, no para el príncipe. En cambio, sí que era una gran amenaza para él.

De pronto, oyó el sonido que indicaba que había recibido un mensaje.

Los resultados de la prueba de ADN confirman el parentesco. Trae al sujeto a Pasadonia a la mínima oportunidad.

Se le cayó el alma a los pies. Había llegado el momento. Ahora no había duda de cuál era su deber, y aun así sentía una presión y un pesar que no había experimentado nunca.

Tenía que decirle que era princesa de Pasadonia, que él era su siervo, y que la acompañaría a ir a conocer al padre que había intentado encontrar.

Pero no quería hacerlo. No quería ver su cara cuando se enterara de que le había estado mintiendo. Le dijera lo que le dijera, ella solo vería una mentira, y lo entendía porque sus abuelos habían jugado con la verdad, y esa falta de confianza y de respeto la había hecho muy sensible ante la verdad. Cualquier cosa inferior a una sinceridad absoluta era una mentira.

No tenía elección porque, aunque se negara a contárselo, enviarían

a otro que lo hiciera y eso no podía permitirlo. Sabía que se sentiría herida emocionalmente y ¿quién sino él debía mirar por su bienestar?

Admiraba su inteligencia, su candor y su lealtad. Era generosa, cariñosa y valiente, pero les había entregado a sus abuelos demasiado poder sobre sí misma. Así que, ¿a cuánto renunciaría por el padre al que nunca había conocido?

Al día siguiente lo descubriría.

Capítulo 8

–Bien, estás despierto –Amanda encendió la luz del techo y entró con su ropa–. Te he lavado y secado la ropa.

–Genial.

–No hemos hablado de la cena. Mis amigas están en la ciudad y voy a quedar con ellas en un restaurante italiano. ¿Te apetece venir?

–Preferiría tenerte para mí sola, pero me conformaré con compartirte con tus amigas.

–¡Qué bien! –respondió encantada y rodeándolo por el cuello–. Quiero que te conozcan. Bueno, a Michelle ya la has visto, pero ahora podrás conocerla bien. Espera –dijo al ver la tensión de su mandíbula y esa sombría expresión de su mirada–. Estás disgustado. ¿Qué pasa?

Por un momento, su expresión se volvió fría como el hielo y al instante se encogió de hombros y la besó.

–Estoy nervioso por conocer a tus amigas.

–Buen intento, pero a ti nada te pone nervioso. ¿Te estoy acaparando? ¿Te necesitan en el museo? ¿Está bien tu familia?

–¡Qué de preguntas! Mi familia está bien, gracias.

–Nunca te había visto tan disgustado. Quiero ayudarte.

–No es nada que no pueda esperar a mañana. Vamos a disfrutar esta noche con tus amigas.

–¿Estás seguro? Me quedaré decepcionada, pero lo entenderé si tienes que irte.

–Necesito estar donde estés tú. De eso estoy seguro.

A ella se le iluminó el rostro ante sus palabras y se sintió especial por muy anticuadas y elaboradas que pudieran parecer.

–Genial, pues entonces vamos. Y no me asustes así. Creía que ibas a decirme que tenías que volver a Pasadonia.

Estaba exultante. Ahí sentada con sus queridísimas amigas, acompañadas por los hombres a quienes amaban, y ella por el hombre a quien amaba. Nunca se había sentido tan feliz.

Un momento… ¿Es que lo amaba?

–Disculpadme, tengo que ir al aseo. ¿Elle, Michelle?

Inmediatamente, las dos se levantaron.

–Ahora mismo volvemos –dijo Michelle.

–¿Por qué hacen eso? –preguntó Nate.

–Tengo la teoría de que es algo que llevan grabado en su ADN desde el tiempo de las cavernas, cuando no era seguro moverse solo –añadió Max.

–Yo lo único que puedo deciros es que en Pasadonia sucede lo mismo.

Michelle volteó los ojos y Elle se rio al oírlos.

–No tienen ni idea. ¿Qué pasa, Amanda? –le preguntó una vez dentro del lavabo–. Estabas bien y de pronto te has quedado blanca.

–He cometido una verdadera estupidez.

–Cálmate, cielo, lo solucionaremos –le aseguró Elle.

–En cuanto te expliques, porque yo no he visto ningún comportamiento estúpido.

–Porque no ha sido aquí. Amo a Xavier.

–¡Oh, Amanda! –emocionada, Elle le agarró la mano y entonces llegó a la conclusión de que Xavier se marcharía en unas semanas–. Oh, Amanda.

–¿Qué voy a hacer? No quiero que se vaya.

–¿Existe alguna posibilidad de que decida quedarse?

–No. Toda su carrera está vinculada al príncipe, y además su familia está allí.

–¿Qué siente por ti?

–No lo sé. Le gusto –al menos parecía que se preocupaba por ella, pero no había hablado de amor. Aunque ninguno de ellos lo había hecho.

–¿Dices que le gustas? ¡Por favor! Pero si lleva toda la noche devorándote con la mirada.

–Es verdad –confirmó Elle–. Está encandilado contigo.

–¿En serio? –preguntó Amanda–. No, no es eso. Sé que me desea –añadió sonrojándose al recordar la tarde–. Pero eso es lujuria, ¿verdad? Yo también lo deseo, pero lo que siento es mucho más que eso.

–¿Y qué sientes?

–Me encanta estar con él, charlar, escucharlo. Tenemos mucho en común. Antes de venir lo he visto algo disgustado. No me ha dicho por qué, pero me preocupa. El próximo martes se marchará a su casa durante una semana y no dejo de pensar qué pasará si no vuelve.

–Oh, cielo –Elle le acarició el brazo.

–Y os he visto mirando a los hombres que amáis y me he dado cuenta de que eso es lo que siento yo por Xavier. No quiero que se marche.

Como para eso no había respuesta, se hizo el silencio mientras las tres se miraban deseando encontrar una solución. Conteniendo las lágrimas, Amanda entró en uno de los aseos.

Dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Nunca se había sentido

tan impotente. Las tres eran invencibles cuando se enfrentaban juntas a un problema, pero el amor no se podía forzar.

Ya era demasiado tarde para que sus amigas pudieran ayudar; ahora se daba cuenta de que había estado perdida desde la primera noche.

Unos minutos después, estaban frente al espejo lavándose las manos.

–Gracias por escucharme. Me alegra mucho teneros a las dos.

–¿Y qué tal el sexo? –por supuesto, la pregunta la formuló Michelle–. ¿Muy pasional?

–Michelle, no todo se basa en el sexo –protestó Elle.

–No, pero es un factor a tener en cuenta. Y nuestra Amanda es un poco ingenua. Si el sexo es muy bueno, podría estar confundiéndolo con emociones más profundas.

–Vale, en eso tienes razón –contestó Elle.

–Extremadamente pasional –respondió ella ruborizada–. Ahora que por fin ha pasado. Ha estado siendo tan caballeroso que prácticamente he tenido que seducirlo.

–¿Tú has tenido que seducirlo? ¿A ti eso te parece bien? –le preguntó Michelle a Elle.

–Xavier es un hombre honrado y estará aquí poco tiempo. A lo mejor no quería hacerle daño.

–Tal vez, aunque seis semanas pueden suponer una relación larga para algunas personas.

–Pero no hace falta ser un genio para saber que Amanda no es una de esas personas y creo que Xavier es muy inteligente.

–¡Eh! Estoy aquí. Si estáis cuestionando la virilidad de Xavier, no lo hagáis. Es todo un hombre, un amante increíble, y sí, me respeta.

–¡Vaya! ¡Mira cómo defiende a su chico! –dijo Michelle tirándole del pelo cariñosamente–. Debe de ser amor. Aquí va una pregunta clave: ¿te trasladarías a Pasadonia por él?

Su primera reacción fue decir «no», pero después pensó en no volver a verlo y todo su ser rechazó esa idea.

–¡No lo sé!

Las tres unieron sus manos.

–¿Un consejo? Tanto si son cuatro días como un mes, disfrútalo mientras puedas.

No era lo que había esperado oír, pero tal vez era el mejor consejo que iba a recibir.

–Lo haré. Gracias –abrazó a sus amigas–. Vamos con nuestros chicos.

Amanda fue la primera en salir y se encontró a Xavier apoyado en la pared de enfrente.

–Habéis tardado mucho y estabas pálida cuando te has levantado de la mesa. Me preocupaba que te hubiera pasado algo.

–Lo siento –se acercó y posó la mano sobre su pecho–. Solo estábamos poniéndonos al día de nuestras vidas. ¿Estás bien?

Él le besó la mano.

–¿Y estas lágrimas? –con delicadeza, deslizó el pulgar bajo su ojo derecho.

¿Cómo responder a eso sin desvelar todos sus secretos? Señaló hacia la mesa.

–Están enamoradísimas y nos hemos puesto sentimentales.

–¿Si te pasara algo, me lo contarías? –le preguntó él con una intensa mirada.

Amanda contuvo nuevas lágrimas. Qué dulce era y cuánto se preocupaba por su bienestar. Tal vez sí que estaba un poco encandilado.

–Sí –amarlo le hacía daño, pero también era reconfortante y maravilloso. Decidió centrarse en eso hasta que se viera forzada a decirle adiós–. Venga –lo agarró del brazo–. Vamos a casa y te demostraré lo bien que me siento.

Michelle tenía razón. Debía disfrutar mientras pudiera.

Capítulo 9

–¿Que el príncipe de Pasadonia es mi padre? –impactada, repitió las palabras de Xavier.

Estaba sentada en la elegante suite de Xavier en el Fairmont después de que él le hubiera pedido que fuese allí al salir del trabajo. Había acudido emocionada y pensando que saldrían a cenar, pero en lugar de eso, Xavier le había comunicado que el príncipe era su padre.

Esa noche lo veía distinto, estaba más ausente y no la había besado. Y por si eso fuera poco, ahora le venía con esa patética broma.

–Xavier, no tiene gracia. Hablo en serio cuando digo que quiero encontrar a mi padre y nunca he insinuado que pudiera estar relacionada con el príncipe por mucho que mi madre hubiera estado en Pasadonia.

–Por supuesto que no, pero espero que el hecho de que tu madre estuviera allí te ayude a aceptar el hecho de que el príncipe es tu padre.

–¡Deja de decir eso! –se levantó–. El príncipe de Pasadonia no es mi padre.

–La prueba es irrefutable –señaló un sobre encima de la mesa de café–. El príncipe está ansioso por conocerte y me han encargado que te lleve hasta él.

–Un leve parecido con un antepasado no es una prueba –alterada, fue hasta la ventana–. Si lo del viaje de mi madre allí era tan relevante, ¿por qué no me dijiste nada cuando te lo conté?

–Porque en ese momento no había nada que contar.

–¿En ese momento? No entiendo nada. ¿Cómo sabe el príncipe que existo? –¡era surrealista!

Él se acercó y le agarró las manos. Su cálida caricia la calmó y ella se dejó caer contra su pecho.

–Lo siento, pero es que no entiendo nada.

–Amanda –le dijo acariciándole el pelo antes de apartarse–. Le envié la foto que os saqué a Michelle y a ti. Era mi deber. El parecido es increíble. El príncipe sintió curiosidad y la prueba de ADN ha confirmado el parentesco.

–¿Prueba de ADN? ¿Cómo? ¿Le has enviado una muestra de ADN?

–Era necesario para la identificación. Sé que la noticia te ha alterado, pero no hay nada que temer. Estaré contigo.

–¿Me has robado ADN? –bramó con rabia.

–Sí. Era una orden.

–¡Oh! –exclamó reviviendo las dos últimas semanas–. ¡Oh! –cerró los ojos y todo le quedó claro. Había sido una misión. Ella no le importaba, solo había estado haciendo su trabajo, vigilándola hasta obtener los resultados.

–Amanda –intentó acercarse.

–No –ella retrocedió–. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me preguntaste?

–Si los resultados eran negativos, no había necesidad de que supieras que se habían realizado las pruebas.

–Porque así no podría reclamarle nada al príncipe, ¿verdad?

–Era una cuestión de discreción.

–¿Por qué estás haciendo esto? Anoche estabas disgustado, ¿qué pasó? ¿Es que te han dicho que vuelvas a Pasadonia y estás haciendo esto para que te resulte más fácil marcharte? Si es así, por favor, para. Preferiría guardar un buen recuerdo de los momentos que hemos pasado juntos.

–Me han ordenado que vuelva y que te lleve a conocer a tu padre. Nos marchamos el martes –dijo hablando con una terrible formalidad y rigidez tanto en su voz como en su pose.

Era tan distinto al hombre que había llegado a amar que tardó un minuto en procesar lo que había oído.

–No, no pienso ir a Pasadonia contigo. No pienso ir a ningún sitio contigo –ya había tenido suficiente. ¿Dónde estaba su bolso? Se giró hacia la silla, pero él se puso en medio.

–Entiendo que estés molesta, pero, si no vienes conmigo, Su Majestad enviará otro escolta y después a otro más hasta que aceptes. ¿Por qué prolongarlo? Querías encontrar a tu padre y ahora lo has hecho, y está deseando conocerte.

–Sí, quería saber quién era mi padre, pero conocerlo o no debía ser decisión mía. Tengo un empleo y una familia. No puedo dejarlo todo y subirme a un avión contigo –la conversación no los estaba llevando a ninguna parte–. Tengo que irme.

–Por supuesto –aunque no se apartó de su camino–. Amanda, eres una mujer inteligente, lo suficiente como para reconocer una verdad cuando la oyes –fue a la mesita, levantó el sobre y se lo entregó.

–¡No lo quiero! –le contestó ella con furia en la mirada.

–Sé que estás enfadada conmigo, pero sabes que no te mentiría. Léelo y llámame al móvil.

Ella se lo quitó de las manos y agarró su bolso.

–Por lo que a mí respecta, lo único que has hecho es mentir.

Xavier la detuvo agarrándola del brazo.

–No me toques.

La soltó de inmediato y bajó los brazos con gesto de rendición.

–No soy estúpida. Me has utilizado. Me has robado una parte de mí. Me has mentido. Y has utilizado la atracción que siento por ti para engatusarme. No vuelvas a tocarme nunca.

–Yo no… –se detuvo. El único signo de agitación que se veía en él era la forma en que se movía su pecho, como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por no perder el control.

–¿Algo de lo que ha pasado ha sido real? –Amanda odió sentir la necesidad de validar una relación que claramente solo había existido en sus fantasías. Tal vez debería haberle prestado más atención a su abuela porque era obvio que tenía razón–. No respondas a eso. Claro que no. No me extraña que nunca dieras el primer paso. Ni siquiera te sentías atraído por mí. ¡Y ayer! –la angustia se apoderó de ella–. Te sentiste obligado a hacerme el amor.

Quería esconderse de la vergüenza, pero se obligó a alzar la barbilla.

–Lo siento…

–¡No! –bramó él con fuego en la mirada, aunque fue solo por un instante antes de que contuviera sus emociones una vez más–. No has forzado nada. Lo que sienta por ti no importa.

–¡A mí sí me importa!

–No debería haberte tocado. Fue inapropiado y me disculpo por ello.

Con cada palabra que pronunciaba, a Amanda se le iba rompiendo el corazón más y más.

–¿Me impides que muestre mi pesar por haberte forzado a hacer algo, pero tú puedes quitarle importancia a lo que ha pasado? –le temblaba la voz–. Soy yo la que dice qué es apropiado o no para mí. No soy ciudadana de Pasadonia. No eres responsable de mí.

–Soy guardia real. Es mi deber proteger y servir a la familia real. Llevas sangre real. Mi deber está claro.

–Deber. Mis abuelos me lo han enseñado todo sobre el deber –dijo con amargura.

Él cerró los ojos lentamente como si le supusiera un gran esfuerzo cargar con todas las emociones que habían salido a la superficie. Sin embargo, Amanda dudaba que fueran emociones de tristeza o arrepentimiento.

–Pues tu príncipe y tú podéis quedaros con todo ese deber. No lo necesito ni te necesito a ti.

En esa ocasión sí que la dejó marchar.

–Si te subes a ese avión, romperás todo vínculo con tu abuelo y conmigo –le dijo su abuela, sentada en su sofá color crema y con las manos entrelazadas sobre el regazo.

Tras leer el informe de la prueba, Amanda había ido directamente a casa para comunicarles la noticia esperando algo de compasión y consejos por su parte, pero se había equivocado. Además de fría, su abuela se había mostrado completamente hostil.

–Ese hombre nos robó a nuestra hija. Ahora no puede quedarse contigo. Tu abuelo y yo te hemos criado. Nos debes tu lealtad.

–¿Es que sabes quién es? ¿Has sabido quién es todo este tiempo y me lo has ocultado?

–No adoptes ese tono conmigo, jovencita. No había necesidad de que supieras nada de tu padre. Te hemos dado todo lo que necesitabas.

–No es cuestión de necesidades, sino de identidad, de saber quién soy, de conocer a mi familia.

–Eres la hija de nuestra hija. Con eso debería bastarte.

–¿Cómo puede bastarme cuando tú te has guardado información como si compartirla fuera a degradarla de algún modo?

–Murió –dijo su abuela con gran vehemencia–. Murió por tu culpa.

–Fue culpa mía –dejó caer los hombros, hundida. Siempre había sabido que la culpaban y ahí estaba la confirmación–. ¿Y por eso no merecía saber cómo era?

–Es muy difícil hablar de una pérdida tan grande –le contestó la mujer desviando la mirada.

–¿Por qué? ¿Por qué es tan difícil hablarme de ella?

El silencio respondió a su pregunta.

–¿Tanto me odias?

–Deja de ponerte tan dramática. Nos avergonzó. ¿Tienes idea de lo humillante que fue verla por el campus embarazada y soltera? Hunt es una pequeña y prestigiosa universidad con valores tradicionales. Tu abuelo y yo estuvimos meses recibiendo críticas.

Estaba claro que su reputación les había importado más que la felicidad de su hija. Qué triste… y qué familiar le resultaba.

–¿Y mi padre?

–Claro que sabíamos quién era. Al principio Haley se negó a contárnoslo, pero cuando surgieron las complicaciones después de tu nacimiento, me lo contó todo.

–¿Y no te pusiste en contacto con él?

–¿Por qué? No te merecía –se cruzó de brazos y alzó la barbilla–. Tras la muerte de Haley, la compasión sustituyó a la desaprobación en el campus y pudimos dejar atrás su indiscreción. Si ahora te presentas ante Jean Claude Carrère, las circunstancias de tu nacimiento volverán a salir a la luz y nos veremos obligados a revivir ese mortificante escrutinio.

–¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué hay de mi oportunidad de conocer a mi padre? –estaba desafiando a su abuela como nunca antes lo había

hecho. Ya bastaba de complacerlos. Se sentía totalmente traicionada–. ¿Alguna vez has pensado en lo que podría hacerme feliz? ¿Alguna vez has antepuesto mis necesidades a las tuyas?

–Te dejé ir a aquel campamento de princesas.

–Una vez, y te negaste a dejarme volver por mucho que te lo supliqué.

–Porque era una pérdida de tiempo. Y estabas obsesionada con las cosas de princesas –dijo con desdén–. ¿Tendría que haberle dicho a una niña que no dejaba de fantasear con Disney y con cuentos de hadas que era la hija de un príncipe que desconocía su existencia? Claro que no.

–Tenía once años. Me lo podrías haber contado cuando fui más mayor.

–Para de una vez. Cumplimos con nuestro deber. Te criamos como si fueras nuestra hija y te dimos una buena educación. Deberías estar agradecida.

–¿Agradecida? En una familia no se debería estar agradecido por recibir apoyo. Te quiero y quiero al abuelo. ¿Vosotros me queréis?

–Estás siendo muy tonta –su abuela se levantó y se estiró los pantalones de lino–. No irás, así que se acabó la discusión. No volveremos a hablar de esto. A tu abuelo le afectaría mucho.

–Voy a ir.

Su abuela se quedó paralizada y se giró lentamente.

–Solo lo dices para molestarme. No sucumbiré al chantaje emocional.

Amanda se puso de pie.

–¿Chantaje emocional? Te he pedido que admitas que me quieres y no has podido hacerlo. Chantaje emocional es decirme que, si me subo a ese avión, romperé todo vínculo con vosotros.

–Es para mejor.

–¿Me alejarías de vuestras vidas?

–Como no te vas a marchar, no hay nada de qué hablar.

–Oh, claro que me voy a marchar.

–He dicho que no.

–Pero tú ya no decides por mí. Me ocultaste información sobre mi padre, pero ahora me ha encontrado y he decidido aceptar su invitación.

–Pues entonces ya has elegido.

–Sí.

Amanda había ido allí en busca de consuelo, pero en lugar de eso había recibido una gran dosis de verdad que no había estado preparada para oír. Pero no aceptaría que la culparan de haber destrozado a la familia. No cuando lo único que pretendía era encontrar su camino.

–Pero recuerda esto, tú lo has provocado.

Xavier cambió de marcha sintiendo cómo sus hombros descargaban la tensión. Reconocía las calles y podía ver que Amanda estaba volviendo a casa.

La había visto tan angustiada que se había visto en la obligación de seguirla para asegurarse de que no le pasara nada. Por el informe que tenía, sabía que la casa en la que había estado era la de sus abuelos y, a juzgar por su lenguaje corporal, si había ido allí en busca de consuelo, no lo había encontrado. Estaba más pálida y parecía más angustiada aún que cuando se había marchado del hotel.

Amanda encontró un aparcamiento en la calle y él se detuvo en una zona de descarga a observar cómo entraba en casa y encendía las luces. Tuvo que contenerse mucho para no subir y asegurarse de que había cerrado bien la puerta. Y no por su sentido del deber. Su seguridad era lo que más le preocupaba en el mundo, pero no porque el príncipe se lo hubiera ordenado.

Le había hecho daño y jamás se lo perdonaría a sí mismo.

Sacó el móvil y rápidamente marcó un número.

–Sí –respondió Amanda con frialdad.

–¿Estás bien? Hoy has tenido que procesar demasiada información.

–Estoy bien.

–Por favor, no dejes que mis errores te influyan negativamente contra el príncipe. Te mereces esta oportunidad de conocer a tu padre.

–¿Por qué tiene que ser tan pronto? Es complicado hacer preparativos con tan poco tiempo.

–Dime lo que necesitas.

–No necesito que me soluciones mis problemas. ¿Cuándo necesitas una respuesta?

–Puedo retener el vuelo hasta las ocho en punto del martes por la noche. Llámame si necesitas algo.

–No lo haré –la oyó respirar hondo antes de añadir–: Gracias.

–Amanda…

–Xavier, ahora mismo no puedo hablar contigo. En mi cabeza tengo que separarte de mi padre porque, si no, no podré pensar con claridad. Te llamaré cuando haya tomado una decisión.

El silencio anunció que la llamada había terminado.

Él suspiró y miró la ventana hasta que la luz se apagó. Quería ayudarla, quería facilitarle las cosas, pero no sabía cómo.

Se recostó en el asiento del coche, miró el reloj y marcó un número de teléfono. Un instante después, una familiar voz respondió:

–Hola, *maman*.

Capítulo 10

Hoy hemos hecho el amor y ha sido tan especial como me esperaba. Ha sido cariñoso, dulce y muy apasionado. Me ha robado el aliento y el corazón. Lo amo. Y no me puedo creer que haya sido tan tierno y tan generoso sin sentir nada por mí.

Las chicas dicen que es hora de seguir con el viaje, pero no me quiero ir. Quiero pasar con el príncipe todo el tiempo que pueda.

Sé que no tenemos futuro. Pertenecemos a mundos distintos, pero ahora puedo tenerlo. Puedo aprovechar lo mejor de cada día que esté con él. Puedo construir recuerdos que me acompañen cuando llegue el momento de dejarlo para siempre.

Amanda pasó de página, pero no había nada más. ¡No! No podía terminar ahí. Miró en la caja, pero el resto de diarios eran de épocas anteriores. Lo metió en la caja, cerró las solapas y la guardó en el armario.

En la oscuridad, se echó a llorar. Se identificaba con el dolor que había sentido su madre, lo sentía como el suyo propio. Las dos se habían enamorado de hombres que jamás podrían ser suyos, que no eran quienes decían ser.

¿Por qué su madre no había terminado el diario? ¿Cómo habría acabado todo? ¿Habría intentado ponerse en contacto con él para informarlo del embarazo? ¿Habría descubierto quién era en realidad? Y de ser así, ¿lo había perdonado? ¿O la traición le había dolido tanto que había renunciado a pensar en un «felices para siempre»?

–Se te ve bastante tranquila para todo por lo que has pasado –le dijo Michelle desde su sillón de pedicura y masaje–. Si fuera yo, estaría haciéndome unos pendientes con las joyas de la familia de cierto guardia real.

Amanda daba gracias por tener allí a su mejor amiga.

Después de marcharse de casa de sus abuelos el día anterior, se había refugiado en su pequeño apartamento donde había terminado por derrumbarse. Había pasado la noche llorando, recordando cada momento vivido al lado de Xavier y preguntándose cómo había podido malinterpretar tanto la química que había entre los dos. Al final, había decidido que era el mejor actor del mundo y que

Hollywood se estaba perdiendo un gran talento.

Terminó la noche volcando todo su dolor y sus esperanzas en un correo electrónico a sus amigas antes de quedarse dormida de agotamiento.

Ocho horas después, alguien la había despertado llamando a la puerta. Michelle había entrado, la había abrazado y le había dicho que Xavier era un cerdo, que sus abuelos nunca la habían valorado y que cuando dieran las nueve la llevaría a su salón de belleza favorito para que le dieran un masaje y le hicieran la pedicura.

–Luciría los pendientes muy orgullosa. No se los merece.

–Das un poco de miedo.

–Y que lo digas –le respondió sonriendo con malicia–. Estoy prometida con un excomando del ejército. ¿Quieres que le dé una paliza a Xavier?

–Es tentador, pero no creo que sea buena idea. Nate es impresionante, pero Xavier también es un soldado profesional.

–Nate podría con él.

–Tal vez, pero no saldría ileso. No merece la pena.

–Aún estás loca por él.

–No quiero estarlo. Daría lo que fuera por cambiarlo. Estoy furiosa, dolida, me siento utilizada, pero sí, sigo loca por él.

–¡Uff!

–Lo sé –contestó suspirando–. Primero lo que sentía era un problema porque iba a marcharse y ahora es un problema porque quiere que me vaya con él.

Sin embargo, tenía muy claro lo que él sentía por ella, y no, no estaba encandilado ni lo más mínimo.

–¿Cómo puede algo tan positivo como el amor hacer tanto daño?

–No me preguntes. Esto del amor me desconcierta la mayor parte del tiempo. Si Nate no fuera el hombre más perseverante del mundo, no estaríamos juntos.

–No me sorprende teniendo en cuenta tus problemas de confianza. Lo que sí que me sorprendió fue que te enamoraras de un sheriff. Pero se os ve muy felices juntos.

–Lo somos. No me puedo creer cuánto lo quiero, y cuánto aumenta ese amor cada día. ¿Y sabes lo mejor? Que me gusta quién soy cuando estoy con él. Soy más fuerte, más amable, más abierta. Mejor persona.

–Y aquí estás ahora, mirando vestidos de novia –dijo asintiendo hacia la revista que asomaba del bolso de Michelle.

–Lo siento. No pretendía restregarte mi felicidad por las narices.

–No lo haces. Por mucho que mi vida esté hecha añicos, me alegro mucho de ver que mis amigas están bien –¿y le dolía? ¡Sí! Pero lo superaría–. ¿Algún consejo que darme?

Michelle le apretó la mano.

–Date tiempo. Vi a Xavier la otra noche y no siente tan poco por ti como crees. Nadie puede ser tan buen actor.

–Sí, pues yo creo que ha perdido una gran oportunidad en Hollywood.

–Le importas de verdad.

–Ha quedado muy claro que no –sonrió con tristeza–. Es guardia real, protege a la familia real y yo tengo sangre real. Lo único que siente por mí es sentido del deber.

–¿Entonces no crees que pueda estar ocultándote sus sentimientos?

No podía permitirse fantasear con algo así.

–Sinceramente, no sé qué pensar.

–¿Y te vas a ir con él? Le has dicho a tu abuela que irías.

–Pero para llevarle la contraria. Mírame, rebelándome a los veinticinco años.

–Más vale tarde que nunca. ¿Pero entonces no vas a ir?

–No lo sé. Tengo que hacer lo que sea mejor para mí.

–Siempre has querido conocer a tu padre y esta es la oportunidad de obtener respuestas a todas tus preguntas.

–Sí, pero ¿cómo voy a poder irme hasta allí y pasar tanto tiempo con Xavier sabiendo que para él no soy nada más que una misión?

Amanda estaba sentada en el jet privado del príncipe, de su padre, esperando a despegar.

Michelle la había llevado al aeropuerto, se había despedido de ella y había fulminado a Xavier con la mirada. Su apoyo lo significaba todo para ella. Incluso se había ofrecido a acompañarla a Pasadonia, gesto que casi la había hecho llorar. Elle se había ofrecido también y por un momento se había visto tentada, pero no podía interrumpir sus vidas solo porque la suya fuera un absoluto caos.

Así que después de haberle dado un abrazo a su amiga, había subido al avión y ahora ahí estaba, sin saber cómo colocar las manos para sentirse cómoda en ese asiento que más bien parecía un sillón de salón.

Por cierto, ¿dónde estaba Xavier? La había acompañado a su asiento y después la había dejado sola con sus pensamientos, sus preocupaciones y sus nervios.

Lo que no tenía eran dudas sobre si ir o no, y menos después de que el príncipe hubiera llamado para hablar con ella. Se había disculpado por tener que molestarla en ir hasta allí, pero él no podía salir del país en ese momento y estaba ansioso por conocerla. Le habló de su esposa y de sus hijos gemelos de dos años que, según decía, estaban emocionadas por conocer a su hermana.

¡Hermana! Fue un impacto oír esa palabra. Por supuesto había leído

sobre ellos cuando había investigado en Internet, pero le seguía pareciendo surrealista. Aun así… ¿unos hermanos pequeños? ¿No era genial? Por otro lado, ¿podía verlos como suyos?

Eso era lo que la tenía hecha una manojo de nervios, no saber qué posición ocuparía en Pasadonia. La llamada de su padre había sido breve y en ella tan solo le había pedido que fuera sin darle ninguna explicación más. Seguro que tenían planeado lanzar un comunicado a las masas informando de que era la hija bastarda del príncipe. Ya podía imaginarse los titulares.

Cerró los ojos. No quería tener que tratar con la prensa. El escrutinio sería peor que nada de lo que hubiera conocido en el campus.

–¿Señorita Carn? –una voz con un encantador acento francés pronunció su nombre. Al principio de su relación, Xavier le había dicho que el francés y el inglés eran los dos idiomas principales en Pasadonia.

Abrió los ojos y se encontró delante a una mujer menuda vestida de blanco y burdeos.

–Soy Calli, y la atenderé durante el viaje. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Champán? ¿Café?

–Si tienen, me apetecería un té caliente.

–Por supuesto. Un placer. Pero primero permítame que le muestre las comodidades que encontrará a bordo.

Amanda siguió a Calli durante un breve recorrido por el lujoso jet que se componía de una sala de estar, una sala de reunión, un aseo con ducha y un dormitorio con una cama de matrimonio.

Algo positivo de un lugar tan espacioso era que no tendría que estar cerca de Xavier.

–Su equipaje está en el armario.

–Me ha ayudado mucho. Nunca he viajado con tanto lujo. Me siento como una… –princesa. Pero no, eso no podía decirlo– famosa.

–Avíseme si puedo ofrecerle algo más para que su viaje le resulte más agradable.

Ya solo saber dónde estaba el servicio era toda una ayuda. Tenía que hablar con Xavier sobre temas de protocolo para cuando llegara a Pasadonia, pero el resto del tiempo no tendría que hacerlo, así que era un alivio saber que no tendría que preguntarle dónde estaba el aseo.

–Déjeme decirle que es un honor conocerla –añadió Calli con una amable sonrisa.

¿Se les habría comunicado ya a los ciudadanos de Pasadonia su identidad?

–Xavier es un buen hombre.

–Ah, sí –Amanda se relajó; parecía que la mujer la había confundido y la había relacionado con Xavier. Su mente se sintió aliviada, pero su

corazón se estremeció al echarlo de menos por mucho que la relación hubiera sido un mero espejismo, una farsa deliberada.

Su traición le dolía. ¿Cómo podría fiarse de algo que le dijera? Ahora hasta se preguntaba si lo que le había contado sobre su familia sería o no verdad. ¿Se habría inventado todas esas historias para conquistarla?

–Gracias, Calli –dijo la profunda voz de Xavier–. Por favor, abróchate el cinturón. Estamos a punto de despegar.

Capítulo 11

Amanda se quedó paralizada. Ya no se sentía tan aliviada.

–Por supuesto –Calli miró a Amanda–. Le prepararé el té en cuanto el capitán me lo permita.

–Gracias.

–Amanda, tenemos que ocupar nuestros asientos –le dijo él tendiéndole la mano.

Y ella, ignorando su gesto, pasó por delante sin tocarlo, volvió a su asiento y se abrochó.

Él se sentó frente a ella.

–¿Te pone nerviosa volar?

–No lo sé, es la primera vez que vuelo.

–En ese caso, hagamos que sea un vuelo memorable.

Amanda se esforzó a conciencia por relajarse, pero su cuerpo funcionaba independientemente de su mente.

–El jet ya es memorable por sí solo. Me conformo con que sea un vuelo sin incidentes.

–Muy razonable –respondió Xavier estirando las piernas y mostrando lo cómodo que se sentía.

Ella prefirió ignorar lo cerca que estaban y mirar por la ventana. Se tensó cuando el avión comenzó a moverse.

–Nuestro capitán es Rod Varela.

Xavier eligió deliberadamente el momento del despegue para contarle los detalles de la tripulación, la ruta, las escalas para repostar, el cambio horario y las opciones de comidas. Mientras, ella veía cómo San Francisco quedaba atrás y cuanto más ascendían, más pequeña se sentía. Embelesada con el ascenso, miró a Xavier, que le sonrió.

Al momento, Calli apareció con té, un plato de pastas y una selección de galletas saladas, quesos y frutas.

–Gracias –le dijo a él cuando se quedaron solos porque se había dado cuenta de que había estado entreteniéndola durante el despegue para que no se sintiera nerviosa.

–Me alegro de que estés disfrutando de la experiencia.

–Admito que hay momentos en que no me lo creo y me parece que voy a despertarme en cualquier momento.

Él se inclinó hacia delante y sus ojos ámbar la miraron fijamente.

–Seguro que la velocidad con que se ha desarrollado todo ha hecho

que te parezca más surrealista.

–Sí, creo que no he tenido tiempo suficiente para pensar.

–Lo siento. Ojalá hubieras tenido más tiempo, pero el príncipe tenía una agenda muy apretada y dentro de dos semanas asistirá a una conferencia diplomática.

Su vida parecía insustancial al lado de la del príncipe. Pero era su vida, por muy modesta que fuera, y en dos semanas regresaría a ella.

Xavier alargó la mano con la clara intención de acariciarla, pero se puso tensa y él retrocedió.

–Sé lo que has sacrificado por esta oportunidad.

–¿Qué quieres decir?

–Sé lo del ultimátum de tu madre y que puedes perder tu empleo. Michelle se ha asegurado de que me enterase. Y me ha prometido muchas dosis de dolor si te hago daño.

A Amanda se le hizo un nudo en la garganta de la emoción. Muy típico de Michelle.

–Es solo un trabajo –dijo como si no le encantara su puesto en el museo–. Y me aceptarán de nuevo si para cuando vuelva no han encontrado sustituta.

–Puedo hacer una llamada.

–No, gracias –no quería favores de él–. Creía que habías estado espiándome otra vez.

Él frunció el ceño ante la acusación y después suspiró y se recostó en su asiento.

–Yo no lo llamaría «espiar». Te he ocultado algunas cosas, pero no te he mentido, Amanda. Nunca lo haré. Sí, recibí un informe sobre ti y mandé a uno de mis hombres que te siguiera hasta casa la noche que nos conocimos, pero ahí queda toda labor de espionaje. Excepto…

–¿Excepto?

–Sí que te seguí el día que te revelé la identidad de tu padre. Estaba preocupado por ti.

Lo miró dividida entre el dolor, la rabia, la exasperación y la vergüenza.

–Tu definición de «mentir» y «espiar» es distinta a la mía. Guardarse información que tengo el derecho de saber es mentir; fingir emociones que no sientes es mentir. Seguirme por la razón que sea es espiar.

Él tensó la mandíbula, pero se limitó a asentir.

–Tomo nota.

Su capitulación no hizo más que aumentar su dolor porque, si hubiera sentido algo por ella, ¿por qué no decírselo? ¿Por qué no luchar por ella? La respuesta era clara: porque le importaba más su carrera.

Calli reapareció para tomar nota de lo que querían cenar. Aunque no tenía apetito, Amanda terminó pidiendo pollo asado con verduras

al vapor. Xavier pidió un bistec.

–¿Era verdad algo de lo que me dijiste? ¿Las historias sobre tu familia y tu trabajo?

–¿Me lo preguntas cuando acabo de decirte que no te he mentido? –su brusquedad dejaba entrever cierta emoción, pero ¿era rabia porque lo estuviera desafiando con sus preguntas o dolor porque no le hubiera creído?

Una de las cosas que más apreciaba de su relación era haber podido charlar con él. Su compasión y sabiduría, la calidez con la que hablaba sobre su familia.

Él era el motivo por el que había luchado por los diarios de su madre y el modo en que había creído en ella le había dado fuerzas para plantarles cara a sus abuelos.

Y por él tal vez había roto la conexión con la única familia que tenía.

No, eso no era justo. Él no tenía culpa del ultimátum de su abuela, ni del hecho de que su padre fuera un príncipe.

Había confiado en Xavier con todo su ser, se había entregado en cuerpo y alma, y saber que para él no había sido nada más que una misión la destrozaba.

¿Que no le había mentido? ¡Por favor! Su traición hacía que la actitud de su abuela fuera una nimiedad. Al menos ella nunca había fingido un afecto que no sentía de verdad.

–Y yo te acabo de decir que sí me has mentido –le recordó cruzándose de brazos como si fuera un escudo contra más dolor–. No sé qué creer.

Él se levantó, claramente agitado.

–*Mon Dieu*. Soy un soldado, Amanda. Soy lo que ves. No soy tan buen actor como para fingir cosas que no siento. El problema es que no siempre he sido un soldado contigo. Y es lo que hice mal. No debería haber dejado que nuestra relación se volviera personal.

–¿Relación?

–Le das la vuelta a mis palabras porque estás furiosa. ¿Es que no ves que mi deber es protegerte? No puedo hacerlo si estoy comprometido emocionalmente. Lo mejor es que nuestra asociación termine.

–Así que ahora soy una asociada –lo que había significado tanto para ella ahora estaba desintegrándose ante sus ojos.

De pronto, ahí estaba él alzándole la barbilla con delicados dedos y tomándole la cara en las manos.

–Eres mi… –se detuvo y cerró los ojos ante las emociones que lo estaban devorando–. Eres especial. No puedo arriesgarme a perderte.

–¿Qué significa eso, Xavier? –se apartó de él, aunque inmediatamente lo echó de menos, lo cual le pasaba a menudo–. ¿Estás diciendo que lo que hubo entre nosotros fue real?

–Fue muy real –se sentó a su lado.

Demasiado cerca, y sin embargo no lo suficiente. ¿Cómo era posible estar tan furiosa con él y al mismo tiempo anhelarlo?

Cuando le había planteado la misma pregunta a su amiga dos días antes, Michelle le había respondido: «Solo puede ser amor».

–Pero no fue lo correcto.

–Así es.

–Te arrepientes del tiempo que hemos pasado juntos.

–No. Eso nunca. A lo mejor me he expresado mal y por eso no me entiendes. Tal vez mi inglés no es muy bueno.

–Tu inglés es excelente. Habla conmigo, Xavier.

Él suspiró y se acercó rozándole el brazo ligeramente. Y cuando la miró, fue su Xavier a quien ella vio.

–Nunca debería haber dejado que mis sentimientos rigieran mis actos. Me fijé en ti en la inauguración de la exposición y me sentí atraído por tu cándida belleza mucho antes de que te situaras junto al retrato y viera el parecido. Sabía cuál era mi deber y habría mantenido las distancias, pero entonces me pediste una cita y me convencí de que sería bueno acercarme a ti por si resultabas estar emparentada con el príncipe y porque una taza de café no me haría ningún daño. Me parecías encantadora y cuando me dieron órdenes de investigarte lo vi como una bendición y una maldición. Era lo que quería hacer, pero por la razón equivocada. Después, el soldado se hizo a un lado y el hombre tomó las riendas. Me entregué a los sentimientos y no debería haberlo permitido.

–Porque el deber es lo primero –le dijo con la voz estrangulada.

–Sí.

–No querías ser soldado.

–¿Qué? Soy un soldado.

–Sí, pero no es lo que habrías elegido ser. Querías ser ingeniero. Eres soldado porque tu familia lo ha sido durante seis generaciones. ¿Les dijiste a tus padres que no querías servir en la milicia?

–No había nada que decirles. Siempre he sabido que lo haría y he cumplido mi deber con orgullo.

–Esto explica muchas cosas. El deber es lo que te mueve. El deber hacia tu familia es lo que te hizo seguir una profesión que no querías, lo cual exacerbó tu necesidad de destacar como soldado, aumentando así tu sentido del deber para con tu país y tu príncipe.

–Amanda, no sé de dónde te sacas todo eso. Siempre he querido ser soldado.

Ella sacudió la cabeza. Ser un soldado no era lo que habría elegido, pero le había hecho decidirse a sobresalir, a ser el mejor. Y ahora su relación era víctima de esa devoción.

–Lo siento –le dijo acariciándole los dedos.

Amanda debería haberse apartado, pero en esa ocasión no pudo. Creía en él. El dolor de su voz revelaba una profunda emoción que su estoica expresión ocultaba.

–Guardaré como un tesoro los recuerdos del tiempo que hemos pasado juntos.

–Así que eso significa que todo ha sido real, pero que ha terminado.

–Sí.

–¿Porque tengo sangre real y tú eres guardia real?

–Así es nuestra gente –respondió él sin más.

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza. La relación con su padre no funcionaría si no mantenía una mente abierta, pero al mismo tiempo no podía evitar sentir rechazo por unas costumbres arcaicas que la apartarían del hombre que amaba.

Todo era culpa suya. En todo momento, había sabido que no tenían futuro, así que de nada servía llorar ahora. Había llegado la hora de afrontar la realidad y seguir adelante.

–Bueno, pues se acabó. Gracias por explicármelo.

–Me alegro de que hayamos tenido esta conversación. Dadas las circunstancias, lo mejor es que los dos tengamos claro el estado de nuestra relación.

–No te preocupes –le dijo ella con tirantez–. No le contaré a nadie lo de nuestra breve «asociación».

–Yo sí que daré parte de mi inadecuado comportamiento, pero no me refería a eso…

–Espera –se echó hacia delante bruscamente y se situó al borde del asiento–. ¡Ni se te ocurra contarle nada a nadie!

Capítulo 12

–No voy a empezar mi relación con mi padre con esto pendiendo sobre mi cabeza –bastante malo era ya tenerlo pendiendo sobre su corazón.

–He de informar a mis superiores. No has hecho nada malo. No te afectará.

–Tus superiores incluyen a mi padre y no quiero que sepa nada de esto. Prométeme que no le dirás nada a nadie.

–Amanda…

–No. Has dicho que no fue el soldado el que ha estado conmigo, así que el soldado no tiene nada sobre lo que informar.

–Separar los dos es lo que me metió en problemas en un principio.

–Xavier, me lo debes –incapaz de contenerse, se levantó y comenzó a caminar de un lado para otro–. Lo entiendo, hemos terminado, pero no quiero que mi padre y medio país sepan lo de nuestra aventura fallida. Me gustaría poder mirar a la gente a la cara con un poco de dignidad.

–Estás exagerando. Los informes son confidenciales.

–¡No para mi padre! No para los generales o coroneles o lo que sean. Tus superiores son las personas a las que conoceré. No hagas que me arrepienta de esto antes de llegar a Pasadonia. Prométeme que no dirás nada.

Él seguía vacilando y, justo en ese momento, llegó Calli para servirles la comida.

–*Bon appétit* –les dijo con una sonrisa.

–¿No va a acompañarnos? –le preguntó Amanda luchando contra la angustia que le había causado ver a la mujer entrar en la sala. Le preocupaba lo que la gente de Pasadonia pensara, pero no se había dado cuenta de que esa mujer había estado en la habitación contigua.

–*Merci,* pero ya he cenado. Ahora debo encargarme de la cena de la tripulación.

–Por supuesto –contestó suspirando aliviada–. Gracias, tiene una pinta maravillosa.

–Un placer. Que disfruten de la cena –y salió de allí empujando el carrito.

Amanda se dejó caer en su asiento y hundió la cara entre sus manos.

–Mátame ya.

Un momento después, sintió la mano de Xavier sobre su pelo y dos

lágrimas escaparon a su control.

–No es propio de ti ponerte tan dramática –le dijo él con un tono tan delicado como una caricia–. Todas estas salas están insonorizadas para proteger la intimidad del príncipe.

–Gracias a Dios –dijo y fue poniéndose derecha poco a poco–. ¿Xavier? –le miró con gesto suplicante.

–¿Es importante para ti?

–¿Es que no te lo he dejado lo suficientemente claro?

–Lo que me pides es complicado. Es una cuestión de honor.

–No tiene por qué serlo. Lo que pasó entre los dos no es asunto de nadie. Lo entendería si fuera una cuestión de seguridad nacional, pero fue algo personal entre un hombre y una mujer, no entre la hija del príncipe y su guardia. Conocer a mi padre ya es lo suficientemente difícil, no hagas que tenga que preguntarme si todas las personas a las que conozca van a estar juzgándome o, peor, compadeciéndose de mí.

Él suspiró y se sentó. Levantó las tapas de los platos y las puso a un lado. El olor a pollo asado sacudió el estómago de Amanda como un ladrillo.

–Tal vez podría retrasar mi informe hasta después de que hayas vuelto a casa.

–¿Tal vez? ¿Significa que lo harás o que no lo harás?

–Significa que lo haré, pero hay algo más que debo contarte. Aunque primero deberías comer.

–¿Qué más? –le preguntó cruzándose de brazos.

–Por favor, come. Te sentirás mejor.

Ya que nada que dijera podría disuadirlo, levantó su tenedor y con renuencia dio un bocado al suculento pollo. Excelente. De pronto hambrienta, atacó el plato con gusto sobre todo en un intento de ignorar al guapísimo hombre que tenía delante. La cena se desarrolló en silencio hasta que por fin terminó y, después de limpiarse la boca, le lanzó la pregunta.

–Bueno, ya he comido –y sí que se sentía mejor, aunque prefirió no admitirlo–. Cuéntame más.

–Me has preguntado si había algo planeado para el tiempo que vas a pasar en Pasadonia. El príncipe está de acuerdo en que es mejor que os conozcáis fuera del escrutinio de la gente y de la prensa. Aunque eso no es fácil.

–Por supuesto. El príncipe es una figura pública.

–Exacto –le gustaba lo inteligente que era y su capacidad de comprender la situación; pero no le gustaba verla tan disgustada y odiaba haber sido el motivo de su dolor. Ahora temía que su noticia la molestara y doliera aún más–. Se sabe que voy a volver para el Festival de Armas para ver el homenaje a mi padre y me acompañarás como mi novia.

–¿Novia? –claramente impactada sacudió la cabeza–. No. No es una buena idea.

–Ya se ha decidido. Mi cuartel está en palacio. Te darán una habitación cerca. Ya que nos preocupa tu protección, la tapadera permitirá que esté cerca sin despertar atención indebida.

–Parece que lo tenéis todo preparado.

Sí, ahí estaba. Angustia, dolor y una buena dosis de enfado, pero no podía dejar que sus emociones lo influyeran. No podía permitirse ese lujo.

–Ya está todo preparado.

–¿Sin hablarlo primero conmigo? ¿Sin darme opción de opinar? –se levantó lentamente y recogió su bolso, su cazadora y las botas que se había quitado previamente. En la puerta del pasillo que conducía al fondo del avión, se giró–. Estaré en el dormitorio. La próxima vez que te comuniques con mi padre, dile que de momento no estoy impresionada.

Él se estremeció al oír la puerta cerrarse de golpe.

Bon. Prefería ver ira en su mirada que ese dolor que le perseguía. Y en cuanto al mensaje para su padre… Se aseguraría de transmitirlo.

Amanda echaba humo.

Los hombres de Pasadonia tenían que dejar de tratarla como a una niña. Era una adulta y ya se había hartado de cederle el control a todo el mundo. Era una lección que había aprendido muy bien antes de conocer a su padre, el príncipe.

Por fin, el cansancio pudo con ella y, sin querer molestar a Calli para que le preparara la cama, se tendió encima con los vaqueros y la sudadera. La sorprendió lo mucho y bien que durmió y lo mejor era que había logrado evitar a Xavier la mayor parte del trayecto. Ni sabía dónde había dormido ni le importaba.

Si podía olvidarla tan fácilmente, ella podía hacer lo mismo con él.

Para cuando se despertó, ya habían parado a repostar en Baltimore y estaban cruzando el Atlántico. Después del desayuno, Xavier la informó sobre protocolo de palacio y después aterrizaron en Barcelona donde tomaron un helicóptero para el último tramo del viaje.

Casi veintitrés horas después de haber salido de San Francisco, Amanda pisó suelo en Pasadonia. La ciudad se extendía desde el puerto hasta la colina y de ahí al precioso palacio de piedra blanca con vistas a ambos lados. Había anochecido y las luces estaban empezando a iluminar la ciudad haciendo que el paisaje resplandeciera.

–Es precioso.

–Sí. Bienvenida a Pasadonia.

Y entonces sobrevolaron las torrecillas del palacio y vio exuberantes jardines entrelazados por pasadizos guardados por estatuas y el brillo del agua.

–¿Eso es un foso?

–Lo fue, pero ahora es un estanque.

Momentos después, el helicóptero aterrizó. Xavier la ayudó a bajar y le dio la mano; ella lo miró extrañada, pero entonces recordó su tapadera y dejó la mano floja bajo la suya.

Dos personas esperaban para atenderlos, un hombre vestido totalmente de librea y una guapa mujer con traje de diseño. Xavier los presentó como Armand, mayordomo, y Elayna Josef, asistente de la secretaría de relaciones públicas.

–Bienvenida, *mademoiselle* –dijo Armand–. Se le ha preparado una habitación en palacio. Sígame.

–Por supuesto –algo cansada, siguió al hombre mientras se preguntaba por qué el nombre de Elayna le resultaba tan familiar. Acercándose a Xavier, le preguntó en voz baja–: ¿Secretaría de relaciones públicas? Creía que mi presencia se mantendría en secreto.

–No te preocupes. Elayna está aquí por mí. Participo en varias de las celebraciones de esta semana.

–¡Ah! Elayna, tu antigua novia. La que dejaste por tu carrera –perfecto. Justo la persona a quien quería ver nada más llegar–. A lo mejor podemos formar un club.

–Compórtate –le dijo agarrándola del codo, aunque no pudo evitar sonreír.

Ella misma tuvo que contenerse para no sonreír. A veces una reía por no llorar.

Cuando se acercaron a las otras dos personas, Elayna comenzó a hablar con Xavier en una mezcla de inglés y francés sobre eventos y gente que Amanda ni conocía ni entendía. Demasiado cansada como para molestarse, se concentró en seguir al mayordomo.

–*Mademoiselle* Carn se alojará en la Suite Champagne –dijo Armand abriendo la puerta de una preciosa habitación pintada en color crema y dorado.

–Aquí te dejo, *chéri* –dijo la morena a modo de despedida. Se comía a Xavier con los ojos, aunque su mirada se enfrió bastante al dirigirse a ella–. Bienvenida, señorita Carn. Espero que disfrute de su estancia.

–Es muy amable –Amanda rodeó a Xavier por la cintura y se acurrucó contra él–. Sé que a Xavier le ha alegrado ver que nos ha venido a recibir una amiga suya. Le preocupa mucho que me sienta como una extraña e insiste en pasar todo el tiempo que pueda conmigo.

–Por supuesto –respondió la mujer con una sonrisa gélida–. Nos vemos por la mañana –le dijo a Xavier antes de marcharse.

Xavier llevó a Amanda al salón de la suite.
–Creía que te ibas a comportar.
–Eh, he sido simpática. Si mi comentario le ha hecho sacar su mal humor, es culpa suya.
Él suspiró.
–Tienes razón. Te pido disculpas.
Bien, así se lo pensaría mejor antes de volver a defender a su antigua novia.
–Tiene en el escritorio una agenda de los eventos programados para el Festival de Armas –Armand le resumió todas las comodidades de que disponía en la habitación y terminó prometiéndole–: Mañana vendré a buscarla para mostrarle las zonas públicas de palacio.
Cuando iba a mostrarle la habitación contigua, Xavier lo detuvo.
–Gracias, Armand. Me aseguraré de que la señorita Carn se instale correctamente y me encargaré de mostrarle todo eso mañana.
–Como desee. *Mademoiselle*, por favor, marque el 9 si necesita algo.
–Gracias, Armand, me ha sido de mucha ayuda.
Con una reverencia, el hombre les dio las buenas noches y salió de la suite.
–Bueno, ¿y cuál es el plan ahora? –apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando un hombre y una mujer entraron.
Por debajo del casi metro noventa de Xavier y más ancho de hombros, el príncipe tenía un porte que irradiaba poder. Su pelo caoba con canas en las sienes le daba un aire distinguido y revelaba de dónde había sacado ella el tono rojizo de su rubio. La mujer, rubia y esbelta, apenas le llegaba por el hombro y tenía los ojos más verdes y cálidos que había visto en su vida.
Inmediatamente, Xavier se puso a su lado y, sin pensarlo, ella le agarró la mano. Él la apretó con fuerza e hizo las innecesarias presentaciones.
–Sus Altezas Reales, permitan que les presente a la señorita Amanda Carn. Amanda, las Altezas Reales Jean Claude Antoine Carrère y Bernadette Katherine, el príncipe y la princesa de Pasadonia.
–Dios mío –ella tragó saliva y clavó la mirada en ese extraño que era su padre–. Hola… –dijo no muy segura de cómo dirigirse a él.
–Me vale con que me llames «papá» –contestó Jean Claude acercándose a abrazarla–. Así me llaman los niños.
–Detrás de puertas cerradas, por supuesto.
Él esbozó una regia sonrisa.
–Agradezco tu discreción.
–Créame, no tengo ningún deseo de convertirme en objetivo de la prensa.
–Haley. La había olvidado, pero viéndote ahora es como si hubiera vuelto a la vida –miró a Bernadette–. Fue el verano que mi abuela

tuvo el primer infarto. Todos teníamos miedo, incluido yo –la princesa se acercó para darle su apoyo y él le dio una palmadita en la mano. Amanda ahora podía ver que la mujer parecía unos diez años más joven que el príncipe–. Por supuesto, me rebelé porque ese temor hizo que mis padres y el Consejo me controlaran más –esa familiar mirada azul grisácea la recorrió–. Haley fue quien me ayudó a no volverme loco aquel verano. Era brillante y divertida, y muy inocente. En las fotos, no podía recordar del todo a la mujer que me había concedido el regalo de una hija, pero ahora la recuerdo. Tienes su figura y su boca y ella llevaba el pelo en una trenza igual que tú, aunque el suyo era completamente rubio.

–Nunca llegué a conocerla –confesó Amanda con lágrimas en los ojos.

–Xavier me lo ha contado. Te contaré todo lo que recuerdo de ella.

–Me gustaría –sonrió tímidamente.

–Oh, Jean, tiene tus ojos –la princesa Bernadette se acercó para darle un abrazo–. Estoy encantada de conocerte –la besó en las mejillas.

Sí que tenía sus ojos y, además, parecía estar tan nervioso como ella.

–Gracias por invitarme a venir.

Llenaron el incómodo momento con detalles de cómo había ido el viaje y de lo que harían al día siguiente hasta que finalmente Bernadette, con mucha elegancia y delicadeza, dio por finalizado el encuentro.

–Jean, *mon amour*, deberíamos irnos. Amanda se cae de sueño. Puedo informarla de todo esto mañana –sonrió cálidamente a Amanda–. Desayunarás conmigo y con los gemelos, ¿verdad?

–Por supuesto, me encantaría.

El príncipe, su padre, le dio un cariñoso apretón en el hombro antes de seguir a su esposa.

–¡Vaya! –exclamó Amanda sentándose en el sillón color crema–. Me alegro de que haya terminado.

–Pues es solo el comienzo.

–Sí, pero el primer encuentro ya ha pasado. Será más fácil la próxima vez.

–¿Por qué?

–Porque hemos dejado atrás lo desconocido y ahora podemos seguir adelante.

Él se arrodilló frente a ella y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

–¿Estás bien?

–Sí –fingió una sonrisa–. Estoy deseando conocer a los gemelos.

–Les encantarás.

–¿Tú crees? –quería que todo saliera bien y él había hecho todo lo posible por ayudarla, había estado a su lado, le había agarrado la mano.

–*Oui* –posó la mano sobre la suya–. Vamos, cuéntame lo que te pasa.

–Acabo de conocer a mi padre y recuerda a mi madre. Una parte de mí que había estado en blanco mucho tiempo está empezando a llenarse de vida y recuerdos. No estoy tan sola como siempre había creído. Voy a desayunar con mis hermanos. Es como un milagro.

–Para ellos también. Nunca he visto al príncipe así, le faltaban las palabras.

–Me alegra mucho que le enviaras aquella fotografía.

–Entonces, ¿estoy perdonado?

–No, pero buen intento –se pusieron en pie al mismo tiempo y sus bocas a punto estuvieron de rozarse–. Estoy más segura si sigo enfadada contigo.

–¿Qué significa eso? –le preguntó él perplejo.

Significaba que, si iban a jugar a ser amantes, ella necesitaba levantar entre ambos un muro lo más alto posible.

–Significa «buenas noches» –entró en la zona del dormitorio y cerró la puerta.

Capítulo 13

Exhausto, Xavier fue hacia el cuartel pensando que el encuentro entre Amanda y los príncipes había ido bien y alegrándose de haber estado a su lado apoyándola.

Entendía que hubiera dudado de él, pero debería saber que jamás le habría hecho daño intencionadamente. ¿Es que el tiempo que habían pasado juntos no le había demostrado la clase de hombre que era?

Tal vez no, porque ni él mismo se reconocía. Nunca antes había tenido problemas para distinguir entre las emociones y el deber. No, hasta que había conocido a Amanda.

Una relación entre un miembro de la realeza y un guardia era imposible.

Cuando dobló una esquina hacia el pasillo que lo conduciría a los cuarteles, se encontró a Jean Claude apoyado contra la pared. Y el gesto de su monarca no pintaba nada bien.

–Has tenido relaciones con mi hija.

–Ya te dije que nos habíamos acercado.

–No lo interpreté como algo sexual.

–Estaba intentando ser delicado. Todo aparecerá en mi informe.

–¡Claro que no! Maldita sea, Xavier, se trata de mi hija.

–Con todo el respeto, baja la voz o todo el mundo sabrá de quién estamos hablando. Sé que no es excusa, pero estuvimos juntos antes de que se confirmara su identidad.

Jean Claude abrió la puerta de un pequeño trastero, encendió la luz y le indicó a Xavier que entrara.

–Sabías que existía la posibilidad. Con eso debería haberte bastado.

–Sí.

–¿Es que no tienes nada que decir?

–No tengo argumentos contra la verdad. Lo único que puedo decir es que me sentí atraído por ella antes de darme cuenta del parecido con el retrato. Es una mujer especial. Intenté que fuera algo platónico, pero fracasé.

–Pero dices que fue antes de los resultados del ADN. ¿Y ahora qué?

–Soy oficial de la Guardia Real de la República de Pasadonia. Sería inapropiado tener una relación con tu hija.

–¡La has dejado! Y os he puesto juntos como tapadera. Bernadette me va a matar. Dime algo para que no lo pague con tu preciosa cara.

–Es una buena tapadera. Sí, Amanda está molesta conmigo, pero me

conoce. Nos llevaremos bien.
–Más te vale. Quiero ese informe sobre mi mesa a primera hora de la mañana.
–En cuanto a eso…
–¿Osas desafiarme?
–He de hacerlo. Le di a Amanda mi palabra de que retrasaría el informe hasta que hubiera vuelto a Estados Unidos.
–No eras la persona indicada para hacerle esa promesa.
–No, pero insistió mucho y, además, me di cuenta de que los detalles del informe podían poner en peligro su tapadera.
–Umm. ¿Y por qué te ha pedido eso?
–Porque no quería conocer a alguien y temer que hubiera leído el informe.
Jean Claude asintió.
–Muy bien, seré el único que lo vea.
La cosa empeoraba y no le era nada fácil tener que enfrentarse a su amigo y líder, pero sentía la necesidad de honrar la promesa que le había hecho. Amanda solo lo tenía a él.
–Eres su padre e insistió especialmente en que no lo vieras.
–*Mon Dieu*, estás poniendo a prueba mi paciencia –se giró y fue hacia la puerta–. Se hará como dices, pero reúnete conmigo en el gimnasio mañana por la mañana. Entrenaremos en el ring. Me he quedado con ganas de atizarte un poco.
–Tengo otra petición.
–Estás tentando la suerte, amigo.
Xavier asintió sabiendo que había sobrevivido en pie a esa conversación únicamente por la amistad que lo unía al príncipe que, a pesar de no ser violento, era implacable a la hora de defender a su familia.
–Quiero contarles la verdad a mis padres. Sabes que puedes confiar en que guardarán el secreto.
–¡Ja! Crees que tu madre va a empezar a hacerse ilusiones con tener nietos.
–Ríete lo que quieras, papá, pero no creo que a Amanda le haga tanta gracia. Las dos se encontrarán durante las celebraciones y ella se sentirá incómoda si cree que mi madre se está haciendo falsas esperanzas.
–Apenas la conozco, pero ya me ha llegado al corazón –miró a Xavier y la intensidad de sus sentimientos quedó al descubierto–. Pospón el informe, cuéntaselo a tus padres y protégela mientras esté aquí. Pero, si le haces daño, te arrancaré el corazón.

El desayuno con los gemelos resultó ser entretenido y caótico. Al

principio se mostraron tímidos y se ocultaban tras su madre mirándola con recelo y hablando en un lenguaje que ella apenas podía seguir. Miró a Bernadette pidiéndole ayuda.

–Yo tampoco los entiendo. Es su propio idioma. Comprendo alguna que otra palabra, pero estoy deseando que pasen esta fase –se agachó–. Devin, Marco, decidle «hola» a Amanda. Es vuestra hermana.

–Hola.

–Hola.

–Hola –respondió Amanda agachándose también y tendiéndoles la mano.

Intrigado, el más audaz de los dos dio un paso adelante y se la estrechó.

–Encantada de conocerte –dijo y mirando a Bernadette, preguntó–: ¿Hablan inglés?

–Algunas palabras. «Perro», «pelota», «Elmo».

–¡Pelota! –dijo Devin y salió corriendo seguido de su hermano.

Al momento, volvieron con una pelota cada uno.

–¡Pelota *ech anda* jugar! –dijo Devin y Marco asintió.

Amanda sonrió.

–Me ha quedado muy claro.

–Sí –respondió Bernadette entre risas–, pero primero a desayunar.

Los niños reconocieron la palabra, se colocaron el balón debajo del brazo y fueron hasta la mesa preparada en la terraza.

–Son un encanto –le dijo Amanda a su madrastra.

–Son unos terremotos, pero también una bendición. Y ahora tenemos una hija.

–Eres muy comprensiva al aceptar a una hija mayor en vuestra pequeña familia.

–Pasó hace mucho tiempo –dijo mientras les servía a los niños huevos y tostadas–. He de decirte que Jean Claude se quedó impactado cuando recibió la fotografía de Xavier. Por el bien de los dos me alegro de que recuerde a tu madre.

–Yo también. Su pérdida les hizo mucho daño a mis abuelos, así que no suelen hablar de ella. Por eso estoy emocionada por poder hablar con alguien que la conoció.

–Claro. Pero ¿y sus amigas? Jean Claude me dijo que aquel verano estaba viajando con varias amigas.

–No las he conocido nunca.

–Es una pena. Una chica necesita una madre –le agarró la mano–. Sé que no puedo ocupar su lugar, pero espero que me consideres tu amiga.

–Me encantaría –la cercanía de esas personas la tenía asombrada–. He de confesar que me esperaba un entorno mucho más formal.

–*Oui*, gran parte de nuestras vidas es muy formal, con muchas

normas guiando nuestras conductas. Ya lo verás en los próximos días.

–*Mon amour* –dijo una profunda voz desde la puerta de la terraza–. Estás asustando a los niños. Entre estas paredes somos una familia, nada más.

–¡Papá! ¡Papá! –los pequeños gritaron de alegría al verlo.

–Papá –dijo Amanda esbozando una amplia sonrisa. Tras él vio a Xavier, al que ignoró a pesar de fijarse en que tenía un moretón en la mejilla izquierda.

Jean Claude le devolvió la sonrisa y le dio un cariñoso tirón en la trenza.

–¿Puedes quedarte a desayunar? –le preguntó Bernadette cuando él la abrazó.

–Solo unos minutos. Me hubiera gustado estar cuando Amanda ha conocido a nuestros pequeños ratoncillos.

–Los niños y yo nos estamos haciendo amigos muy deprisa y vamos a jugar a la pelota.

Jean Claude se arrodilló junto a los niños y les dio un beso a cada uno.

–Serán tus amigos para siempre si juegas a la pelota con ellos.

–Hecho –a Amanda no se le ocurría nada que le apeteciera más.

–Pero tenemos que sacar tiempo para ir de compras –interpuso Bernadette–. Imagino que como hombre que es, Xavier no te ha informado de la clase de ropa que necesitas para las celebraciones de esta semana. ¿Sabías que habrá un baile?

–¿De esos con vestidos bonitos?

–Sí, exacto. ¿Ves? Lo sabía –dio una palmadita encantada–. Iremos de compras, *oui*. Será un placer vestir a mi nueva hija.

–Oh, pero… –empezó a decir Amanda.

–Amanda, lo has dejado todo ante la llamada de Jean Claude. Deja que haga esto por ti.

–No es necesario. No he venido para llevarme nada vuestro. Solo quería conoceros.

–Por supuesto. Igual que yo deseo conocerte. Deja que hagamos esto por ti –insistió Jean Claude–. He estado veinticinco años sin mimarte ni consentirte.

Nadie se había molestado nunca en darle más allá de lo necesario, en hacerla feliz, así que no pudo hacer otra cosa que rendirse y ceder.

–Pero no podemos ir de compras, ¿no sería extraño que nos vieran a las dos juntas?

–Por desgracia, sí –confirmó Bernadette–, aunque me gustaría mucho hacerlo. Les pediremos a algunas otras invitadas que nos acompañen y así pasaremos desapercibidas.

–Excelente. Solucionado –dijo su padre.

–Es demasiado –dijo Amanda al entregarle a Xavier la última bolsa de la última boutique que habían visitado–. Ha perdido el control.
–Bernadette se está divirtiendo. No es más que un poco de ropa.
–¡Son miles de dólares! Para una semana de uso.
–Se lo puede permitir.
–Esa no es la cuestión.
–Ha hecho lo mismo con otras amigas –la agarró del brazo y la sacó a tomar algo de aire fresco–. ¿Cuál es el problema?
–Esto no es lo que quiero de ellos.
–Y lo saben.
Xavier le dijo algo a uno de los guardias apostados en la puerta de la tienda y después cruzó la calle hacia una cafetería. Dentro pidió al gerente que habilitara una zona para el grupo de la princesa. Una vez sentados, se centró totalmente en Amanda.
–¿Qué ha cambiado desde esta mañana?
La camarera llegó con sus cafés.
–No le caigo bien a Carlo Sainz –y sus miradas de desaprobación así lo demostraban.
–Carlo no te conoce –le respondió él acariciándole los nudillos–. Es un hombre al que le gusta controlarlo todo. No dejes que te haga sentir mal.
Ella apartó la mano.
–Pues me hace sentir mal. Me ha dejado claro que no le ha hecho gracia ver que me habían invitado a ir de compras.
–Lo que le pasa es que le molesta que no tengas conexiones políticas que pueda explotar en los medios de comunicación.
Él le besó la mano y se acercó para besarla en la comisura de los labios.
–Si no quieres despertar la curiosidad de la gente, entonces te sugiero que recuerdes que somos una pareja de novios que ha encontrado un momento de intimidad. Sería mejor que no te mostraras como si quisieras destriparme.
Tenía razón en eso, pero lo único que logró diciéndolo fue hacer que quisiera castigarlo. ¿Y qué mejor forma de hacerlo que seguirle el juego? Lo tenía tan cerca que solo tuvo que ladear la cabeza para besarlo en los labios.
Xavier se quedó paralizado, claramente sorprendido, pero reaccionó al instante y se volcó en devolverle el beso con pasión.
Tal vez no había sido tan gran idea.
Pero cuando sus lenguas se entrelazaron, cambió de opinión. Sí que había sido una gran idea.
El calor estalló entre ellos y de pronto la semana anterior desapareció y eran solo un hombre y una mujer que se atraían

mutuamente.

–Vaya, a lo mejor deberíamos dejarles un poco de intimidad –dijo una voz femenina.

Amanda se ruborizó al haber sido sorprendida por el grupo de la princesa e instintivamente se apartó, pero Xavier siguió alargando el beso y haciendo que las mujeres se divirtieran con el espectáculo.

Sin embargo, a ella le pareció todo tan real que tuvo que recordarse que su relación había terminado por mucho que hubiera deseado lo contrario.

–Estamos en una cafetería pública, aquí no hay intimidad –dijo Bernadette dejando claro que no dejarían a los amantes a solas–. Ah, qué maravillosa variedad de café, té y pastas.

Amanda se alegró de ver que habían dejado de prestarles atención para centrarse en todas las delicias con las que el propietario los estaba agasajando.

La conversación cesó cuando gemidos de placer llenaron la sala. Xavier la miró y enarcó una ceja.

–¿A lo mejor deberíamos dejarlas a solas?

Ella se rio a carcajadas, captando de nuevo la atención del grupo. Por suerte, las amigas de la princesa eran muy simpáticas y le sonrieron antes de volver a retomar sus conversaciones.

A excepción de Elayna, que se había colado en el evento para ejercer como espía de Carlo. La ex de Xavier no le había quitado los ojos de encima desde que había llegado y ya se estaba hartando de su escrutinio.

–¿Cuánto crees que durará esto? –le preguntó a Xavier.

–No estoy al tanto de este tipo de actividades, tú deberías saberlo mejor que yo.

Ella suspiró.

–Pues entonces puede que aún nos quede un rato. Aún no he encontrado un vestido de gala. Mejor dicho, sí que lo he encontrado, pero Bernadette dice que no le gusta porque necesito algo especial y que lo sabré cuando lo vea.

Tenía que admitir que estaba ilusionada ante la idea de lucir un vestido de gala para un baile en el palacio del príncipe. Se lo pasaría como nunca si estuviera allí a solas con Bernadette, pero no era así, y se sentía fuera de lugar.

–Con suerte habremos terminado a las tres. Tengo prácticas de esgrima con mi padre. Va a participar en una demostración que se celebrará a finales de esta semana.

–¿En serio? ¿Y eso está en mi agenda? Tu charla en el museo fue fascinante. Me encantaría ver un duelo de verdad.

–Me aseguraré de que puedas asistir.

–Bien. Ojalá encontrar mi vestido de gala fuera tan fácil.

Poco después, el grupo se disolvió cuando la tía y la prima de Bernadette decidieron volver al palacio y algunas de las otras invitadas, incluida Elayna, se unieron a ellas. La brillante mirada de Bernadette reflejaba lo encantada que estaba cuando Amanda y Ana, la simpática embajadora de España, se dirigieron a la siguiente boutique bajo la mirada de Xavier y otro guardia.

Amanda se movía por allí consciente de la presencia de Xavier y del sabor de sus labios aún en su boca. Cada momento que estaba con él sin llegar a estarlo en realidad le dolía más y más. Anhelaba sus caricias y pasear con él por las bonitas calles de Pasadonia.

Por suerte, llegaron a su destino y eso la mantuvo distraída; se trataba de una boutique con aire bohemio, para nada lo que se había esperado. Allí había prendas preciosas, aunque no aptas para un baile de gala.

Sin embargo, se equivocaba. Bernadette y Ana la llevaron a una sala llena de vestidos maravillosos en todos los colores y tejidos que pudiera imaginar. Tras ellas, Xavier observaba de brazos cruzados. Ya había registrado la tienda, había apostado al otro guardia en la puerta trasera y había llamado al conductor para darle la dirección.

–¡Oh, Amanda! –emocionada, Bernadette agarró un vestido que resplandecía entre los demás.

–Dios mío –dijo ella con la voz entrecortada. Su madrastra había tenido razón. En cuanto vio el vestido, supo que era especial.

Capítulo 14

–¿Voy a conocer a tus padres? –preguntó Amanda nerviosa mientras se movían entre las mesas del banquete–. No me lo habías dicho. Tenías que haberme avisado y me habría puesto otra ropa. Tal vez el vestido color zafiro.

Tenía que estar de broma. Ese vestido esmeralda que se ceñía a sus curvas le parecía increíble y, por su bien, apartó la mirada de las dulces formas de su trasero y de esas piernas espectaculares.

–Estás fabulosa. Hola, *maman, père*.

Lo miró furiosa antes de dirigirles una impresionante sonrisa a sus padres.

–Señor y señora DeLuc, es un placer conocerles.

Su padre, una versión mayor que Xavier, se inclinó ante su mano mientras él besaba a su madre en la mejilla.

–Señorita Carn, el placer es nuestro. Nos alegra mucho ver que por fin Xavier ha encontrado a una mujer con la que compartir su vida. Por favor, llámenos «*maman*» y «*père*».

–Oh –la sonrisa de Amanda se congeló y lo miró prometiéndole que se vengaría.

–No le hagas caso a mi padre. No te puedes fiar de lo que dice.

Su padre se rio y volvió a su asiento.

–¿Es que no puedo tener esperanzas? Tu madre se preocupa por tu felicidad y está deseando tener pequeños saltando sobre sus rodillas. Una mujer tan preciosa tendría unos hijos muy guapos.

Amanda se atragantó con el trago de agua que había da-do.

Xavier le dio una palmadita en la espalda mientras miraba a su padre para que parara.

–Querida –su madre agarró la mano de Amanda–. Philippe está bromeando. Xavier nos ha contado la importancia de tu visita –dijo aprovechando que estaban solos en la mesa–. Estamos encantados de poder ayudarte en lo que necesites. Por favor, llámame Yvette. Y mi divertido marido es Philippe.

Amanda miró a Xavier, que asintió.

–Jean Claude me ha dado su aprobación.

Ella se relajó visiblemente y apretó los dedos de su madre.

–Yvette, no te imaginas qué alivio me da oírlo. Es agotador tener que estar fingiendo todo el tiempo.

–Me lo imagino. Así que ahora aprovecha y sé tú misma.

Las mujeres charlaron y enseguida se hicieron amigas bajo la mirada de satisfacción de Xavier.

Momentos después, el secretario de defensa subió al escenario y comenzó a ofrecer un discurso de lo más inspirador en agradecimiento al sacrificio y dedicación de los cuerpos del ejército.

Mientras la sala se quedaba en silencio para escucharlo, Xavier alargó el brazo sobre la silla de Amanda y acarició el hombro de su madre. Siempre podía contar con ella.

Su padre lo miró y le guiñó un ojo.

En ese momento se sintió afortunado por la familia que tenía. Pero ahora la pregunta era: ¿si dejaba escapar a Amanda, volvería a encontrar un amor tan verdadero como el de sus padres?

–*En garde* –dijo el árbitro y los espadachines ocuparon sus puestos–. *Allez!*

Amanda vio cómo dio comienzo el combate de Philippe y, cuando se giró hacia la entrada de la sala, una mano se posó sobre su brazo haciendo que se sobresaltara. Se giró y, encantada, vio a Yvette LeDuc sentada a su lado. Le gustaba mucho esa mujer y, además, con ella podía dejar de fingir.

–¿A quién estabas buscando?

Se sonrojó al confesar que buscaba a Xavier.

–Me dijo que hoy tenía un combate, pero debo de habérmelo perdido. Aunque creía que vendría a ver el de su padre.

Yvette se rio.

–Amanda, Xavier está aquí. Creía que lo sabías. El actual campeón enfrentándose a su padre, el anterior. Son magníficos, ¿verdad? Lo siento. Está claro que mi hijo no te lo había contado.

–No.

Lo que sí había sabido era que Philippe llevaría el brazalete dorado, así que eso significaba que Xavier llevaba el rojo. Había estado tan ocupada buscándolo por el recinto que no lo había visto entrar y después el público había reaccionado con tanta efusividad cuando habían anunciado su nombre que no lo había oído.

Se movía con tanta elegancia que no podía dejar de mirarlo, ni había podido hacerlo antes de saber que se trataba de él.

–¿Cómo puedes soportarlo sabiendo que uno de los dos perderá? ¿No se molestarán entre ellos?

–Siempre que hayan luchado bien, estarán satisfechos con el resultado que sea. Veo que te preocupas por él.

–Lo amo –admitió.

Era una mentirosa terrible y se alegraba de haber sido sincera con la mujer, a la que consideraba una amiga.

–A él también le importas.
–No lo suficiente.
–¿Cuánto sería suficiente?
Buena pregunta. ¿Qué esperaba de él? ¿Que renunciara a su carrera, a su país, a la familia que tanto adoraba?
–Demasiado. Hay muchos obstáculos que salvar. Lo sabía desde el principio.
–Entonces, ¿por qué empezaste algo con él?
–Porque me parecía guapísimo y fascinante. Está fuera de mi alcance. No hay más que mirarlo –lo señaló; estaba blandiendo una espada como si fuera una extensión de su brazo–. Pero me hizo sentir especial.
–Para él eres especial.
–Recibió órdenes.
–Que puso en peligro estando contigo.
–¿Qué? No. Tenía que seguirme y descubrir qué sabía sobre mi padre.
–Crees que fingió interés en ti para que su misión le resultara más sencilla. Pero Xavier no es así. Amanda, mi hijo es un soldado profesional. Sabe cómo vigilar a una mujer y sacarle información sin tener que besarla. Ha sido uno de los hombres más jóvenes en alcanzar el rango de comandante en la historia del ejército. Estamos muy orgullosos de él. Lo ha logrado mediante su dedicación a su profesión y a su corona.
–No lo entiendo. Todo lo que me has dicho no hace más que destacar los obstáculos que tenemos.
–Exacto –le dio una palmadita en el brazo como si fuera la mujer más lista del mundo–. Xavier es un soldado, así que la pregunta es: ¿por qué no ha cumplido con su deber como debería haberlo hecho? Creo que porque no pudo. Porque Xavier hombre vio a alguien a quien deseaba y actuó movido por ese deseo.
Una expresión de asombro colectiva hizo que volviera a centrar su atención en el combate. Era el último asalto y Philippe estaba atacando y llevando a Xavier al borde de la pista, pero este ejecutó una brutal finta que le hizo ganar ventaja.
–Respira, hija, no es un combate a vida o muerte.
–Pues lo parece. Están usando unas armas muy afiladas. Resulta inquietante verlo.
–La mujer de un soldado vive con muchas inquietudes.
–Imagino que sí –aunque no había querido pensar demasiado en ello porque, por mucho que lo amaba, no podía ver el futuro más allá de los obstáculos que los separaban. Dejando eso de lado, ¿podría llegar a ser la mujer de un soldado? Sí, era una vida de riesgos, pero la vida misma estaba llena de incertidumbres y nunca podías saber durante

cuánto tiempo tendrías a alguien a tu lado. Por eso lo mejor era vivir la vida al máximo cada día y pasar todo el tiempo posible con su amor en lugar de acobardarse ante el miedo a la pérdida y terminar lamentándose eternamente.

El combate terminó con Philippe como vencedor y ovacionado por el público mientras su hijo se inclinaba ante él admitiendo su victoria. Al instante, Xavier miró hacia ella, que se quedó paralizada cuando todas las cabezas se giraron en su dirección. Por suerte, Yvette supo reaccionar y, disimulando, saludó a su hijo haciendo que se disipara el interés del público.

Pero ese persistente hombre siguió mirándola y, cuando finalmente ella le saludó, él esbozó una amplia sonrisa y se retiró de la pista mientras a su padre le hacían entrega de una preciosa placa.

Yvette le dio un cariñoso codazo.

–Ha ganado el mío.

Amanda le devolvió el gesto con una sonrisa.

–Creía que no te importaba quién ganara.

–Tengo una ligera preferencia. Quiero a mi hijo, pero he aprendido a poner a Philippe ante todo lo demás. Cuando estamos juntos, todo está bien.

–Es maravilloso oírte.

–Somos más fuertes estando juntos que separados. No te voy a mentir, también requiere su esfuerzo, pero merece la pena.

–¡Pelota! –gritó Devin antes de lanzarle la pelota a Amanda.

–¡La tengo!

–¡Sí! –gritó Marcus.

Había decidido jugar un rato con ellos antes de prepararse para el baile y ahora, tendida en el césped mientras los pequeños correteaban detrás de los balones, vio acercándose la esbelta y alta figura de Xavier ataviada con su traje negro. No pudo evitar recordar cómo había sido tener ese musculoso cuerpo bajo sus manos, cómo había sido estar rodeada por sus brazos y, a juzgar por la intensidad de su mirada, parecía que Xavier estaba recordando exactamente lo mismo.

–Siéntate –le dijo dando una palmadita sobre la hierba.

Esa última semana había resultado frustrante mientras habían jugado a ser amantes en público y amigos platónicos en privado.

Xavier se quitó la chaqueta y se sentó a su lado para ver jugar a los niños.

–Es difícil resistirse a ellos, ¿verdad?

–Ya los quiero.

–Entonces, ¿te alegras de haber venido?

–Sí –respondió sin vacilar. Había encontrado la familia y la

aprobación que siempre había anhelado. Bernadette y ella eran muy amigas y el afecto entre su padre y ella aumentaba cada día. Ahora se le hacía difícil pensar en marcharse–. Gracias por convencerme para que viniera.

–Tú misma te convenciste. Eres una mujer fuerte, inteligente y valiente ante los cambios.

–¡*Avier, Avier*! –gritaron los niños al verlo y echaron a correr para abalanzarse sobre él, que empezó a hacerles cosquillas.

Al cabo de un minutos, los soltó y los niños repitieron el juego con la diferencia de que esta vez se abalanzaron sobre Amanda.

–Ahora vamos a por Xavier –les susurró entre carcajadas.

Los niños abrieron los ojos de par en par y de puntillas fueron hasta donde Xavier estaba distraído con su móvil. Fue la perfecta emboscada. Al instante, los niños estaban rodeándolo y hundiéndole sus pequeños dedos.

–No tengo cosquillas –dijo–, pero tú sí.

Ahora el objetivo pasó a ser Amanda y, cuando vio a Xavier sobre ella con esa mirada de satisfacción, recordó su dormitorio en San Francisco y cómo habían retozado en la cama haciendo el amor. Sin embargo, prefirió dejar de lado ese recuerdo y centrarse en los pequeños. Por mucho que luchó, los tres fueron demasiado y la atormentaron con sus cosquillas hasta que, entre lágrimas de risa, tuvo que pedir piedad.

–¡Parad, parad!

Los tres se apartaron y, mientras Amanda se recuperaba del divertido ataque, la niñera de los gemelos fue a buscarlos para que volvieran a casa. Los niños y ellos dos se despidieron con besos y abrazos y, una vez los vieron entrar en casa, él se giró para ayudarla a levantarse del suelo. Amanda le tomó la mano y Xavier tiró con tanta fuerza que el movimiento la lanzó directamente a sus brazos. Lo miró preparada para…

–Tenemos público –le susurró él girándola para que viera a Carlo y a Elayna caminando por el jardín.

–Siguen sin gustarme ninguno de los dos –murmuró sintiendo cómo la atravesaban con la mirada.

–Exageras. Ninguno tiene motivos para no apreciarte.

–Elayna sí.

–Sabe que lo nuestro terminó.

–Saberlo y aceptarlo son dos cosas distintas, y Carlo siempre me mira con desconfianza.

–Carlo es así. Siente que tu visita esconde algo y está frustrado por no descubrir qué. Ignóralo. No puede hacerte daño.

–No es por mí. No quiero causar problemas entre mi padre y su gente.

–No te preocupes. Tu padre sabe cómo actuar con su gente.

–Debería ir a prepararme para el baile.

–Claro –agachó la cabeza con educación y fue a recoger su chaqueta–. Te acompaño adentro.

Ella quiso protestar, pero prefirió tenerlo a su lado para así estar entretenida y no pararse a pensar en el dilema que la embargaba. A veces no sabía si quería pegar a ese hombre o besarlo.

Capítulo 15

Bernadette envió a una doncella a ayudar a Amanda a prepararse para el baile. Cuando la joven llegó, ella ya casi se había puesto el vestido y algo desconcertada le dijo que no necesitaba ayuda, pero Collette insistió en que la princesa se disgustaría si no la ayudaba a tener el mejor aspecto posible para el baile.

En la mano, llevaba un maletín de maquillaje y unas tenacillas de pelo.

–Hago cosas muy bonitas con el pelo.

«Pelo» fue la palabra mágica. Al oírla, y tras haber estado un buen rato preguntándose qué hacer con su mata de pelo, Amanda la dejó pasar.

–¡Dios mío! –exclamó asombrada cuando más tarde se vio en el espejo.

El vestido era maravilloso, el maquillaje sutil y misterioso y el pelo lo tenía recogido en un moño francés que dejaba sueltos algunos mechones ondulados cayendo sobre su espalda. Esa noche sí que se sentía como una princesa.

–Collette, tienes unas manos mágicas. Gracias.

–Es fácil cuando se tiene un pelo tan precioso y una piel tan bonita con los que trabajar. Es usted un encanto. La princesa me ha dicho que la acompañe al Salón Azul una vez esté lista.

–Claro.

Agarró su pequeña cartera y siguió a la doncella.

–Que disfrute del baile –le dijo unos minutos después tras mostrarle el salón decorado con bellos tonos azules.

Sin querer arrugarse el vestido sentándose, fue a admirar unos cuadros y se quedó asombrada al verse frente a un auténtico Monet.

–Amanda.

–Papá –lo saludó con un beso–. Qué guapo estás.

–Querida, estoy impresionado –la abrazó y ese gesto le dio a Amanda lo que había echado en falta durante toda su vida, un simple momento de cercanía, un intercambio silencioso de afecto–. Cuánto me alegra que hayas venido, que hayamos pasado todo este tiempo juntos –añadió besándola en la sien.

–Yo también me alegro –dio un paso atrás conteniendo las lágrimas para no echar a perder el maquillaje–. Justo estaba pensando en lo surrealista que ha sido esta semana, pero la bienvenida que me habéis

dado todos ha sido muy real y muy cálida. Gracias.

–No nos des las gracias. Eres nuestra familia –la llevó hasta una mesa–. Quiero que sepas que puedes quedarte aquí si quieres. Hablaré con mis consejeros esta semana y anunciaremos que eres mi hija.

–¿En serio? –respiró hondo y lo miró a los ojos–. No había pensado en esa opción.

–Pues espero que lo hagas –dejó una caja de terciopelo negro sobre la mesa y le agarró las manos–. Quiero que sepas que te reconozco como hija mía. Nunca podrás reinar, pero serás una ciudadana con honores.

–No sé qué decir –pensó en el ultimátum de su abuela; si volvía a los Estados Unidos, tal vez arreglaría la relación con sus abuelos, pero, si se quedaba, era probable que la terminara para siempre. Y también tenía que pensar en Elle y Michelle. Para ella era impensable dejarlas atrás.

–¿Es por Xavier? Me contó lo vuestro.

–¿Sí? –se le cayó el alma a los pies. No podía creer que la hubiera traicionado otra vez.

–No lo culpes. Vi cómo te apoyabas en él y supuse que habíais tenido algo. Él me lo confirmó a regañadientes. Quiero que seas feliz.

–Lo sé y te lo agradezco, pero mi relación con él está acabada –le aseguró ignorando el insoportable calor que se apoderó de sus mejillas–. Él la terminó.

–¿Y si no lo hubiera hecho?

–Dice que jamás podríamos estar juntos.

–Porque es guardia real y tú…

–Tu hija, sí. ¿Es verdad?

–No… no lo sé. No existe precedente.

Se levantó y se situó frente a la chimenea mientras ella contenía el aliento.

–Creo que en el pasado podría haber sido un problema, pero vivimos en tiempos modernos. Tanto si accedes a quedarte como si solo vienes de visita, serás una ciudadana con honores y me complacería mucho que compartieras tu vida con uno de mis hombres.

–¡Oh, papá! Pero no puedo estar con un hombre si no sé que está conmigo porque me ama.

–Claro que te quiere, ¿quién no te querría?

–Papá. No es tan sencillo entre un hombre y una mujer como entre un padre y una hija. Pero que sepas que en tan poco tiempo yo también he llegado a quererte.

–Un hombre orgulloso no siempre sabe expresar sus emociones, pero tú eres inteligente y bella y sabes lo que pienso. Sí, te has colado en mi corazón y me angustiaría mucho que volviéramos a separarnos.

–A mí también. Papá, ¿cómo terminó tu relación con mi madre? ¿Se

marchó al final del verano? –le había hablado mucho de ella, pero no sobre eso en concreto.

–Aquellos no fueron mis mejores años. Era arrogante y me sentía con derecho a todo. Y estaba sufriendo ya que parecía muy probable que iba a perder a mi abuela –la llevó hasta el sofá–. Haley hizo que todo eso se esfumara. Y cuando tuvo que marcharse de Pasadonia, le pedí que se quedara y lo hizo, dejando que sus amigas se marcharan a Italia sin ella. Creo que les escribía cartas a sus padres y sus amigas las enviaban por ella. Nunca le gustó hablarme mucho sobre ellos.

–Al final volvió con sus amigas a los Estados Unidos.

–*Oui*. Volví a pedirle que se quedara, pero no podía asegurarle que fuéramos a tener un futuro juntos. No podía pensar en ello con la enfermedad de mi abuela.

–¿Y nunca intentaste encontrarla?

–No tenía motivos. La vida continuó. Aunque, si hubiera sabido de ti, no me habría detenido ante nada para encontrarte.

–Lo sé –lo creía.

–Pero ya basta de cosas tan serias –fue hacia la mesa y recogió la caja de terciopelo–. He venido a darte esto –¡un collar de diamantes!

–Era de Vivienne. Creo que deberías tenerlo.

–¡Oh, no! –dio un paso atrás impactada–. No podría aceptarlo.

–Quiero que lo lleves.

–Pero Bernadette…

–Está de acuerdo en que estarás preciosa con él.

–Pero alguien podría reconocerlo.

–Lo dudo. El único retrato de la princesa con esta joya lleva seis meses de gira.

–Es verdad. Este collar estaba en la exposición. Lo vi en San Francisco.

–He hecho que me lo traigan para esta noche.

–Dios mío, supongo que semejante extravagancia no se puede desperdiciar.

–Excelente –se lo puso y la llevó hasta un espejo con el marco de oro–. Absolutamente impresionante. No hay duda. Serás la más bella del baile.

Lentamente Amanda se dirigió al salón de baile. Su padre le había dado mucho en que pensar. ¿Se alegraría Xavier de que tenían permiso para estar juntos o encontraría otra excusa para romper? ¿Y qué pensaba ella? ¿Quería tener otra oportunidad con él?

Lo cierto era que lo amaba y que le echaba de menos, porque aunque había pasado la semana con él, había sido una sensación muy agridulce saber que sus gestos de cariño solo habían sido de cara a la

galería. Quería volver a aquel tiempo en que eran una pareja y hacer como si nunca hubieran roto. Sin embargo, no había vuelto a fantasear tanto desde el año en que su abuela se negó a que volviera al Campamento de Princesas.

Entonces, ¿lo amaba lo suficiente como para dejar el pasado atrás? Dando por hecho, claro, que él la deseara. ¿Pero a quién intentaba engañar? Estaba claro que la deseaba. No podía ocultar sus sentimientos, al igual que no había podido engañar al príncipe. El honor y la sinceridad estaban grabados en su ADN y ella no volvería a olvidarlo. Tenía un futuro que planear y debía averiguar si él encajaba en él; eso condicionaría las decisiones que tenía que tomar.

Cuando llegó a lo alto de las escaleras que conducían al vestíbulo, vio a Xavier, que esperaba a la derecha de la entrada.

Estaba magnífico con ese uniforme de gala, tan alto y espléndido como un Príncipe Encantador de cuento. Pero esa princesa ya había encontrado un príncipe en su padre y lo que necesitaba ahora era un hombre normal con el que vivir una vida normal.

Mejor dicho, un hombre extraordinario con el que vivir una vida extraordinaria.

A él se le iluminó la mirada al verla y le besó la mano.

–Nunca he visto nada más precioso. Eres como un rayo de luna enviado desde el cielo.

Complacida, le sonrió y deslizó una mano sobre la solapa de su chaqueta.

–Estás guapísimo. Voy a tener que buscarme un palo para apartar a las chicas.

–Solo tengo ojos para ti –la agarró del brazo y juntos entraron en el salón–. Resérvame todos los bailes.

Oír cómo anunciaban sus nombres a la vez la llenó de emoción. Saludaron al príncipe y a Bernadette y a continuación fueron hasta una mesa de cóctel donde estaban sus padres.

–Querida, estás sencillamente encantadora –le dijo Yvette con un beso en cada mejilla.

Philippe también le pidió un beso.

–Esta sala es espectacular –dijo ella dando una vuelta sobre sí misma.

–Me encantan estos eventos –confesó Yvette–. Es la única noche del año en que me siento importante.

–Querida, para mí eres importante cada día del año –le dijo Philippe acercándola hasta él para darle un beso.

–*Mon amour.*

Amanda suspiró. Tanto amor después de treinta años juntos. Eso era lo que ella quería.

–Esta noche es especial, como una noche de cuento –alzó su copa de

champán–. Así que propongo un brindis por un «felices para siempre».

–Perfecto –dijo Yvette entre risas y Xavier y Philippe brindaron con sus copas.

La música inundó el salón y Jean Claude y Bernadette salieron a la pista para abrir el baile. Cuando las demás parejas empezaron a unirse a ellos, Xavier le agarró la mano e hizo una reverencia. Ella lo siguió y, después de bailar con él, bailó con más parejas encantadoras, como su propio padre; gesto por el cual se ganó una mirada de desaprobación de Carlo.

Mientras, Xavier salió a bailar también con su madre y con varias amigas de esta, aunque cuando Elayna le pidió un baile, declinó la invitación educadamente. Al verlo, Amanda sonrió y se acercó hasta él, que inmediatamente la tomó entre sus brazos para dejarse llevar por un lento vals. ¡Sí! Amanda suspiró, se relajó contra él y disfrutó del momento, de la música, del ambiente, de sus brazos rodeándola. El momento sería perfecto de no ser porque él estaba a su lado solo por una cuestión de deber.

–¿Con quién estarías esta noche si no te hubieran pedido que acudieras conmigo?

–No querría estar con nadie más que contigo. Nunca he fingido contigo.

–¿De verdad?

–De verdad.

–¿Con quién viniste el año pasado?

–Solo. Triunfé entre las amigas de mi madre –añadió sonriendo–. ¿Acaso este interés en mis actividades pasadas significa que me has perdonado?

–¿Por qué quieres mi perdón cuando no has optado por luchar por nuestro futuro juntos?

–He estado replanteándome mi decisión. Haber estado contigo esta semana sin haber podido hablar tranquilamente ni compartir tus risas me ha destrozado el corazón.

Amanda hundió los dedos en su pelo y acercó su cabeza. Con un gemido, él tomó su boca como si la deseara a morir. Ella saboreó su ardor, pero al instante se apartó. No se lo pondría tan fácil.

–¿Entonces debería perdonarte?

–Sí, fui muy torpe y te hice daño. Lo lamento.

–¿Porque era demasiada tentación para ti?

Xavier enarcó una ceja y recorrió con la mirada su escote, sus hombros y su cabello antes de mirarla directamente a los ojos.

–Sí. Me robaste la capacidad de pensar con claridad.

¡Cómo le gustaba oír eso! Aun así, se merecía un poco más de tortura por haberle hecho daño.

–¿Entonces estás diciendo que fue culpa mía?

–Sí.

Ella enarcó ambas cejas.

–Quiero decir, no. ¡Claro que no!

Cuando Amanda esbozó una amplia sonrisa, él la miró y le dijo:

–Estás jugando conmigo.

–No sería capaz.

–Sí. Creo que en el fondo eres un poco arpía, pero eso me gusta –le susurró al oído tras agarrarla de la cintura acercándola más a sí.

Y a ella le gustaba cómo su aliento le hacía cosquillas en la piel. Se fundieron en un beso prácticamente salvaje y sintió un intenso placer que la hizo estremecerse de deseo. Podía sentir que el cuerpo de Xavier ardía tanto como el suyo.

–Ten piedad –le susurró Xavier al oído.

Amanda le sonrió, lo agarró de la mano y lo llevó hacia la puerta.

Capítulo 16

Amanda estaba despidiéndose de Yvette y Philippe junto a Xavier cuando de pronto se oyeron unas trompetas y se anunciaron dos nombres: Philippe y Xavier. Vio que la familia LeDuc se mostró asombrada, pero feliz.

Después de apretarle la mano, Xavier la dejó para reunirse con su padre e ir al centro de la sala donde unos escalones de mármol conducían hasta una zona elevada ocupada por Jean Claude y Bernadette en ornamentados tronos.

–¿Qué está pasando?

–Van a nombrarlos caballeros –susurró Yvette–. Es el mayor honor que puede recibir un guardia. Durante muchos años, no hemos tenido candidatos siquiera y es la primera vez que un padre y un hijo van a ser nombrados caballeros en la misma ceremonia –dijo entre lágrimas–. Qué orgullosa estoy.

Un caballero pasó a citar todos los logros de Philippe y Xavier y a continuación Jean Claude dio un paso al frente seguido por un paje que portaba un cojín de terciopelo sobre el que descansaba una larga espada. Xavier y Philippe subieron los escalones y se arrodillaron ante él.

Amanda estaba llena de orgullo. Xavier había trabajado muy duro y no había duda de que se había ganado ese prestigioso reconocimiento por sí solo.

En ese momento supo que debía dejar de lado su rabia. ¿Cómo podía culparlo por comportarse como un soldado cuando eso era exactamente lo que era?

Con gran miramiento, su padre tocó con la espada el hombro derecho de Xavier y habló sobre su gran habilidad con las armas antes de tocarle el hombro izquierdo y encomiarlo por su fuerte corazón y lealtad. Finalmente, le tocó con la espada en la cabeza y le recordó su eterno deber para con la corona y el país. El mismo procedimiento se repitió con Philippe y después les pidió que se pusieran en pie como sir Xavier y sir Philippe, caballeros reales de Pasadonia.

Amanda aplaudió con tanta fuerza que le picaban las manos y, una vez la música comenzó a sonar de nuevo dando por finalizada la ceremonia, corrió a reclamar a su hombre, que la tomó en sus brazos y bailó con ella.

–Enhorabuena, sir Xavier.

–No te perdono –le dijo tendida en sus brazos– porque no tengo nada que perdonarte. Por fin esta noche lo he entendido. Ser guardia real no es algo a lo que te dediques, es quien eres. No podrías haber actuado de ningún otro modo.

–Debería haber manejado mejor la situación –le dijo relajado sobre la cama y apartándole el pelo de la cara con ternura.

–Me alegra que no lo hicieras porque entonces no habríamos estado juntos. Y no cambiaría esos recuerdos por nada del mundo.

Xavier acercó la cara para besarla.

–Yo tampoco. Te prometo que siempre seré sincero contigo.

–Te quiero.

Él hundió los dedos en su cabello y la besó con exquisita delicadeza. Y mientras a ella se le aceleraba el pulso y se le entrecortaba la respiración, lo oyó decir:

–Te quiero.

Sonriendo, Amanda se quedó dormida. La amaba. Ya pensarían en lo demás al día siguiente.

Xavier se había ido cuando se despertó, pero le había dejado una nota en la almohada invitándola a almorzar con él y su familia.

Miró el reloj y vio que era más tarde de lo que pensaba. Si quería jugar con los gemelos antes de reunirse con Xavier, debía darse prisa.

Carlo le había dejado un mensaje para que fuera a verlo antes de nada, pero no iría sin Xavier, así que eso tendría que esperar.

Después de jugar con sus hermanos, fue a cambiarse de ropa y le envió a Xavier un mensaje diciéndole que se reunirían en el camino de entrada del palacio.

Cuando iba a salir, uno de los guardias se acercó.

–Señorita, hay mucha prensa ahí fuera. Puede que quiera usar otra salida.

–Oh, seguro que no pasa nada. No soy nadie.

–La acompaño.

–No es necesario. Solo voy a reunirme con el comandante LeDuc en el camino de entrada.

–La acompaño.

–Gracias.

Habían salido por la puerta cuando oyó un grito.

–¡Amanda Carn! ¡Es ella!

–Amanda, ¿qué la ha traído a Pasadonia?

–*Mademoiselle!*

–¡Amanda!

–¿De qué conoce al príncipe?
–*Vous êtes la maitresse du prince?*
Bombardeada por las preguntas en distintos idiomas, se quedó paralizada. ¿De verdad alguien le había preguntado si era la amante de Jean Claude? ¡Era horrible!
Inmediatamente, el guardia se situó delante de ella y le indicó que retrocediese hasta la puerta.
Ella lo intentó, pero la multitud de periodistas la rodeaba. Sintió miedo.
–¡Aquí, Amanda!
–*Mademoiselle* Carn, ¿qué relación la une al príncipe?
Se le heló la sangre al pensar en el daño que todo eso podía hacerle a su padre y a Xavier y su familia. Era una pesadilla.
–Amanda.
–*Mademoiselle*.
–Amanda.
Otro guardia salió a intentar contener la horda de periodistas, pero ella estaba tan abrumada que se quedó paralizada.
–Amanda, ¿eres la hija del príncipe?
–¡Señorita Carn! Por aquí. ¿Es su padre el príncipe?
Se estremeció ante las preguntas. ¿Cómo se habían enterado? Debía de haber cometido algún error. ¿Qué había hecho? ¿Dónde? ¿Cuándo?
Y entonces apareció Xavier, que la rodeó por la cintura, la protegió contra su pecho y la llevó adentro.
–¿Estás bien? Estás temblando.
–Lo saben. ¿Cómo es posible? Debo de haber hecho algo mal.
–Shh –le acarició el pelo–. No has hecho nada mal.
–*Mademoiselle* Carn, venga conmigo, por favor –la voz de Carlo resonó por el vestíbulo.
Xavier la rodeó con más fuerza y se situó entre ella y el secretario. Pero Amanda lo amaba tanto que supo que debía ser fuerte por él y asumir que la noticia había salido a la luz.
Soltándose de Xavier, alzó la barbilla y miró a Carlo.
–Vamos.

La angustia de Amanda estaba devorando a Xavier por dentro. Se sentía impotente mientras Carlo despotricaba sobre una fotografía de Jean Claude y ella bailando que se había publicado en Internet y sobre cómo se podría haber evitado todo ese incidente con la prensa si ella hubiera ido a verlo tal como le había pedido.
–Lo siento –se disculpó por tercera vez–, pero, si me hubiera dicho de qué se trataba, habría sabido qué decidir.
–Soy el secretario de relaciones públicas, nunca hago llamar a nadie

por insignificancias.

–Pero soy ciudadana norteamericana y tengo derecho a no acudir a su llamada.

¡Bien por ella! Xavier aplaudió que estuviera mostrando algo de fuerza y rabia y le comunicó a la Oficina de Seguridad que siguiera la pista de la publicación en Internet. Mientras tanto, Carlo parecía más interesado en crucificar a Amanda que en descubrir quién había generado el problema. Y Elayna tampoco estaba haciendo nada por ayudar, allí plantada a la izquierda de la mesa de Carlo mirando a Amanda sin la más mínima compasión.

–Usted es una invitada en nuestro país y se ha sobrepasado en más de una ocasión. Ahora ha levantado un escándalo que ha avergonzado al príncipe. Sus actos son inaceptables.

–Y su tono también lo es –dijo Xavier.

–Mantente alejado de esto, LeDuc, o haré que te echen de este despacho. Deberías preocuparte más por el príncipe que por esta mujer.

–El príncipe debería estar aquí –sacó el teléfono y pulsó un botón.

–El príncipe está al tanto. Yo me ocupo de esto.

–Jean Claude –dijo Xavier al teléfono–, te necesitamos en el despacho de Carlo. Se trata de Amanda –colgó–. Llegará en unos minutos.

–Eso ha sido innecesario –contestó Carlo totalmente pálido–. La solución era sencilla. Una vez la señorita Carn se marche, el escándalo se marchará con ella.

–No es una resolución aceptable –dijo Xavier.

–Tiene razón, Xavier. Si mi presencia está causando problemas, tengo que marcharme.

–Dejaremos que Jean Claude decida qué hacer.

–Maldito seas, LeDuc. Yo podría haberme encargado de esto.

–¿Desterrándola? –dijo Xavier con mofa–. Deberías darme las gracias. Acabo de salvarte. ¿Has hecho algún intento de descubrir quién ha publicado la foto? Deberías apuntar tu ira en esa dirección, no en Amanda.

La puerta se abrió y Jean Claude entró seguido de Bernadette.

–Carlo, ¿qué está pasando aquí?

Carlo le explicó la situación, dejando claro que antes había mentido al decir que el príncipe estaba informado.

–Querida, ¿estás bien? –lo primero por lo que se preocupó Jean Claude fue su hija.

–Sí. Lo siento.

–No tienes que disculparte –dijo Bernadette dándole la mano–. Sé lo traumático que es que la prensa te acose.

–¿Qué has descubierto sobre el que ha publicado la imagen? –tenía

la misma forma de proceder que Xavier–. No toleraré que un invitado mío me haya insultado de esta manera. Rastrear la imagen debería ser un asunto de Seguridad.

–Por supuesto, Su Alteza. Me pondré con ello de inmediato. Creía que era mejor hablarlo primera con la señorita Carn.

–Jean Claude –dijo Bernadette–, creo que es hora de que anuncies quién es Amanda. Es lo único que acabará con las especulaciones.

–Como de costumbre, tienes razón –le besó la mano a su esposa y después miró a Carlo–. Prepara una rueda de prensa para esta tarde.

–No lo entiendo. ¿Qué va a anunciar?

–Amanda es mi hija.

–¡Su hija! ¿Y por qué no lo sabía? Soy el secretario de relaciones públicas. Podría haber manejado el problema con cierta dignidad.

–Nadie lo sabía. Quería tener algo de tiempo para conocer mejor a Amanda antes de hacerlo público. Pero ahora es momento de que se entere todo el Consejo. Por favor, prepara una reunión de emergencia.

–¿Y qué pasa con LeDuc? Imagino que la relación fue una tapadera.

–La relación es real –dijo Xavier con tono autoritario. Miró al príncipe y decidió dejar las cosas claras–. Su Alteza, me gustaría hablar con usted más tarde sobre casarme con su hija.

Jean Claude asintió. Y a Carlo le dio un ataque.

–¡Una boda! Hay que pensar en la política.

–¡Basta! –gritó Amanda–. No tenéis que preocuparos. No habrá ninguna boda –a Xavier le dio un vuelco el estómago cuando vio su rostro angustiado.

–Carlo tiene razón y así es cómo reaccionará el país. La prensa ha tenido la misma reacción. Soy una intrusa que intenta abrirse camino a la fuerza en un lugar donde no la quieren. No quiero avergonzar a nadie más, ni hacerle daño a nadie. Lo mejor será que me marche.

–No –Jean Claude se acercó y la abrazó–. Siempre he tenido intención de contarlo. Es injusto que hayas tenido que pasar por esto antes de que haya podido llegar a hacerlo.

–No, papá. Carlo tiene razón. He causado problemas. Siempre recordaré con cariño el tiempo que hemos pasado juntos, pero tengo que irme.

Y salió corriendo del despacho.

Inmediatamente, Xavier fue a seguirla y se encontró haciendo lo mismo que el príncipe, que lo miró e inclinó la cabeza indicándole que fuera él.

–Convéncela de que se quede.

Llorando, Amanda corría por los pasillos del palacio hacia el refugio de su dormitorio. Su secreto había salido a la luz y había manchado la

reputación del príncipe. Todo era culpa suya y el mejor modo de solventarlo era alejarse para que el escándalo se disipara. Se negaba a causarles más dolor y vergüenza a las personas que quería y que le importaban.

Porque de verdad había llegado a querer a esa familia y se sentía parte de ella.

Una vez en su suite, sacó el móvil para llamar a sus amigas pero entonces se dio cuenta de que allí sería medianoche. Soltó el teléfono, agarró una caja de pañuelos de papel y salió al balcón.

Tenía que preparar el viaje de vuelta, pero primero necesitaba unos minutos para desahogarse y llorar. Justo cuando todo se había solucionado con Xavier, ahora pasaba eso.

De pronto, unos fuertes brazos la rodearon. Ella hundió los dedos en la tela de su chaqueta, reconfortada y molesta también por su presencia.

–No me harás cambiar de opinión. Ya he causado demasiado dolor aquí.

–Cielo, has sufrido una situación algo traumática. Una vez te calmes y pongas el incidente en perspectiva, verás que no has hecho nada malo. No hay necesidad de que te marches a ninguna parte.

–Pero…

–Nada de peros. Deja que te abrace unos minutos. No pienses nada y limítate a respirar conmigo.

Se relajó contra él y respiró. Poco a poco notó cómo su tensión se iba desvaneciendo.

El teléfono de Xavier sonó en ese preciso momento y él movió un brazo para responder.

–Sí, se lo diré. Por supuesto –colgó, se guardó el teléfono y volvió a rodearla con ese brazo.

–¿Era mi padre?

–Sí. Quería saber si te había convencido y si yo aún quería hablar con él esta tarde.

–¿Y qué tienes que decirme?

–Ha sido Elayna la que ha publicado la foto. Lo ha confesado cuando he salido del despacho. Estaba celosa de ti y creía que así te marcharías. No sabía que eras la hija del príncipe.

–Ya te dije que no le gustaba.

–Y parece que tenías razón. Lo siento. Debería haberme dado cuenta.

–Para –le dijo acariciando su esculpida mandíbula–. No eres responsable de su mal comportamiento. ¿Cómo ibas a saber que podría hacer algo así? No me cae nada bien y ni siquiera yo me habría imaginado que pudiera traicionar así al príncipe.

–No ha ido a por él directamente. Quería que sufrieras las molestias

de la prensa para que te marcharas y al final le ha salido mal el plan.

–Sí.

–Pero nada es culpa tuya. Quiero que te quedes.

–Pero…

–Si no me puedes culpar a mí, no puedes culparte a ti por los actos de Elayna.

–Tal vez no, pero por otro lado Jean Claude va a hacer el anuncio y ahora todo cambiará y no sé si estoy preparada para ello.

–Yo estoy aquí para ayudarte. Podemos enfrentarnos a todo juntos.

Ella intentó sonreír.

–Eso suena muy bien –pero, si se quedaba, si la conocían como la hija del príncipe, los incidentes con la prensa pasarían a formar parte de su vida. Y eso la atemorizaba porque todos sus actos se reflejarían en Jean Claude y en Xavier.

Acababa de lograr su libertad en casa y, si se quedaba, estaría renunciando a ella para siempre. Sus vidas siempre estarían bajo el escrutinio de los paparazzi.

–La prensa te ha asustado.

Ella asintió y agachó la cabeza, pero él no permitiría que se escondiera. Le alzó la cara y la miró con tanto amor que la dejó sin aliento. Después la besó y reclamó sus labios con cuidado y delicadeza. La hizo sentirse mimada, amada.

–No voy a mentirte, la prensa puede ser dura, pero puedes aprender a manejarla. Lo que no puedes hacer es dejar que tengan poder sobre ti. Aquí has encontrado una familia que te quiere. Yo te quiero. ¿Vas a dejar que un pequeño susto te aleje de todo esto?

La tomó en brazos y ella se sintió como si estuviera flotando.

–¿Te quedarás? Cásate conmigo. Sé la madre de mis hijos.

Desbordada de amor, y feliz por todo lo que había conseguido al apostar por ese hombre, se quedó sin palabras un momento.

–Amanda, ahora la única cuestión a tratar es si nos quedamos aquí o volvemos a Estados Unidos. Vas a ser mi esposa y la madre de mis hijos. Lo único que tenemos que decidir es dónde viviremos.

–¿Dejarías Pasadonia por mí?

–Por supuesto. Te quiero.

–Pero tu familia está aquí. Y tu carrera. No puedes dejar la milicia.

–Amanda, eres mi futuro y estaré ahí donde estés tú. Y estés donde estés, el príncipe querrá que estés protegida, así que podré seguir desempeñando mi misión actual.

Qué fácil hacía que pareciera todo.

–Si te preocupa echar de menos a Michelle y a Elle, deja que te recuerde que tu padre tiene jet propio.

Qué bien la conocía. Y ella también lo conocía muy bien. Que estuviera dispuesto a abandonar Pasadonia le indicaba lo mucho que

la amaba, pero no podía permitir que hiciera semejante sacrificio.

–No me hagas sacar la artillería pesada. Puedo hacer que los gemelos se presenten aquí en cuestión de minutos.

Ella se rio y lo rodeó por el cuello.

–Estás jugando sucio. Pero tú ganas. Me casaré contigo. Quiero casarme en el palacio con Michelle y Elle a mi lado. Merezco una recompensa por tener que soportar a la prensa.

–Puedo conseguírtelo. Conozco a un tipo…

–Mi héroe –dijo y lo besó.

Epílogo

Un año después

Amanda estaba en el vestíbulo de la capilla de palacio viendo cómo la hermana de Xavier avanzaba por el pasillo seguida de Elle, vestida de amarillo, y Michelle, de rosa. ¡Eran los colores de sus vestidos de princesa del campamento! Sus amigas estaban preciosas, sobre todo Michelle, radiante en su cuarto mes de embarazo. Y Elle aún tenía el brillo de una recién casada. Entre Internet y el jet de su padre, apenas le había dado tiempo a echarlas de menos.

Además, ahora tenía a su familia y a la familia de Xavier, que la había acogido con mucho amor.

Le había preocupado cómo reaccionaría el pueblo ante su existencia, pero todo el país la había recibido muy bien. Su compromiso con Xavier, un guardia real condecorado, era como un cuento de hadas para la prensa.

Estaba deseando empezar a vivir con él ya que durante ese último año había insistido en vivir separados, lo cual no significaba que no hubieran tenido tiempo para estar juntos porque él a menudo se había colado en su suite. Aun así, estaba deseando trasladarse a la casa que habían elegido juntos para empezar ahí su nueva vida con él.

–¿Estás lista? –le preguntó su padre.

–Sí.

–¿Nerviosa?

–Nada. Gracias por esta boda tan preciosa. Es mucho más de lo que podía haber soñado.

–Tú eres mucho más de lo que yo podía haber soñado. Estoy feliz de haberte encontrado –la besó en la mejilla–. Y ahora tengo que entregarte a tu futuro marido.

–Cuidará de mí. Y, además, tampoco me voy tan lejos.

–Más le vale. Estaré vigilándolo.

–Papá.

–Lo sé. No debo interferir en nada. Le pones las cosas muy difíciles a un príncipe.

–Pues entonces limítate a ser mi padre.

–No es tan sencillo.

Ella se rio.

–Pues limítate a quererme.

–Eso sí que lo puedo hacer.

Ella le apretó el brazo y juntos echaron a caminar hacia el altar. La música sonó y los asistentes se levantaron para honrar a la novia. La capilla estaba adornada con tonos blancos y dorados y muchas plantas y rosas frescas, además de cientos de velas sobre bases de cristal que hacían que la sala resplandeciera.

Cerca del altar vio a sus abuelos. El abuelo le había dejado claro a su abuela que quería formar parte de la vida de Amanda y se habían visto cada vez que ella había estado en la Costa Oeste. Su abuela había retomado el contacto con ella tras recibir la invitación de boda y le había pedido alojarse en el palacio. En un mundo patas arriba, a Amanda le resultó reconfortante ver que algunas cosas no cambiaban nunca.

Y entonces vio a Xavier, guapísimo con su uniforme de gala. Sonrió. ¡Cuánto lo amaba!

Cada minuto de cada día era mejor porque él formaba parte de su vida.

Su intensa mirada se clavó en ella con cierta impaciencia. Estaba deseando que terminara la ceremonia para que fuera suya para siempre. Y Amanda no podía estar más de acuerdo.

Xavier cuidaba de ella, la trataba con respeto y la deseaba con pasión, además de mimarla y amarla.

Su padre le entregó su mano a Xavier y así dio comienzo la ceremonia en la que pronunció sus votos bien alto para que todos oyeran el amor y la devoción que sentía por ese hombre excepcional. Él pronunció los suyos como si le estuviera hablando solo a ella.

–Ahora os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Inmediatamente, Xavier se acercó, le levantó el velo y, sonriendo, le susurró:

–Te amo, señora LeDuc.

Y la reclamó con un apasionado beso.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

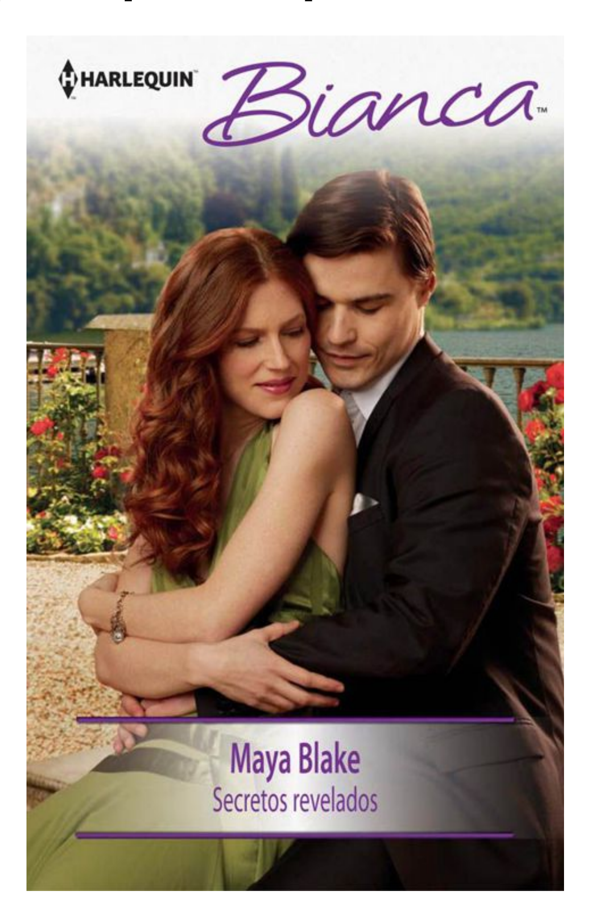


Table of Content